

VILLA de MADRID



Sumario

Invierno en Madrid, por JOSÉ GARCÍA NIETO.

Azorín, en Madrid, por MARINO GÓMEZ SANTOS.

El pintor en su espejo negro, por TOMÁS BORRÁS.

El Madrid musical de don Ramón de la Cruz, por EUGENIA SERRANO.

Los grandes artistas madrileños: José Robledano, por FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES.

La calle de las Platerías en el siglo XVII, por JOSÉ DEL CORRAL.

El Madrid que vio Goya, por MARIANO JUBERIAS.

Aquí se proclamaron reyes y se aclamaron príncipes de Asturias. La plaza de las Descalzas, remozada, por F. HERNÁNDEZ MORCILLO.

Origen y evolución del solar propio de la plaza de España madrileña, por AGUSTÍN GÓMEZ IGLESIAS.

Los serenos, faroleros en sus primeros tiempos, por MARÍA DEL CARMEN SIMÓN PALMER.

Plazas mayores y menores de Madrid, por MARGARITA JIMÉNEZ.

Plaza Mayor de Madrid, por FRANCISCO LÓPEZ IZQUIERDO.

Un idilio en la calle del Codo, por ANTONIO DÍAZ-CAÑABATE.

Apuntes para un catálogo de lápidas en Madrid, por JUAN SAMPelayo.

Una mariposa para Isabel II de España, por MIGUEL R. GÓMEZ BUSTILLO y FIDEL FERNÁNDEZ RUBIO.

Madrid en el cine, por JOSÉ LUIS GÓMEZ MESA.

Ilustraciones de Tauler, Esplandíu y Yebra.

Fotografías: Pastor, G. Nieto, Aulocolor, Santos Yubero y M. Juberias.

Depósito legal: M. 4.194-1959

PUEYO, Artes Gráficas.
Luna, 27. MADRID

VILLA *de* MADRID

R E V I S T A D E L E X C M O . A Y U N T A M I E N T O

DELEGACION DE EDUCACION

DIRECTOR:

R U F O G A M A Z O R I C O

REDACCION Y ADMINISTRACION:

P L A Z A D E L A V I L L A

Teléfonos: Dirección, 248 62 29;

Administración, 248 01 29

PRECIO POR EJEMPLAR: 70 PESETAS

SUSCRIPCIONES

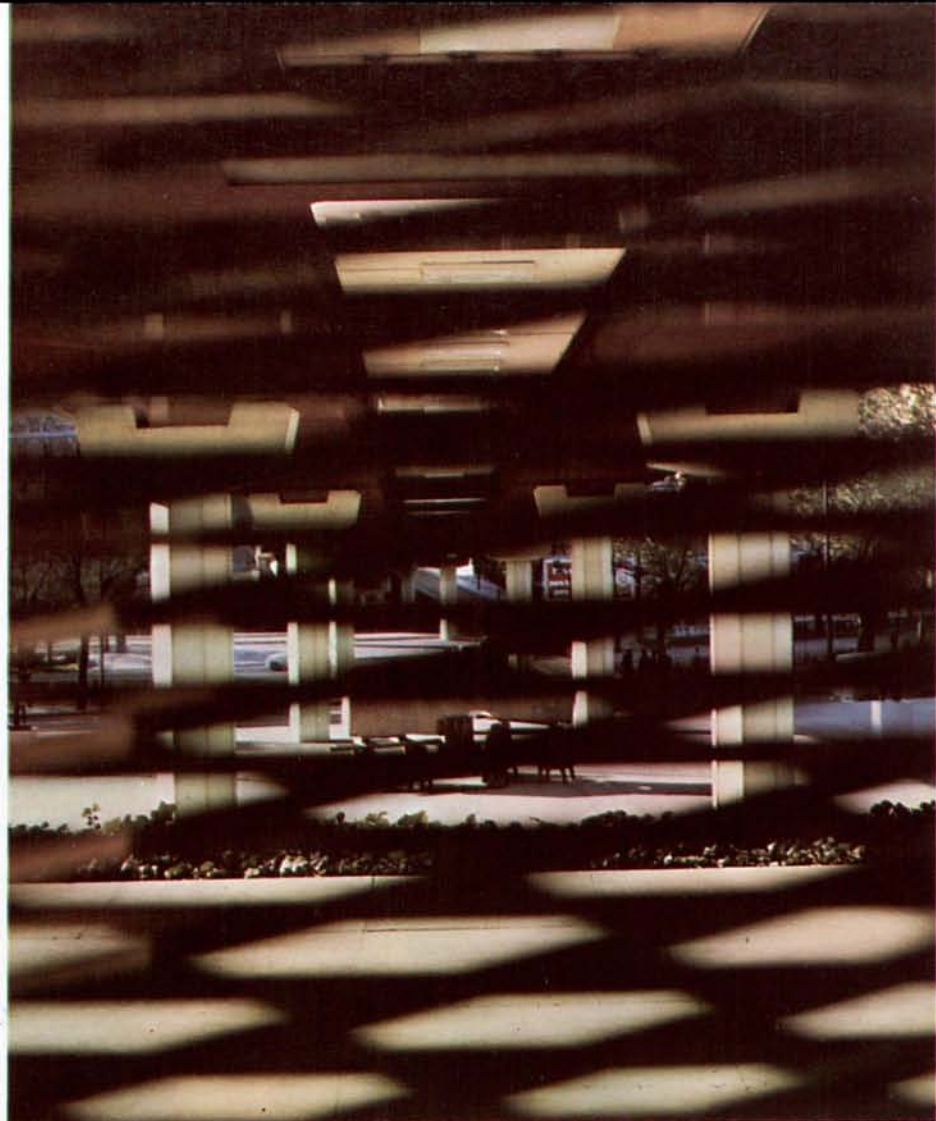
Año: 280 pesetas

M A D R I D

AÑO X

1973 - I

NUM. 38



Paso elevado Juan Bravo-glorieta Rubén Darío. Fotografía de Juan Pando, que obtuvo el premio "Kaulak".

SOMBRA Y LUCES

Por Antonio
IZQUIERDO

TRES versiones, tres, de un Madrid que resulta milagrosamente fotografiable. constituyen la síntesis para VILLA DE MADRID del concurso gráfico que, con el nombre de «Kaulak», otorga el Ayuntamiento: el primer premio, luces y sombras del paso elevado sobre la vaguada de la Castellana, y dos aspectos del complejo de la glorieta del Emperador Carlos V, Atocha.

LAS CAMARAS han obtenido de esta terapéutica que se aplica contra el infarto circulatorio, como un marcapasos de excepción, una estampa que resultará castiza y amarillenta dentro de cincuenta años, pero que hoy alcanza incluso un cierto grado de belleza. Frente a la tesis de construir la ciudad a la medida del hombre, las grandes revelaciones urbanas de nuestro tiempo han de rehacerse a la medida del hombre y del automóvil del hombre.

LA ELASTICIDAD no existe en urbanismo y hay que buscar distintas alturas o niveles; hay que hacer más complejo el laberinto... Esas colosales tenazas que parecen a punto de aprisionar con sus enormes tentáculos al utilitario que cruza bajo ellas o el breve oasis, sin posibilidad de acampada, que hace insólito frente a la estructura de hierro y cemento armado, humanizan y simplifican esos ángulos temerosos.

LA FOTOGRAFIA que ha alcanzado el premio podría incorporarse al Museo de Arte Abstracto, desde donde precisamente se ha obtenido. Hay algo, no obstante, estremecedor en ella: es como si el paseo de la Castellana, nuestros pequeños Campos Eliseos, hubiera quedado enjaulado, convicto y confeso de inmovilismo, de amor al pasado, asfixiado en una orgía de metros cúbicos de edificación.

TRAS LA SOMBRA del enrejado se toma el sol con cartilla de racionamiento, como se tomaban otros artículos de primera necesidad en los difíciles cuarenta, un

mundo «camp» que hoy resulta rentable desde cualquier contemplación editorial. Las fotos deben corresponderse con un día de verano, en plena evasión la ciudad, sin apenas contaminación y con un aire análogo a aquel de antaño que no apagaba un candil, pero que mataba a un hombre.

HOY LAS NECESIDADES, por ventura, son otras y nadie estará dispuesto a cambiar la ciudad de los pasos elevados, de la congestión viaria, por la ciudad del gasógeno. El nivel de vida tiene sus exigencias comunitarias y hasta es posible, como se ve con la simple contemplación de estas imágenes, extraer belleza de un insólito y atrevido urbanismo de reformatorio, porque la ciudad ha sido reformada para que los bienes que antes disfrutaban muy pocos hoy puedan ser disfrutados por muchos. El parque automovilístico conforma ya un patrimonio colectivo; del mismo modo, las calefacciones han sustituido a los braseros. La contaminación atmosférica tiene también una versión socializadora que nadie debe desdeñar.

Paso elevado de la glorieta de Carlos V.



PREMIOS «KAULAK» Y DE «ILUMINACIONES NAVIDEÑAS»

El premio «KAULAK», consistente en 50.000 pesetas, que este año tenía como tema distinguir la fotografía que resaltase mejor los aspectos estéticos de los pasos a distinto nivel como solución vial en la problemática urbanística de la ciudad, ha sido concedido a la fotografía presentada por don Juan Pando sobre el tema «Paso elevado Juan Bravo-Glorieta Rubén Darío».

El jurado, vista la calidad de las fotografías presentadas, ha acordado conceder dos accésits de 25.000 pesetas cada uno a dos fotografías sobre el paso elevado de la glorieta de Carlos V, de las cuales también es autor don Juan Pando.

PREMIOS DE «ILUMINACIONES NAVIDEÑAS»

a) Fotografías aisladas en color.

Primer premio, 25.000 pesetas, a la fotografía «Vista panorámica de la calle de Alcalá y plaza de la Independencia», de don Federico López López.

Segundo premio, 15.000 pesetas, a la fotografía «Vista de La Cibeles y calle de Alcalá», presentada por Aulocolor.

Tercer premio, 10.000 pesetas, a la fotografía «Detalle de la fuente de Neptuno», presentada por Paisajes Españoles.

b) Fotografías aisladas en blanco y negro.

Los premios primero y segundo, de 15.000 y 9.000 pesetas, respectivamente, han sido declarados desiertos.

Se concede un tercer premio de 6.000 pesetas a la fotografía sobre «Detalle de la fuente de las Cuatro Estaciones», presentada por Paisajes Españoles.

c) Reportajes fotográficos en color.

Los premios primero y tercero, de 50.000 y 20.000 pesetas, respectivamente, se declaran desiertos.

Se concede un segundo premio, de 30.000 pesetas, al reportaje presentado por don Pedro Pérez Delgado.

d) Reportajes fotográficos en blanco y negro.

Se declara desierto el primer premio, de 30.000 pesetas.

Se concede un segundo premio, de 18.000 pesetas, al reportaje presentado por don Alfredo Llorente López.

El tercer premio, de 12.000 pesetas, se otorga al reportaje presentado por doña María del Pilar Muñoz Cabrera.



INVIERNO DE MADRID

¡Este sol, este sol!... Las viejecitas de las cuatro de la tarde lo reciben como un don increíble junto a los soportales de la Plaza Mayor.

Por José GARCIA NIETO

SEGURAMENTE en el verano los madrileños, valientes ante el calor, están más tranquilos; en el otoño, más cómodos; en la primavera..., bueno, la primavera de Madrid apenas se nota... Pero el invierno es la estación reina de Madrid. Si algo hay que justifique una manera de ser, y aun de estar, para una ciudad es ese aire tan traído y llevado por viajeros y cronistas de todos los tiempos. Baste citar a Gonzalo de Céspedes y Meneses: «... una de sus mayores excelencias, sus frescos y saludables ayres, porque Madrid no otra cosa significa en su lengua que lugar de buenos ayres...» Después de apuntarle esto a los moros, el cronista nos dice que «ni en lo restante de España, ni aun en la mitad del Orbe, se conoce sitio más sano, cielo más benévolo y claro...»

Qué duda cabe que estos buenos aires, aun ahora, siempre vulnerados por la inevitable compañía de la contaminación, llegan mejor en invierno y que es en estos días cuando Madrid aparece más transparente y

más fino, más desnudo y más visible. En la tonadilla *El lance del Prado* se cantaban estos versos:

*Al Prado por las tardes
bajo a pasearme
porque me han recetado
que me dé el aire.*

Y Rodrigo Méndez Silva nos dirá que «no se conoce cielo más benévolo, más apacible clima, influjo más favorable..., delicadas aguas, sutiles aires, terreno fértil...» Y también Tirso:

*"Es muy sano, Pacheco,
el clima de Madrid por frío y seco;
así el otro afirmaba
que sobre fuego y agua se fundaba."*

Es la sierra, esa sierra del Guadarrama, la que nos envía el cuchillo de estos aires, que rebanan cuanto pillan por delante, pero que también se llevan nieblas



La juventud no siente el frío. Esta muchacha lee en el solitario paseo del Retiro, junto a las musas que arropan a don Ramón de Campoamor... ¡Quién supiera leer!...

y nubes y nos dan un cielo clarísimo en los altos de la fría estación del año. Porque la sierra de Madrid se hiere y se destroza a sí misma para traernos cada día su susto de viento, su helador aviso, o su calma, que, de pronto, sentimos como un regalo, como un adelanto de no se sabe qué apresurada, impaciente, primavera. El «pizzicato» de la primavera, que decía Mourlane Michelena, ese gran vasco madrileñizado... Y es la sierra quien hace estas mudanzas, quien nos somete a estas confusiones. Pedro Liñán de Ríaza sabía bien lo que era en las cumbres esa inquietud y la contaba:

*"Pedazos de hielo y nieve
despiden las sierras altas
por las lluvias importunas
quedando a pedazos pardas.
Sacuden los altos pinos
de sus renuevos la escarcha;
murmuran los arroyuelos
que antes, helados, callaban
cuando estaba un pastorcillo
a la vista del Jarama..."*

Pintura casi es la descripción de Liñán, y a los pintores acaso habría que acudir para contar, para pintar este Madrid del invierno. Eduardo Vicente ha acer-

tado algunas veces con esas sus sobrias apuntes: un árbol quieto, desnudo de hojas, silenciosos sus alrededores; llano y ocre el suelo; un poste aislado de una línea de luz; una figura también como aterida y deshojada... ¿Y por qué no acudir a los músicos para que nos dieran la melodía de estas mañanas clarísimas de invierno, en las que Madrid despierta como más suyo, porque hemos dicho que le ve mejor, y casi se le oye...?

Sí, hace frío, pero merece la pena aprovecharse de un poco de sol —¡y que no falle!— para andarse estas plazas y estos parques madrileños, ahora casi vacíos, donde los árboles velan menos el cielo, y se dibujan sobre él graciosa y enigmáticamente. Mi amigo el pintor César Olmos decía que pocos grafismos tan bellos y expresivos como el de esas ramas sin hojas sobre el azul nítido del cielo de Madrid, que a veces es gris muy claro y nos deja una luz de increíble pureza.

Así se puede andar el Retiro, donde no será extraño que nos encontremos a alguien que estudia, o a alguien que ama, o a alguien que medita. «¡Aire, aire!», ha dicho el puericultor —ni muy moderno ni muy antiguo— y los niños, muy pequeños, hacen novillos autorizados, con alguien que les sigue de cerca, y van embozaditos y temerosos de correr demasiado, porque les

Felipe IV se ha quedado de piedra, se ha quedado de bronce, en la corveta arriesgada de su caballo, que nunca acaba de atravesar la plaza de Oriente.



embaraza tanto abrigo, tanta bufanda, tanto pantalón largo con trabilla bajo las botas. (Con botas también Campoamor, bien acompañado. Y el paseo, claro, con un banco al fondo. Y el viento que se levanta, y en el lago del Palacio de Cristal, los patos tan erguidos, los cisnes tan arrogantes, esquivando, si acaso, la lluvia del gran árbol del surtidor que se rompe, se despeina en millones de gotas racheadas.)

Un poco más abajo, también la Feria del Libro está vacía, y los tenderetes tienen sujetas sus filas de volúmenes con un peso protector. El Botánico exhibe con más claridad que otras veces sus rótulos diferenciadores en los árboles, ya que ahora todos parecen iguales, y solamente en el tronco dibujado está la clasificación, que presumimos inventada.

* * *

El humanista holandés Enrique Cock, en sus cuidados exámetros exaltadores de la Mantua Carpetana, nos habla también de los «gratos vientos que expulsan tus malos nublados»; y acaso fuera partidario del invierno, porque escribe: «no te atormentan los entorpecedores rigores del calor estival...» Al detenerse en la Plaza Mayor, que sí parece realmente plaza mayor del invierno, tan cerrada y habitable, tan visitada por el tranquilo sol de las primeras horas de la tarde, el cronista-poeta-latinista dice de esa plaza «donde tantos festejos se celebran», y también de esos «héroes de generoso corazón, muchachos y muchachas que contemplan el espectáculo (se refiere a las corridas de toros), llenan con sus voces las ventanas», y de ese toro que «revuelve su furia de uno a otro lado, mientras que cae sobre él una lluvia de dardos...» En esta siesta sin sueño del más acusado invierno, el sol obliga a cerrar gratamente los ojos, y a imaginar todo lo pasado en la plaza. Los bancos móviles, colocados por el Ayuntamiento, han sido dispuestos —¿por quién?— en una larga fila, frente al sol, que se pone por los tejados de la calle



Un poco de sol invernal abre su página, tímidamente dorada, entre los tenderetes de la feria de libros de la Cuesta de Moyano.



Todavía unas hojas caídas porque hay árboles del Retiro que parece que tardan en desnudarse del todo.

de Ciudad Rodrigo, pero que da bien en la fachada de la Casa de Panadería. Alguna vez —pocas palabras, porque el sol hace callar— una conversación inverosímil:

—Pues yo te digo que este caballo es otro.

—Que no, hombre, no; que es el mismo.

Y Felipe III aguanta bien y mantiene el paso de su cabalgadura, mientras los dos vejetes discuten de su autenticidad en la reposición, sin que llegue la sangre al río.

La tarde se enfría de improviso. Alguna castañera —o castaño— prepara su esquina. En la plaza de las Descalzas, esos cipreses chiquitos, esas aceras desiertas, hacen guardia ante una de las fachadas más bellas y desnudamente invernales de Madrid. En la plaza de Santa Cruz, el Ministerio de Asuntos Exteriores, antigua cárcel de corte, da su nombre, ya helada, a los barrenderos municipales. Por las puertas de Madrid se cuela con el crepúsculo —no, todavía no: era una nube que lo ha puesto todo un instante triston y plomizo— la cadena de vientecillos que se sueltan sobre la villa. El viento de la Puerta de Alcalá es cortés y casi perfumado; el de la de Toledo es más duro, da ganas de volverse Madrid adentro; el de la Puerta de Hierro es el más directo y serrano, el más grato cuando no hiere demasiado. Y en el Parque del Oeste el frío sube y



En el nuevo parque de San Isidro los niños juegan, se columpian... La ciudad, a lo lejos, tiene un nuevo y hermoso perfil.

El ciprés de agua del estanque del Palacio de Cristal se despeina con el viento. Hay un pato que desafía las aguas heladoras.

baja, y juguetea con un arroyo por los paseos confundidos, y quiere hacer sonar los atriles de los árboles, que hasta la sesión de abril no recuperarán su partitura.

También pasa el viento por los puentes, pasa «corriendo parejas» con el río, que nos va dejando al otro lado, en su otra orilla, un Madrid distinto y a veces bellissimo, como el que se recorta en esos miradores del Parque de San Isidro, parque, como otros nacientes, que tiene en el invierno su mejor presencia. Todavía con arbolado chico, con esperanzas de sombras futuras, hoy son tablados de sol, llanuras tibias, hermosas, pero un poco descaradas. Los niños juegan y gritan, hacen nacer la vida que empieza al lado de la que termina entre las tapias de las Sacramentales... Buenos aires, buenos aires siempre, y ahora en este rodeo que podemos dar, mirando hacia Madrid de cuando en cuando, que se va dorando en sus rascacielos, en su palacio, en San Francisco el Grande y la Almudena...

Siempre el río en medio, tan denostado, tan llevado y traído, tan rico en arcos como pobre en agua: más coraza que pecho; más botarga que carnes propias. Como dijo Juan Pablo Forner:





Son muy bellos los alrededores de las sacramentales. El frío y el silencio de los muertos llega hasta estos bancos que dialogan en la orilla de la vida.

*¡Y fueron para otros ríos
los delicados cantares!
¡Y para ti los desvíos
y pesares!*

Hemos entrado en la Casa de Campo, tan sola y desaseada, tan sin gozar aún por los madrileños. Y al llegar a sus finales —¡cuidado, sin salirnos!— hemos recordado una página del ya citado Enrique Cock: «An-



Ese grafismo, actual y eterno, de las ramas desnudas contra el cielo...



El lago de la Casa de Campo, helado, casi lunar... Bueno, ahora ya sabemos que la luna no es tan brillante y hermosa cuando los hombres se le acercan.

tes del nacimiento de Dios —que la distancia no me engañe— había allí un espeso bosque, cuando todavía Ursaria no había sido erigida umbrosa mansión de Silvano rodeada de selvas. El madroño extendía sus ramas por todas partes, la encina no había sufrido la herida del hacha; animales varios y numerosos erraban por los montes nada conocidos, y el lobo, y la serpiente, y el oso buscador de miel, y el jabalí devorador de bellotas, y hasta se cree que hubo leones, a estos bosques vinculados que los asediaban con su pupila centelleante...

Pues bien, he aquí que cuatrocientos años después —Cock escribió en 1582 su *Mantua Carpetana*— la descripción del holandés resulta verídica y adecuada; porque aquí están el oso buscador de miel, y el jabalí devorador de bellotas, y hasta los leones de pupila centelleante, por obra y gracia de una de las instalaciones más modernas y brillantes de la capital: se trata del zoo alzado en la Casa de Campo, donde fieras en libertad yerran «por los montes de nadie conocidos». La tarde es fría, pero el oso heráldico se pasea por el helado y regado cemento, eso sí, acaso en busca de un madroño, que no le será fácil alcanzar.

Al volver a Madrid el perfil de la ciudad nos ofrece otra luz, y el invierno parece que se ha detenido, que se ha reposado. Al escalar la ciudad los coches se aprietan, se juntan con los que regresan de más lejos, con los conductores que han querido buscar el sol un poco lejos, pero que no se pierden la cercana noche de Madrid. La gran rueda de la villa se enciende, bulle, se inquieta. Como escribía Lope de Vega:

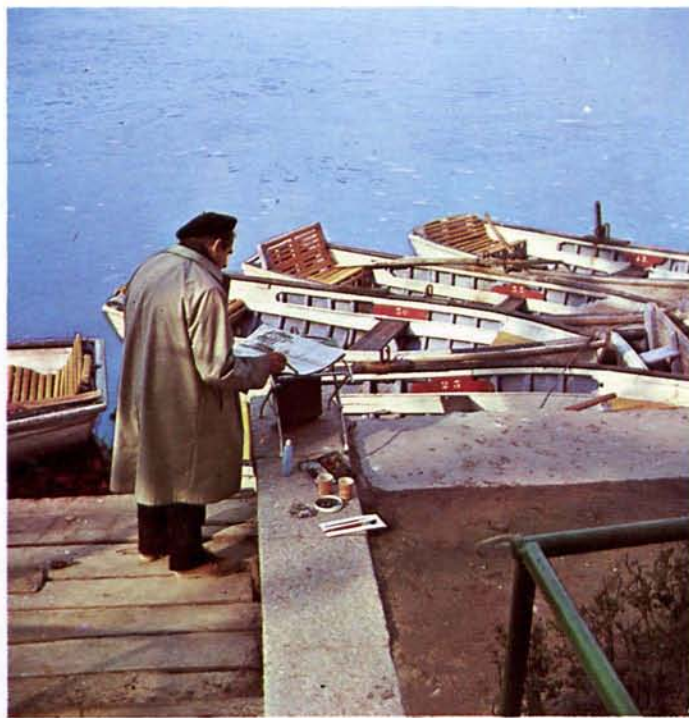
—¿Y es noria la Corte?

—Sí;

por donde calles y fuentes
son arcaduzes sus coches
que los días y las noches
reciben y vacían gentes...



El lago con su hielo, último espejo de la tarde —casi la noche— donde miran su esperanza los árboles de la próxima primavera.



Este pintor "de Madrid" se ha alejado un poco. La ciudad, en el horizonte, será un barco grande que quedará para siempre anclado en el pequeño lienzo.

Parece un vaticinio de nuestros embotellamientos de hoy, de nuestras estrecheces ciudadanas, sabrosas e incómodas a un tiempo. Angostura temida que entraba ya en los cálculos del Rey Prudente, quien trajo la capitalidad sin prever del todo lo que produciría el capital, aunque ya se dirigía en Cédula Real al regidor de Madrid, en mayo de 1561, en estos términos: «Porque a causa de la mucha gente que va en nuestra corte y ocurrirá a esa villa, habrá estrechura de aposento en ella...» Antes de llegar a la total estrechura del centro —corazón invernal de Madrid— hemos pasado al lado de Felipe II, solitario en su explanada, y hemos bordeado esa plaza de Oriente, que en el crepúsculo invernal se va quedando sólo en el centro e hirviendo en su alrededor. Se han ido ya los últimos niños, tan bien recordados por Ramón Gómez de la Serna. Se veía él niño también... «Ya encima del pedestal nos gustaba guarecernos bajo el manto de los reyes desnarizados (*sic*), y tentarles la ropa de piedra como teniendo así trato con su poder y su realeza...» ¿Cómo sería el niño Ramón, jugando en el frío de esta plaza? ¿En qué grupo entraría de su clasificación para los niños de la plaza de Oriente...? Porque él dividía a los pequeños según el lado de la plaza en que les gustaba jugar. «Yo era niño del lado derecho de la plazoleta central.» Y según jugaran en un extremo o en otro, podríamos encontrar los niños tristes, y los altivos, y los incongruentes, y los de poca fantasía...

Es la última soledad de esta tarde de invierno, la de las orillas del palacio, la de su estatua en el centro, ya sin nadie. Porque entramos ya en la ciudad viva, activísima y alegre, tumultuosa, desafiadora del frío. Aquí está el Madrid de los jugosos interiores invernales: de los cines y los teatros, y las cafeterías y los últimos cafés, de las discotecas y los grandes hoteles, donde todavía hay alguno que recoge a sus hospedados en el suntuoso «hall», donde una orquesta de cuatro profesores, como aquellas de hace cincuenta años, toca «aires» de Madrid, sin que se note el frío, sin que se note el invierno.

(Fotos: G. N. y J. Pastor.)

AZORIN, EN MADRID

Por Marino GOMEZ-SANTOS

I

MARTINEZ Ruiz realiza su primer viaje a Madrid, en el otoño de 1896, en un tren mixto que sale de Valencia a las dos de la tarde. Llega a la estación de Atocha el 25 de noviembre dispuesto a abandonar la carrera de Derecho para satisfacer su vocación literaria.

Tiene veintitrés años y un deseo vehemente de frecuentar las redacciones de los periódicos, los cafés, las tertulias literarias. De éstas la más concurrida es la de Fornos.

El joven, hijo de acomodados propietarios levantinos, renuncia al viático paterno al abandonar la carrera y confía en el fruto de su pluma para vivir en adelante con austeridad.

En la calle del Barquillo encuentra Martínez Ruiz su primer aposento. El cuarto es modestísimo, abuhardillado, pero le satisface que tenga una mesita de pino para escribir.

La primera salida es a la redacción de "El País". Lleva una carta de presentación para Ricardo Fuente, firmada por Luis Bonafoux. Desconocido del público madrileño, Martínez Ruiz no lo es, sin embargo, de periodistas y escritores. Sus folletos, publicados en Valencia —"La crítica literaria en España" y "Moratín"— con el seudónimo de Cándido, así como "Buscapiés" y "Anarquistas literarios", firmados por Ahrimán, se han leído en las redacciones madrileñas.

Martínez Ruiz debuta en "El País", periódico dirigido por Alejandro Lerroux, el 30 de noviembre. Ha colaborado con Ricardo Fuente, redac-





"Frecuentemente nos invitaba a acompañarle al cine a primera hora de la tarde..."

tor jefe, en un artículo sobre el proceso anarquista de Barcelona.

La acogida favorable, el trabajo recio, no son suficiente para mantener una vida modestísima. Durante la tarde, el joven levantino escribe encerrado en su cuarto, una hora tras otra, hasta dar por concluido el artículo. Lo lleva a la Redacción por la noche y allí, sentado en la mesa común, redacta noticias, comentarios, "hincha" telegramas.

El mismo refiere su penuria: "Nadie pudo sospechar, ni en la Redacción ni en parte alguna —no lo delataba mi actitud—, la dura prueba porque pasé unos días. He guardado mucho tiempo —no sé cómo ni cuándo lo perdí— un calendario, un calendario del famoso y perdurable

don Mariano Castillo y Ocsiero, en que había señalado yo los días, para mí harto memorables, en que no tuve más nutrimento que el siguiente: un panecillo por la mañana y otro al anochecer."

Por dos veces, cuando la situación se hace insostenible, Martínez Ruiz abandona Madrid. Recluido en Monóvar piensa con melancolía en la vida de las redacciones y la amistad con los escritores que destacan con nombradía nacional. No puede resignarse al fracaso. "Me embargaba una incertidumbre angustiosa: Ya, definitivamente —decía yo—, no seré nada."

Pero vuelve a Madrid; ahora a una pensión de la calle Jacometrezo, a cuyo patio daban las ventanas

de la imprenta de "El Imparcial". "Desde mi cama —nos dice—, a la madrugada, oía yo el traquetear de la ruidosa rotativa." Muchas noches, también desde su atalaya, ve a Mariano de Cavia inclinado sobre las cuartillas.

Una enorme alegría viene a iluminar, inesperadamente, la vida en sombra de Martínez Ruiz. En "La Saeta", de Barcelona, se publica un "Palique", de Clarín, en el que después de denunciar algunas apreciaciones injustas en las páginas de "Charivari" proclama el talento de su autor: "Martínez Ruiz —dice— es un anarquista literario; sus doctrinas son terribles, pero él es un mozo listo, listo de veras. Entre las pocas cosas que respeta está el castellano: escribe con corrección y facilidad..."

Se ve obligado a cambiar de pupilajes. "Mudar de pensión es mudar de dolor", había afirmado ya Campoamor. De Jacometrezo se traslada a la calle de la Aduana; después a las de Relatores, Carmen, Ballesta...

Años más tarde recordará el escritor: "En la calle de Relatores —casa vieja, cuartito angostísimo, no podía yo revolverme— escribí parte de "La Voluntad".

En la calle del Carmen, esquina a Salud, en una casa también vieja, pero en un cuarto espacioso que daba frente a la iglesia, escribió Martínez Ruiz una gran parte de su libro "Antonio Azorín".

También mudar de periódico es "mudar de dolor". En 1902 ingresa en la Redacción de "El Globo", donde continúa la lucha con las dificultades económicas que amenazan su permanencia en Madrid. Una y otra vez se retira a Monóvar, donde prepara nuevas ofensivas sobre la corte literaria.

"Y volví definitivamente a Madrid —recuerda—. La angustia de la incertidumbre había terminado. El primer sueldo seguro y de suficiente lo gané en el diario 'España' —Arlabán, 4—, dirigido por don Manuel Troyano. Allí estaba Maeztu —noble y digno—, que después de escribir su artículo comenzaba a pasearse por la sala, enfebrecido por el trabajo, frotándose las manos, mastigando, a veces, un pedazo de papel."

El 28 de enero de 1904 José Martínez Ruiz firma por primera vez con el seudónimo de Azorín en la revis-



En la Cuesta de la Vega, se le ha erigido un monumento.

ta "España", al mismo tiempo que crea con sus "Impresiones parlamentarias" un nuevo género periodístico.

Ortega Munilla le incorpora a la Redacción de "El Imparcial". Es el año en que se cumple el III centenario de la publicación del "Quijote" y Azorín se va a los pueblos y a las pequeñas villas de la Mancha. Alquila en Alcázar de San Juan un carro pequeño, conducido por un carretero llamado Miguel, que había trabajado en la confitería La Mahonesa, de Madrid. En la maleta llevaba el escritor una poca ropa, un pequeño revólver que le había regalado Ortega Munilla para el viaje y dos tomos de la guía de España escrita por Ricardo Ford. Aquellas crónicas, recogidas en un volumen con el título de "La ruta de Don Quijote", le hicieron popular; la serie titulada "La Andalucía trágica", cuya publicación fue inesperadamente interrumpida en "El Imparcial", motivaría el que la firma de Azorín apareciese en las páginas de "ABC", recientemente convertido en diario.

"Yo he sido mucho tiempo redactor de mesa de 'ABC' —nos dijo Azorín—. He bajado muchas veces a la platina. Durante muchos años, una noche tras otra, me iba a las cuatro de la madrugada de la Redacción. A esa hora no había tranvías ni podía encontrar coche, y tenía que ir a pie desde 'ABC' hasta la calle del Carmen, donde entonces vivía. Esto en verano y en invierno."

II

Vive Azorín en Madrid durante casi setenta años; toda su historia literaria se desarrolla aquí. Madrid será el gran escenario de su actuación como escritor y como político.

Cinco veces fue diputado en Cortes; cuatro, en elecciones generales, y una, en elección parcial por Pucherna, en Almería, en 1907; por Puenteareas, en Pontevedra, en 1914; otra vez por Sorbas, en Almería, en 1916; subsecretario de Instrucción Pública, dos veces, de 1917 al 18 y, la segunda, en 1919.

En el Congreso se sentaba con un grupo de amigos conservadores debajo del reloj, cerca de Vázquez de Mella. Hemos oído al propio Azorín que cuando Vázquez de Mella terminaba uno de sus grandes discursos tenía el cuello de la camisa hecho una sopa por el sudor.



Casa de la calle de Zorrilla, 21, donde vivió y murió Azorín.

Fue diputado al mismo tiempo que Galdós. Don Benito se sentaba frente al banco azul, donde estaba Maura, que había sido abogado del novelista. "Como los republicanos pedían votación a cada momento —nos dijo Azorín—, en media hora tenía que levantarse don Benito ocho o diez veces, y él se levantaba, frente a Maura, avergonzado y con la cabeza baja."

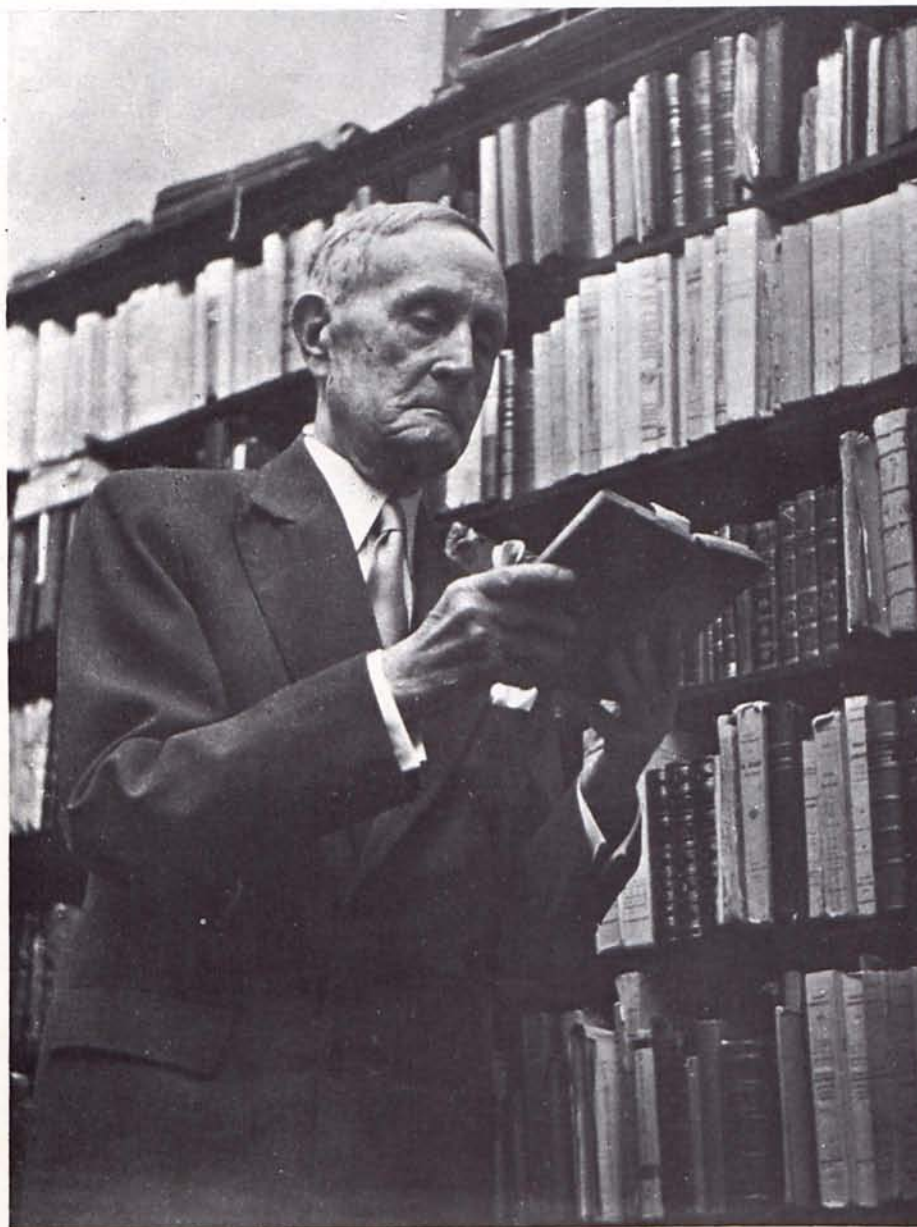
Habló Azorín una sola vez, cuando se discutió el proyecto del Teatro Nacional en el Congreso. Se levantó para hacer unas observaciones y nada más. "Yo he hablado mucho en las campañas teatrales de provincias —nos refirió también—. He hablado mucho en varios teatros cuando se combatían en campañas

intensas los males específicos, la sífilis."

III

Después de una relación epistolar, que debió comenzar hacia 1949, conocimos al maestro en la primavera de 1952. Frecuentemente nos invitaba a acompañarle al cine a primera hora de la tarde; recordamos sus explicaciones preliminares, sentados ya en la butaca, momentos antes de la proyección de la película. Habla Azorín del director, del guionista, de los intérpretes; de un bolsillo del abrigo extraía un cuaderno diminuto en el que había anotado a lápiz nombres y observaciones sobre

"Casi todos los jóvenes realizábamos nuestro debut periodístico con una entrevista al amable, cortés y soso Azorín."



la película. Le acompañamos a los cines Pléyer, Carretas, Gong, Infantas y Benavente.

"El cine ha creado tal ambiente en todo —copiamos nosotros de un cuaderno al que habíamos trasladado algunas conversaciones con Azorín— que es difícil para un artista sustraerse a él. El cine concluye con el avión y con la radio; pero fundamentalmente, en mi caso, hay un motivo metafísico, y es la noción del tiempo. El cine es una sensación vertiginosa de imágenes. ¿Cuál es el tiempo de la novela y cuál el tiempo del cine? ¿Y qué es la eternidad ante la novela y ante el cine? Cosas distintas, sin duda."

El Azorín de la década de los cincuenta era ya el enjuto y atildado Azorín a quien Cela había realizado una entrevista intencionadamente monocorde, en la que las respuestas eran "sí" y nada más. Casi todos los jóvenes de entonces realizábamos nuestro debut periodístico con una entrevista al amable, cortés y soso Azorín.

En aquel tiempo aún trabajaba el maestro por la noche. Dos veces se levantaba para escribir en la vieja máquina Underwood. Una, a las tres de la madrugada, y otra, a las ocho. Famosa era ya como anécdota su visita al diario "Arriba". Visitó Azorín los talleres, el archivo, la Redacción. Eran las dos de la madrugada. El director quiso obsequiarle. "¿Qué tomaría usted, maestro?" Azorín respondió concretamente: "Gracias, ya he desayunado."



Marino Gómez Santos, con Azorín (1952).

Una de aquellas tardes en que regresábamos del cine, Azorín nos invitó a subir a su casa. Sentados en torno a una mesa camilla, en su cuarto de trabajo, comenzaba a referirnos algo cuando le entraron en una bandeja un vaso de agua y un azucarero. "Aguarde un momento, Gómez-Santos, no se vaya usted. Es la hora en que acostumbro a cenar; concluiré en un instante; mi cena es frugal." Disolvió en el agua una cucharada de azúcar y después de beber el contenido del vaso, al tiempo que se llevaba el pañuelo a los labios, prosiguió su relato.

Hablaba Azorín aquella tarde de los usos y costumbres de sus años mozos. Todo el mundo llevaba sombrero de copa, incluso para ir a los toros. "Yo llevé también sombrero de copa, entre otras razones, porque era más barato. El último sombrero de copa que se llevó en Madrid fue hasta hace poco. Lo llevaba el procurador Rey."

Afirmó entonces Azorín que los últimos monóculos fueron los del conde de Azmir, que lo llevaba sin cordón; el de Rafael Morayta, hijo de don Miguel, y el suyo. Entonces nos atrevimos a preguntarle:

—¿Y el paraguas rojo?

—Lo del paraguas rojo que se me ha atribuido es una leyenda. Nunca llevé paraguas rojo. Entonces vestía siempre traje negro y corbata de vueltas, que era una cosa del tiempo romántico lo de la corbata de vueltas.

El 8 de junio de 1963 acudimos a felicitarle.

—Maestro, ¿qué piensa usted hoy al cumplir noventa años? —le preguntamos.

—Que escribir es una cosa muy difícil.

Ya no frecuentaba librerías de viejo; ni los andenes del Metro, donde en otro tiempo había pasado muchas horas observando el ir y venir de los trenes y de los viajeros; tampoco iba al cine.

Desde el balcón de su gabinete de trabajo veía el anciano Azorín el Palacio de las Cortes, donde había pasado tantas tardes de su vida, como periodista y como diputado. No podríamos asegurar que alguna vez apeteciera levantar las cortinas para escudriñar siquiera la actividad administrativa.

Era muy hermético Azorín; cordial, pero siempre distante; sorprendente muchas veces en sus elogios; caracterizado por sus tibios afectos.

Madrid fue generoso con su persona y con su obra; en la Cuesta de la Vega se le ha erigido un monumento. No se conocen aún las causas por las que setenta años de residencia en la capital no le hayan inspirado más que unas pocas líneas alusivas a su aire "vivo y elástico" y a su luz.

EL PINTOR, EN SU ESPEJO NEGRO

Por Tomás BORRÁS

Este retrato de Rosales, dibujado por su discípulo el gran Juan Camba poco antes de que falleciera Rosales, tiene una enorme expresividad; en su rostro están el sufrimiento y la energía del pintor magistralmente descritos.



ESPIRITU melancólico, carácter delicado y modesto, alto, delgado, esbelto, de nariz aguileña, ojos grandes, labios finos, cabello abundante recortado en media melena, barba crecida y rubia, hom-

bre de ademanes distinguidos y de un porte refinado dentro de la modesta indumentaria, guapo, de mirada inteligente y dulce algo vaga de expresión por la miopía, triste, reflexivo, galanteador y trovador



"Juicio de Salomón." (Boceto.)

victorioso, además inteligente, sentimental, artista —dicen de él Palmaroli, el otro gran pintor madrileño, y Juan Comba, el dibujante del siglo XIX, sus amigos.

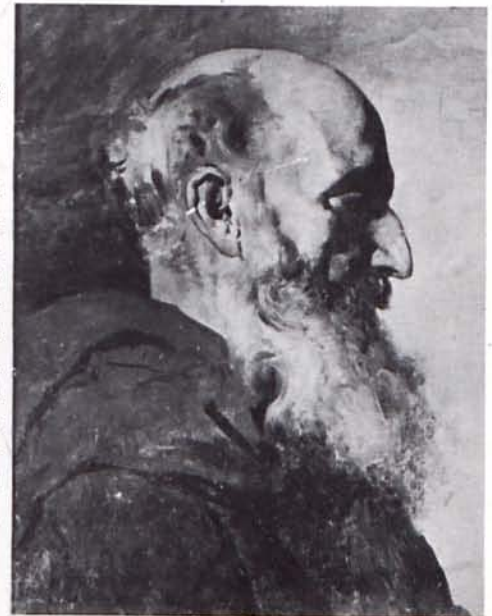
(Ultimo día del año... ¿Quién verá el que empieza? Hoy tengo un día infame de tristeza; me bulle en la cabeza, sin poder borrarla, la idea de que me queda poco tiempo de ver el mundo; arrojo a menudo salvillas teñidas de rojo, dos o tres veces, al darme la tos, he notado lo

que notaba en el pecho cuando eché sangre, ¡cómo ha de ser!)

Al asomarse con conocimiento a la vida es un chiquillo alegre en San Antón y en el Instituto de San Isidro, estudia lo que puede y toma papeles y dibuja a lápiz, o se enfrenta con un muro blanco y le llena de personajes al carbón, es travieso, es chispeante, se aficiona también a la caricatura. Después descubre los secretos de la pintura en la Academia de San Fernando. Un día del

año 1856 se viste de máscara, corre loca la Carnestolenda, se va al Prado, se agita, canta, da bromazos, una juventud mercurial, infatigable, le recorre el cuerpo, ¡alegría de ser y de estar!, acude a la tertulia del café del Carmen con Palmaroli y Manuel Araus, futuro ingeniero, en el café toca apasionadas partituras beethovenianas un amigo. Se siente no sabe cómo, habla, quiere distraerse del malestar, de pronto se levanta, lívido, quiere taparse la boca con la mano, los borbotones de sangre saltan entre sus dedos. Pánico, Rosales se desploma.

Es cuando adquiere un espejo convexo, negro, redondo, un agujero en el misterio, entra en el espejo Rosales, ¿o le absorbe el espejo tenebroso?, ya nunca más, ese nunca de



Estudio de cabeza para los "bronquistas".



"Primeros pasos."
(Las figuras son retratos de su esposa y su hija.)

Poe que los románticos se sabrán por experiencia, un fatum, una sentencia: ¡Seréis, pero no estaréis! Eduardo Rosales es el espécimen.

Porque ya es pintor. Su paleta la componen, sobre todo, el blanco, su color central, reflejo de su alma, Rosales inmaculado, blanquísimo hasta rozar el ala azul, da de sí lo noble, lo puro, lo incontaminado, lo inmaculado, lo espiritual, intacto. Después del blanco, la serie negro marfil, negro hueso, coral, cobalto, azul ultramar, carmín, bermellón carmín, bermellón de la China, Siena tostado, tierra de Sevilla, Siena natural, ocre claro, blanco de plata, amarillo limón, cadmio oscuro, verde veronés, verde esmeralda... Paleta sobria, más aún, austera, sin chillido

ni relumbrón, sin demagogia de colorines, ni exceso, en carisma de trascendencia severa. Y eterna, sin moda.

Se le presenta a Eduardo Rosales roto y en dilema su destino: el ímpetu con que ha sido dotado, «ser» desde el principio, sin aprendizaje, perfecto; pero con falta de medios corporales para llevar a cuestras la inmortalidad ofrecida, que pesa con su carga de lucha fatigosa. El pintor está dentro y fuera de su espejo negro: dentro, por el tirón malhadado; fuera, por la tentación de la altura; dentro, porque no cuenta con alas mortales; fuera, por los logros. Mira a lo que está vocado por regalo de Dios, y los días juveniles alrededor del espejo negro, que le rondan buscándole; saben que es el predestinado a la victoria. Y en él procura de zafarse de la tiniebla de la muerte, y por la muerte del fracaso; y a acudir a la cita con la fama, que le sonríe y alarga hasta su mano la rama de laurel. Este es su drama: poder, pero no poder.

Jamás un hombre ha padecido la pena de vivir y querer subir como la ha padecido fisiológica y almadamente Rosales. Pues a un ánimo de abarcadura inmensa servía un cuerpecillo de sucesivos impedimentos: la orfandad, la tisis, la fiebre el desfallecimiento de la carne, las sangrías para «curarle» la hemoptisis, la amenaza de ceguera, la debilidad, la muerte del niño-hijo, la agonía. Pudo Séneca admirar el transcurrir de Rosales; había dicho que el espectáculo más impresionante y admirable del mundo es ver a un hombre luchar con su desgracia. Rosales luchó con su desgracia veinte años, los que vivió desde el drama del café del Carmen, en que un joven es destruido. ¡Oh, Séneca, he aquí la admiración para los dioses en este espectáculo de Rosales, ángel arrastrándose!

(Todos son indiferentes a mis afecciones, a mi tristeza y a mis alegrías, a todos los veo pasar a mi lado no cuidándose más que de aquellas personas cuyas existencias pueden considerarse como enlazadas a las suyas, así es que muchas veces voy por la calle a solas con mi triste vida; veo pasar a todos, todos alegres y bulliciosos, todos satisfechos, todos cuentan personas que les quieren, que viven con ellos, que tienen a su lado un padre, una

madre, un hermano, y en las mayores desgracias esta amistad les alivia; pero yo, solo, nadie se cuida de mí. ¡Esto es triste! ¡Cómo ha de ser, Vicente! Dios me sembró de espinas el camino cuando nací y me temo que continúe así hasta que deje de vivir.)

Rosales... Rosas... ¡Qué planta tan heroica! Parece con sus brotes delicados frágil, femenina. Tiene como soporte esa fragilidad, tallo de fibra indomable, garras aceradas. Se clava, se queda, no la arranca el viento, sólo la deshoja, es paradigma de la rosa del rosal, el rosal de Rosales: el casi impesante y casi solo perfil, enorme resistente a los embates, la miseria, la enfermedad, la soledad, la angustia. Porque tiene una misión: como los rosales, embellecer, y la rosa constituir cifra de delicadeza suma y embriaguez en belleza del sentido.

(Si Dios atendiera mi ruego, sólo le pediría que no disminuyese en mí el entusiasmo en la vida. El pan de la desgracia, comido con entusiasmo, debe parecer manjar de ángeles.)

Un talento perspicaz y avezado, Pi y Margall, ve un cuadro de Rosales y sentencia: «Me recordó a Velázquez.» El Velázquez del siglo XIX se ha ido a los veinte años sin dinero, absolutamente sin un céntimo, a Roma, después de hacer sus pri-



El político Ríos Rosas.

meros borrones en San Fernando. Tuvo una muleta para su bamboleo sin caerse: tuvo amigos. Ellos le sufragaron, tan muchachos todos, ellos le sustituyeron, le velaron en el hospital de Montserrat, de Roma, donde yació tantas veces, que por poco se pasa allí el tiempo italiano. Los amigos le buscaron favores del Estado, le procuraban compradores, le llevaban los cuadros a las exposiciones, en sus salidas del hospital, pausas de la dolencia, organizaban para compensarle holgorios gastronómicos, bacanales muy baratitas, mas con salsa de señores de la vida por señores de juventud. Hasta que

"El testamento de Isabel la Católica."



Dios le envió a la mujer—a él, que había enamorado a tantas mujeres— en la damita Maximina Martínez Pedroso, que ha pescado una ganga: un hombre tuberculoso con los bolsillos vacíos. ¡Admirable Mina, como la tomaba de la barbilla Rosales y denominaba así, a lo niño! ¡Maravilla de Mina, abnegada madre de su enamorado; la mujer, madre siempre! Era cuando ya Rosales había dejado estupefactos a Roma, a París y a Madrid con el *Testamento de Isabel la Católica* y con la *Muerte de Lucrecia*. Pero aquel mundo... ¿Podría haberle reprochado Rosales aquella fineza de Maximina, rechazar su único mimo? Su mimo del mundo: «Mucho te quiero, perrito, pero pan poquito.» La *Muerte de Lucrecia* ni siquiera la compraron. Ni la vieron los críticos. Parecía Rosales fracasado... ¡Y es *Lucrecia* como la *Mujer saliendo del baño*, pintado en un día, con el *Testamento* y con el *Retrato de Pinelli*, lo precioso de su obra!

El espejo negro le tiene atrapado. Pues le considera como «delator de faltas». Mete los cuadros en su círculo reductor, algo así como veinte centímetros, y el cuadro, condensado, incoloro, descubre desdibujos y taras, manchas de lo nítido aberraciones y confusos agrupamientos. Pero el espejo —Rosales no lo sabe— es más: es la boca que le deglute, y le va tragando, y le sume en el no ser, le comunica el sino siniestro, le injustifica para la felicidad radiante. Es el túnel por el cual Rosales se aloja en el espeluzno de la impotencia. Penado que se castigó a noche permanente, a querer considerar lo humoso como escala de luz, a forcejear a brazo partido con el fantasma, bien corpóreo, de lo siniestro, zurdo, bizco, manco, pesadillesco del, en la realidad, desesperado.

El no se desesperó nunca. Le mantenía la verticalidad su querer erecto, indoblegable. Vomitaba sangre y seguía pintando, a cada pincelada larga, la suya a lo Velázquez, había de sentarse a descansar. Era un rostro blanco de ojeras cardenosas, hoesudo, hundido en su invivir, pero viviendo para sólo pintar y pintar, medio vivo, medio ya muerto.

Tiene un momento de plenitud vital, de exuberancia moral, de cordialidad correspondida por la suerte. Una hijita. La que alcanza los

1



2





3



4



1 Retrato de Rosales, por su hija Carlota.

2 Habitación donde vivía Rosales en Roma. (Acuarela del pintor.)

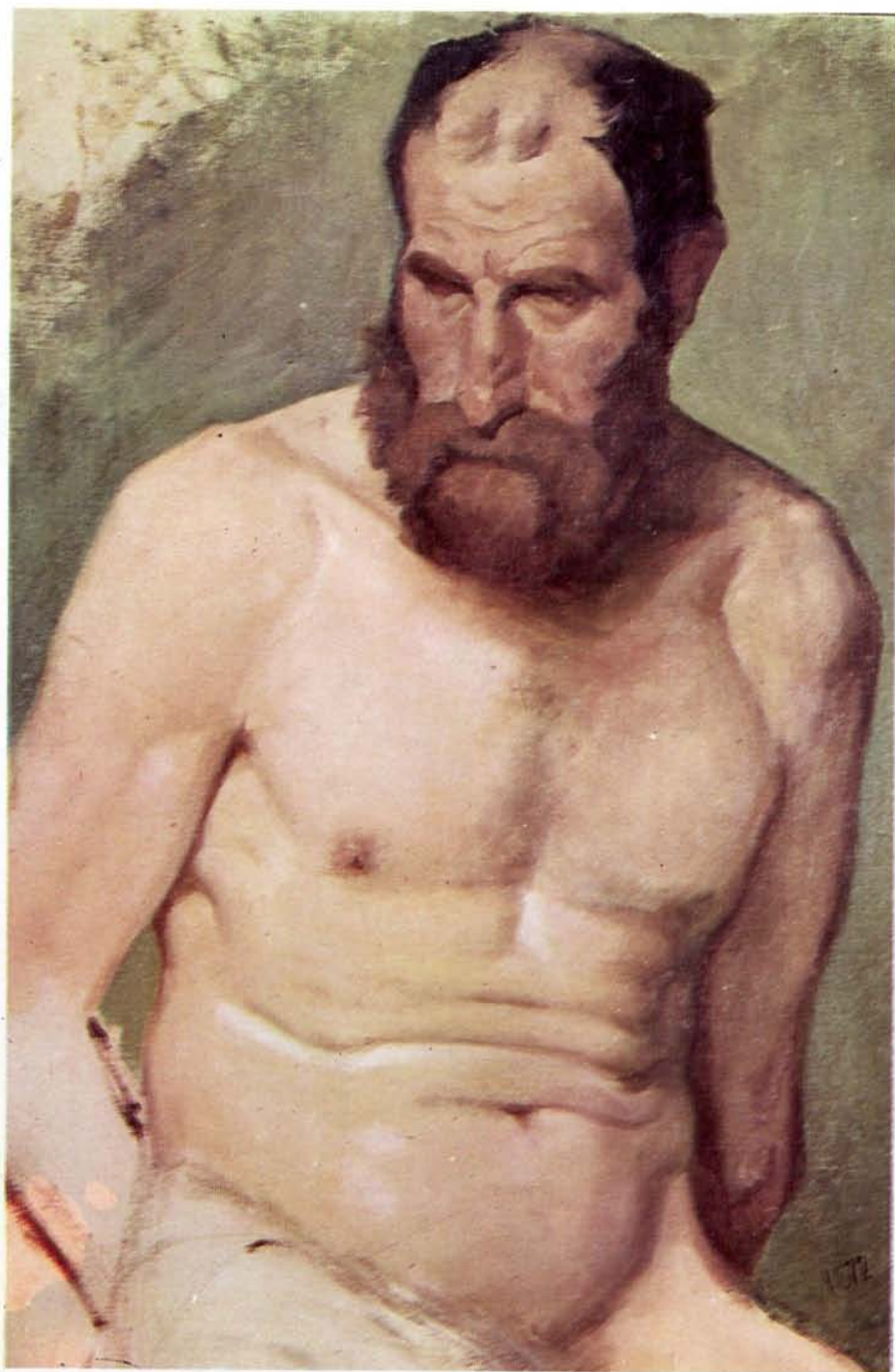
3 La esposa de Rosales, Maximina.

4 La hijita que se le murió, Eloísa.

5 La niña en rosa. Retrato de la señorita Serrano. Uno de sus mejores cuadros.

5





Modelo que figura en muchos de los lienzos de Rosales. Se llamaba Sebastián y es fácilmente identificable por repetido.

cinco años y se troncha, muere. Rosales da un alarido ante el ensañamiento.

(Poco, muy poco nos podemos prometer los que nos hemos echado en pos de la gloria, cuando hayamos dejado de pertenecer a la gran familia viviente, bien se nos podrán conceder los honores de mártires... ¡y qué mártires! Otros recogieron la dulce palma en pocas horas, en pocos días; pero nosotros estamos

destinados a disputarla por toda nuestra vida...)

Es un cristo. Aquel grupo de pintores hacía la posa, unos para otros, por sin dinero para pagar modelos. En los cuadros de Rosales están sus amigos. El, se cedió como modelo a Domingo Valdivieso y al escultor Agapito Vallmitjana, para el *Descendimiento*, del primero, y el *Cristo yacente*, del segundo. ¡No necesitaba caracterizarse, era un doliente

cristo, sufridor, de una vida que go-teaba, aureolado por resplandor arcángélico!

Mas la férrea médula de esta figura, deshaciéndose, pero tremendamente enérgica e intacta, se superponía hasta a su verdad, hercúleo esfuerzo de hacer. La fiebre consumitiva la superaba su fiebre creadora, que no devora, sino acrece. Al desfallecimiento sonambólico en que se vaga por la bruma, opuso su fe en sí mismo, su seguridad de que yen-

do llegaría, y se alzaba y caminaba. Y si en unos momentos le abrumó la servidumbre pavorida a la carne, de sus dentro le nacía la vitalidad necesaria del otro orden, la vitalidad del alma que soplaba sobre su pobre amustiado esqueleto y le imperaba: ¡Trabaja!

(Ha despertado en mí tal deseo de pintar, que tomo la firme resolución de hacer cuadros originales, sea como sea... Hago voto formal de pintar un cuadro, aunque me muera de hambre.. Estoy contento, pero me encuentro sin un cuarto en vísperas de tener que tomar una resolución, porque nos faltará dinero para comer. Este será probablemente el principio de otra situación más heroica, para la que habrá que irse revistiendo de un poco de sangre fría y resolución. Mi fe y mi esperanza aún no vacilan; lo interesante es que no pueda conseguirlo la adversidad. Con un poco de co-razón y actividad todo se vence; esto no hay que olvidarlo nunca, porque es el único modo de triunfar en las situaciones apuradas.)

«Fernanflor» parece glosar estos párrafos de cartas de Rosales al retratarle en su estudio: «Sentóse en un viejo sillón, reclinando su cabeza en las palmas de las manos, después fijó en el gran lienzo (*La muerte de Lucrecia*) sus ojos con una conmovedora expresión de sentimiento y dulzura. Hay momentos en que el alma deja el cuerpo y, como el pájaro, vuela lejos de su nido. En estos momentos los ojos miran y no ven porque una nube está delante de ellos. Ven tan sólo una atmós-



Retrato de señora.

fera de átomos, ya negros, ya brillantes, que se agitan y pasan y bullen formando olas de luz y abismos de intensa oscuridad. En este flujo y reflujo hay siempre, como una barca en el océano, una figura que vaga, que lucha y que vence, y esta figura crece y crece y lo llena todo, y nos persigue y nos abraza y nos devora: ¡la Muerte! ¡Ah, para nosotros aquella frente inclinada era de cristal! ¡Morir en la flor de la juventud y del genio, cuando amamos y nos aman, cuando se siente lleno el cerebro de grandes ideas y el laurel nos da sus hojas sin que las marchite ya el hombre y la miseria! ¡Y no sirve tener inspiración y voluntad para crear; la mano tiembla, el brazo pesa como un plomo y el dolor lanza en el pecho un ronquido

fatigoso! ¡Pobre Rosales! ¡Cuántas veces has estado así delante de tus cuadros, con los colores frescos e intactos en la paleta, pero inmóvil. impotente, como una estatua que piensa!»

La lección de Eduardo Rosales fue superar su mitad aniquilada con el solo empuje del espíritu. Quizá deba sacarse de la magnitud abrumadora de la carencia, otra potencia insospechada, que galvaniza la envoltura de lo que es indefinible en nosotros, de lo que quizá es presencia divina en nosotros. O sea, debilidad es madre de fuerza, como descomposición es previa a nueva síntesis organizada. ¿Es así? Rosales parece demostrarlo. Sólo fue alma. La candente alma le somete todo a sí, lo asume todo, incluso el aniquilamiento, rebasándolo. Sus obras, de Rosales, «están», son el Eduardo Rosales triunfante.

(El día que termine este cuadro diré: Poco importa ya que se seque el árbol, pues ha dado su mejor fruto.)

Tal es la teoría humana de un mártir de la creación, en palabras románticas, que ya son clásicas: yo, por mi obra. «Mi obra». Lo demás, que perezca. Y para ello, la sobrenaturalidad de la voluntad. Así se clarifica el maleficio del espejo negro.

Este madrileño nació en la calle de San Marcos, 21, el 4 de noviembre de 1836. Murió en la calle de Válgame Dios, número 2, el 13 de septiembre de 1873. Este año de 1973 se cumple el primer centenario de su ejemplo.

T. B.



Autocaricatura de Eduardo Rosales.

EL MADRID MUSICAL DE DON RAMON DE LA CRUZ

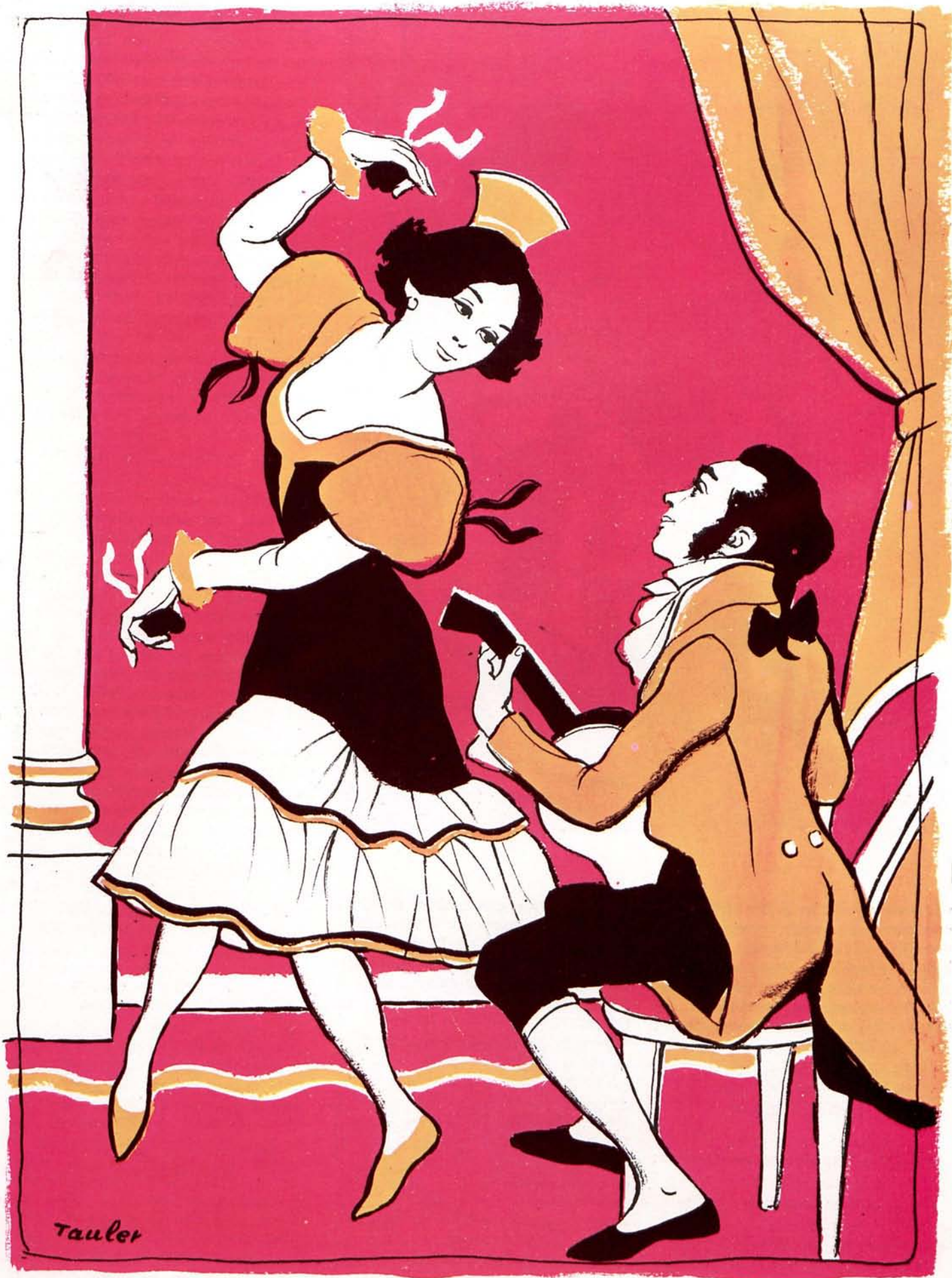
Por Eugenia SERRANO



UNA casa de la calle del Barco. Los criados, o por mejor decir la criada y el paje, están muy enfadados con la señora, doña María Estropajo. No es para menos. El amo es un viudo joven que no supo vivir a solas. Don Gil, que así se llama, volvió triste un día de pasear por el Prado. La chica entraba a poner la mesa. Y no sé qué sucedió que el señor decidió que

era mejor casarse, de asiento que andar a saltos.

La chiquita, que él llama Mariquita Martín, es morenilla y de bonitos ojos. Del más castizo linaje, del lugar de Cuacos. De cómo era el carácter de los de tal pueblo, vecino al monasterio de Yuste, queda memoria histórica de que al mismo Carlos V, en su retiro, le hicieron la vida prácticamente imposible recordándole fueros y derechos. Si estos lugareños, cuya índole quizá ha-





ya suavizado el paso del tiempo, se atrevían nada menos que con todo un emperador, Mariquita Martín, o Marica Estropajo, tiene en un zapato a sus antiguos colegas fregoniles. Bien es verdad que ellos no se dejan dominar. Escuchemos al paje:

Aunque aquí yo era criado
respecto al amo, respecto
a la criada era el amo.

La criada tampoco se queda atrás:

Pues yo me acuerdo de cuando
para ir a misa solía
prestarla yo los zapatos:
me llevaba usted a la cama
el chocolate temprano.

La deliciosa costumbre, nutritiva además, de desayunar chocolate se ha ido perdiendo en Madrid. Ganó la batalla el café, que en la capital se puede encontrar muy bueno. Y el chocolate es raro que tenga calidad.

El que una paleta desvergonzada llegue a más alto estado que una chica decorosa y bien educada, es de todos los tiempos. Mariquita, de ser de este siglo, sería hoy gitana lavadora de tripas del matadero de Mérida, que viene a Madrid a hacer carrera, aunque ni leer sepa. La gitana lavadora de tripas consigue —hay muchos tipos de esos en nuestra villa y corte—, cuando encuentra su **primo**, ponerse medias, y su primera petición intelectual

es aprender a leer, aunque ya tenga treinta años. El siglo XVIII era más minoritario y no hacía falta que las mujeres fuesen tan leídas. Las grandes señoras, con saber de labores y música tenían bastante. Y en las casas de familias cristianas viejas y devotas, a la mujer con saber firmar les bastaba.

Mariquita no es así. Mariquita es moderna, ilustrada casi. Valiente. Igual tiene arrestos para emprenderla a silletazos con la antigua fregona y colega, que contesta su autoridad, que para doblegar al marido a las exigencias de su rango femenino. ¡Pobre don Gil! Oigámosle:

Al punto que de mi mano
tomó posesión, se puso
más soberbia que los gallos,
y empezó a mandar en jefe,
no tan sólo a los criados,
sino a mí, ¡y cómo me trata!

Don Gil se gasta en ella más que con una marquesa. Encima la joven esposa está presumiendo siempre de su propio linaje y prosapia. Su madre tiene un palacio; un tío suyo, un beneficio y siete casas grandes. Los parientes, cada uno doscientos lacayos. Lo que no soporta encima de esto el marido es el tener siempre la casa llena de maestros de música y baile. No habla del maestro peluquero porque hasta los de Cuacos saben que es casi una deshonra **ir peinados de mano de mujer**. Esto, como el no llevar espadín, es detalle por el que se ve al villano. Los criados ya no están en desacuerdo con eso. El paje recuerda, echa en cara más bien, a madama Estropajo dones recibidos. La advierte que tiene derecho a tutearla porque la ha invitado muchas veces. Y por el tiempo que ha perdido enseñándola...

a tocar en la guitarra
seguidillas y fandangos.

Cualquier discusión de reproches y memorias malintencionadas se corta con la llegada del maestro de música. El maestro, igual que el Al-maviva-Lindoro de **El barbero de Sevilla**, relamido y guapete, da la lección de canto y música, como Lindoro a Rosina, haciéndola la corte, llamándola **sultana** y **dama sublime**. A Mariquita lo que le gusta es bailar seguidillas y el fandango, que adorna tantos sainetes de don Ramón. Aun hoy, en pleno siglo XX,

se canta por los pueblos manchegos la graciosísima copla:

—Gitana, ¿por qué te prenden?
—Señora, por fandanguera.
—¿Cómo se baila el fandango?
—Señora, de esta manera.

... ..

La Inquisición, desde los graves Austrias a los Borbones castellanzados, y, por tanto, también graves y lúgubres, debía luchar, en vano sin duda, con el afán del pueblo madrileño a divertirse. Civilizador afán que, por fortuna, no ha perdido; que de ascetas y padres del yermo, como de beduinos, no se ha visto salir civilización e industria alguna. Y del afán del lujo y de las artes suntuarias ha salido todo. Las Cruzadas e Hispanoamérica incluidas.

El abate Lindoro de esta preciosa fregonil dice conceptos graves y medio platónicos. Habla de la armonía, etc, casi como fray Luis de León. Es curioso que los varones críticos sean a veces tan sesudos y tristes como un asno. Nadie vio en la grandilocuencia burlona del sainetero la crítica que hacía de los fantasmones de las comedias y tragedias tan al uso, el teatro de capa y espada, el teatro histórico, que aún llega estortoreando al Madrid de la primera mitad del siglo XX y hasta la Academia española. Le critican, al contrario, a don Ramón el no saber mantener el prosopopéyico tono. Menos mal que él se divierte de lo lindo ridiculizando a los borricos pedantes y pensativos.

Mientras en los salones de doña Mariquita se divierte y canta y baila todo el mundo, con más salero que énfasis, aparecen tres nuevos personajes. Son del siglo XVIII, y de ayer mismo, y de mañana. Son los perennes e impertérritos **isidros**. Van buscando la calle del Barco, y ya están en ella, dos burros —de los de cuatro patas—, arreados por tía María, Tonilla y Colás Morado, **lugareños muy pobres**. Los paletos van comentando, lo mismo que se comenta ahora, de los madrileños:

Que andan, por arrastrar coche
toda su vida arrastrados.

La tía María trae un par de medias y una cestilla de mantecados para su yerno, al que decidió hacer una visita de meses. «O de unos



años», apostilla Colás Morado, al que Tonilla no debe parecer costal de paja.

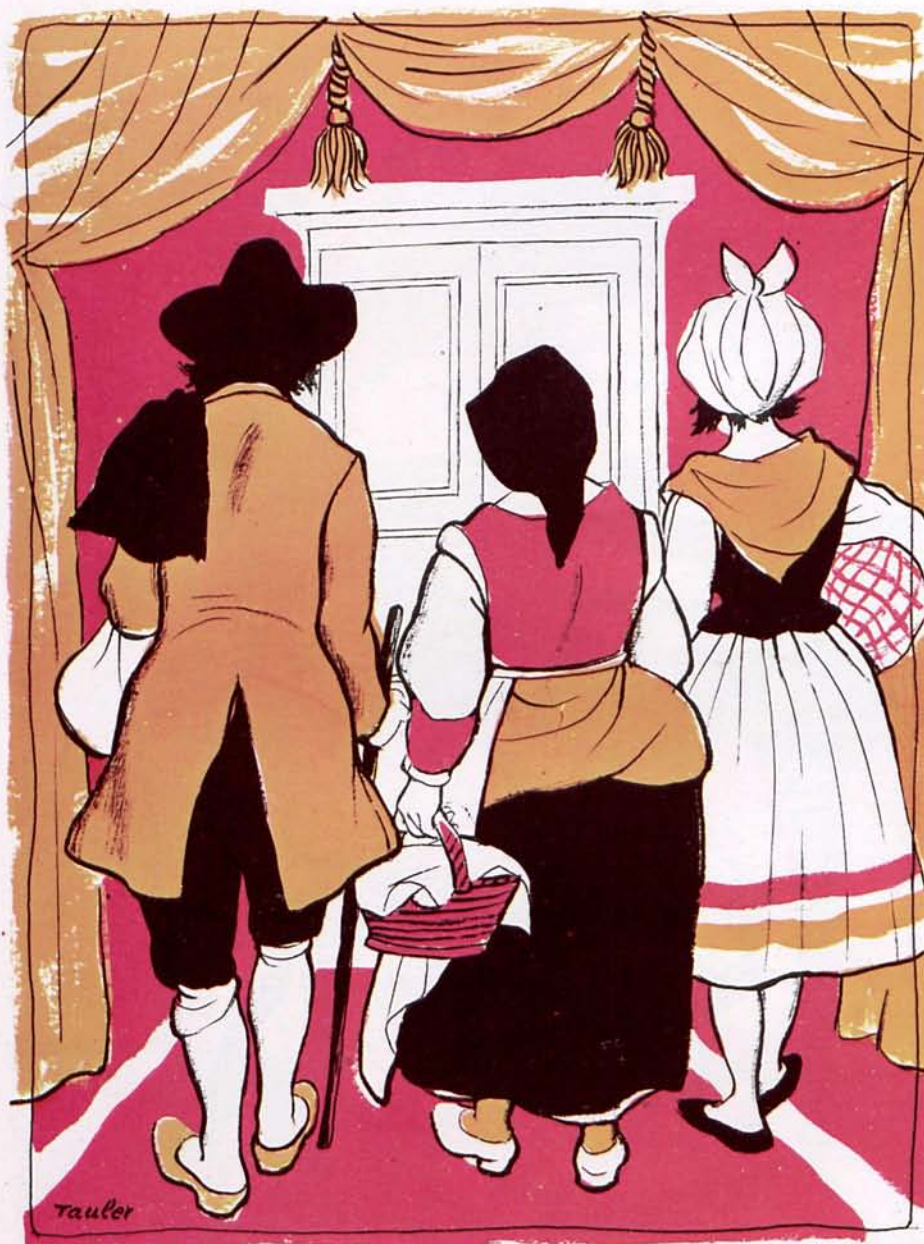
Los caballeros madrileños se asombran de la comitiva. El amigo don Carlos aconseja al atribulado marido que eche al prado a semejantes pelmazos. Pero don Gil se enamora de ellos. Como averiguará el público estos pobres lugareños son la familia de doña María Martín, conocida familiarmente por Mariquita Estropajo. Don Gil no los mandará a pacer, sino los hospedaré en su casa. Será el yerno ejemplar, que tendrá consigo no sólo a la suegra, sino a los cuñados, para

... dar un desengaño
a mi mujer, por si puedo
hacer que abata el penacho.

Se reúnen todos en la casa. Los paletos los señores, el abate, los bailarines, los músicos, la **arribista**, hoy las llamamos así. Mariquita apaga sus humos y reconoce sus faltas. Todo debe terminar con baile. Y una de las preciosas petimetras comenta con guasa madrileña cuando la dama se avergüenza de que hayan descubierto sus fantasías y delirios de linajes y grandeza:

Por nosotras no lo sientas,
que si aquí fueran llegando
los parientes de cada una,
quizá habría más trabajo.

Antes la tía María ha dicho, sentenciosa, con comprensión maternal:



No extraño
tu vergüenza, que los *probes*
todo el mundo deshonramos.

No decía la famosa señá Antonia,
o al menos se le atribuyó pública-
mente, como madre de la diva Che-

lito, el dicho, recogido por Bena-
vente: «Mire, don Jacinto, los po-
bres, todos, son unos sinvergüen-
zas».

Sentencia de mucho intríngulis y
filosofía social, comparable en la vi-
da menuda a la sarcástica observa-
ción de Cervantes sobre Sancho:
«... hombre de bien, si es que el
pobre puede serlo».

Don Ramón escribía de noche;
muchas veces dejaba la péñola a
las cuatro de la madrugada. Esto
demuestra que ya, hace doscientos
años, Madrid era ruidoso. Y cómo
no va a serlo, si no es un cemen-
terio, sino una ciudad risueña, tra-
bajadora y ociosa a un tiempo, y,
desde luego, muy viva.

Don Ramón era un chico **casi bien**.
Elegantito, viajero por Europa. Mús-
ico y poeta. Se burlaba hasta de
su sombra. Tenía, como tantos ma-
drileños e isidros de hoy, que man-
tener y costear a las musas traba-
jando de día en un empleo del mi-
nisterio. Las letras y la burocracia
jamás se han llevado mal en nues-
tra capital. Le protegía, ¡**muchísimo!**,
la rancia aristocracia. Pero...,
pese a todo, en 1770, a sus casi cua-
renta años, tuvo que pedir dinero
al Ayuntamiento de Madrid para
imprimir sus sainetes. La Comisión
de Cultura, que San Isidro sabrá
cómo se llamaba el Aparisi de en-
tonces, se lo concedió. Muy madri-
leño era, como el propio Lope, de
padres provincianos. Sangre cata-
lana, de la Cataluña hoy francesa,
y de Canfranc. Se divertía mucho
escribiendo. Dicen que murió en
1794, a los sesenta y cuatro años de
edad. Le enterraron en la parroquia
de San Sebastián.

¡Qué va! Estoy segura que él y
sus personajes, cambiando sólo el
hábito, siguen viviendo y riendo por
nuestra capital.

LOS GRANDES ARTISTAS MADRILEÑOS

JOSE ROBLEDANO

Por Federico Carlos SAINZ DE ROBLES



JOSE Robledano nació en Madrid, porque él mismo se negó a nacer en otro lugar, el 27 de diciembre de 1884. Sí, un día antes del de los Santos Inocentes, porque a él de inocentadas... nada. No recuerda bien cuándo tomó en su mano el primer lápiz. Pero yo sospecho que se lo tuvieron que arrancar de la diestra para que mamase a gusto y a gusto se lo metiera en la nariz, cosas canónicas en todos los niños, incluidos los genios. Estudió algo, que todo hay que decirlo, pero sin el menor interés. Y fue que su uso de razón, apenas la tuvo independiente y rebelde, le machaconeaba cada día: «Mira, Pepe, tú no sirves sino para dos cosas: pintar y sentar plaza de recluta de cuota en la bohemia de tu tierra natal. Con que, Pepito, nada de mistificaciones ni de disimulos, tú a pintar y a practicar la bohemia nocturna y, a poder ser, la diurna. Porque ya sabes que en el traspasar y en el irse por ahí de picos pardos están la vena y el venate del mejor arte.»

Adolescente aún ingresó en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, donde fue alumno dilectísimo del gran paisajista don Antonio Muñoz Degraín y compañero de cuantos llegarían a ser, como él, maestros indiscutibles de la pintura del paisaje: Labrada, Martínez Vázquez, García Lesmes, y en cursos superiores, los hermanos Valentín y Ramón Zubiaurre. En la escuela convivió con cuatro promociones de

pintores de excepción, de ninguno de los cuales desmereció y aun superando a varios de ellos en la diversidad de sus aficiones y en la palpitante humanidad que rezumaban cuantas obras nacían de sus pinceles y de sus lápices. Como su gran maestro Degraín, Robledano fue, y es, paisajista excepcional, género pictórico por el que siempre ha sentido dilección especialísima, afición irresistible. Pero no sólo paisajista rústico —que hay gentes muy sensatas que creen que el paisaje está siempre fuera de la ciudad—, sino igualmente *paisajista urbano*. ¿Duda alguien que Galdós fue el paisajista urbano más prodigioso que tuvo Madrid? Pero no fue Robledano artista que se impusiera ni se dejara imponer límites ni cotos a su real gana de artista impar. Paisajista, sí, lo primero, lo más noble y sentido. Pero también dibujante costumbrista de su Madrid. Y caricaturista. Y no menos personal ilustrador. Y tales aficiones, poco a poco, pero seguro, sin desvíos ni concesiones, hasta llevarlas a su culminación ejemplar.

Su primer dibujo costumbrista lo publicó —1904— en la revista madrileña «Arte y Sport», revista decenal aparecida en 1903 y como continuación —y esta noticia mía pue-

de ser la ignore el propio Robledano— de otra denominada incomprensiblemente «El Cardo». Pues... ¡vaya cardo!, exclamación netamente madrileña. En «Arte y Sport» colaboraron artistas tan famosos hoy como Picasso y Juan Gris, los cuales, con Braqué, serían los provocadores del escándalo encantador —y fumigador de tantas ranciasidades— *cubismo*. Y, por supuesto, siendo Robledano tan madrileño de raíz, frondas y frutos, ¿cuál costumbrismo iba a cultivar sino el castizales matritense y el apegado como lapa a las clases bajas, media baja y media sin más bajeza? Las llamadas clases altas no le daban ni frío ni calor, y le importaban una higa. Dibujante costumbrista Robledano tan neto, garboso y respingón, como lo fueron con la pluma don Ramón de la Cruz y don Ricardo de la Vega.

A partir de 1907 hasta 1925 fue Robledano ilustrador inmejorable de cuantas revistas aparecieron —más de 20— dedicadas a la novela corta: «El Cuento Semanal», «Los Contemporáneos», «El Libro Popular», «La Novela de Bolsillo», «La Novela Corta»... Yo que vengo desde hace más de veinte años dedicado a defender y ponderar en sus indiscutibles valores la llamada por mí



Retrato de José Robledano (dibujo de Montero), cuando el magnífico pintor y dibujante vivía la culminación de su arte.

La "chusma" matritense se divierte a lo loco, en un Carnaval zarrapastroso en las Rondas.



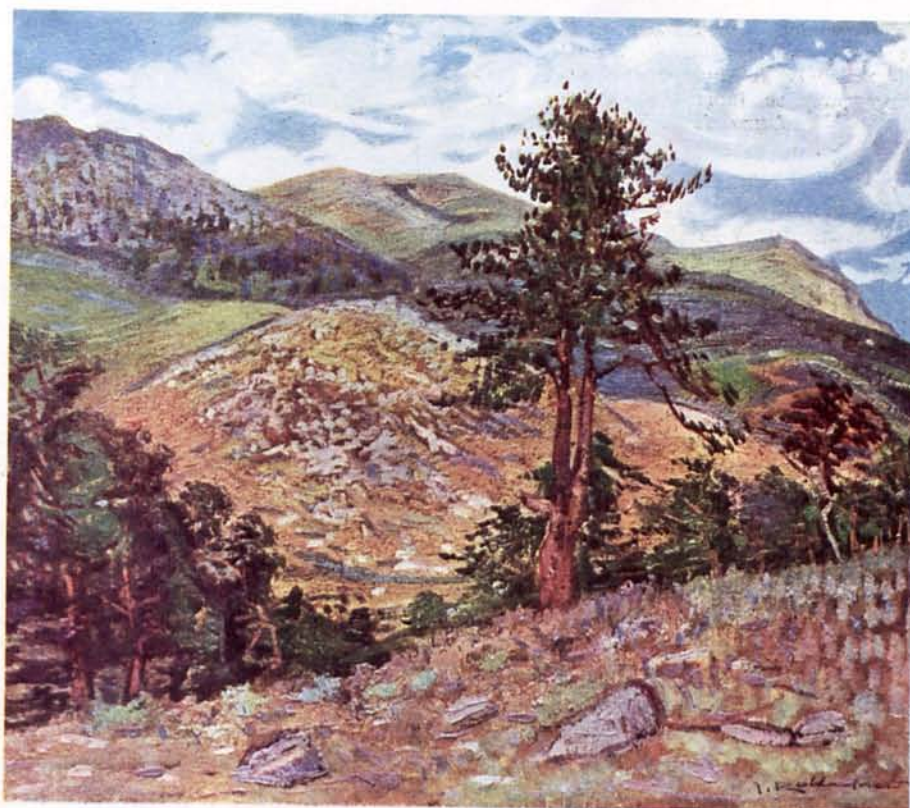


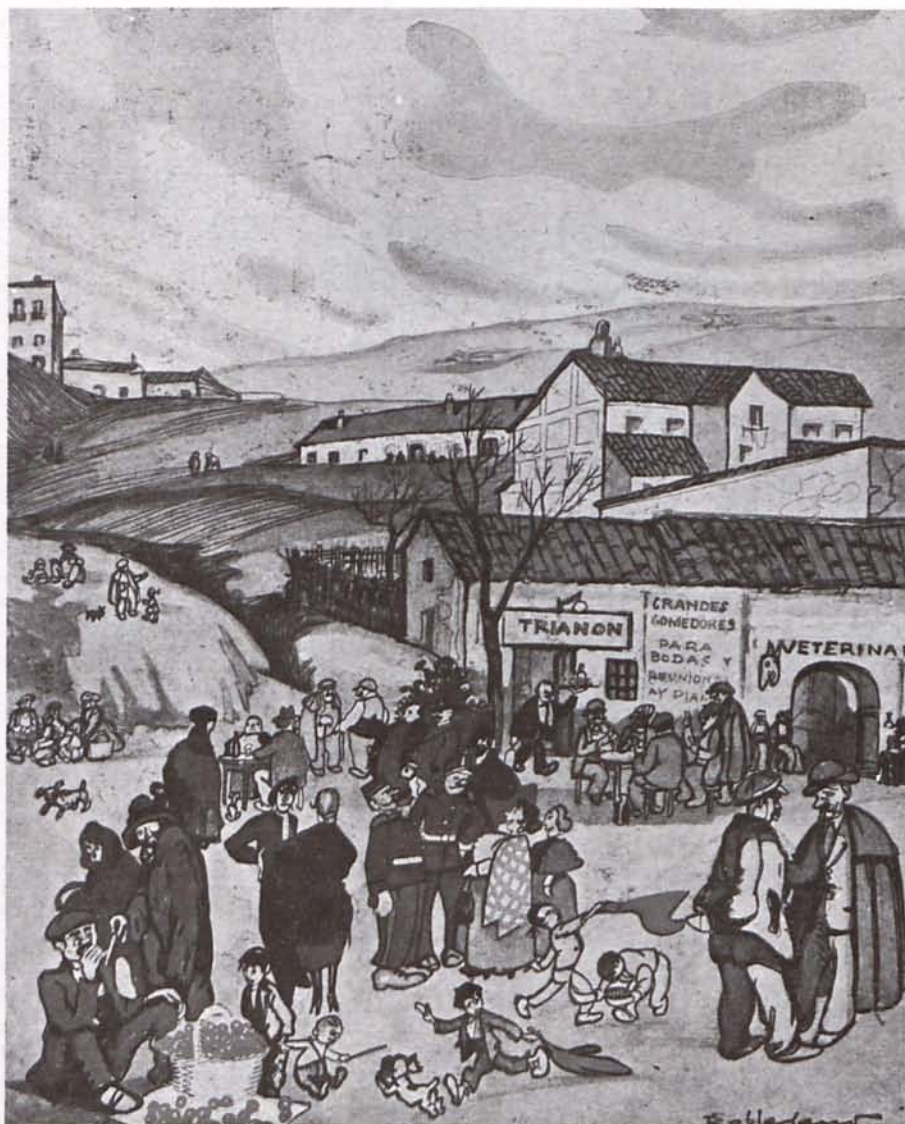
promoción de "El Cuento Semanal" —fundado por Eduardo Zamacois en 1907— debo consignar ahora que esta admirable promoción de cuentistas y novelistas tuvo parigual promoción de dibujantes ilustradores: José Robledano, Ribas, Bartolozzi, Echea, Penagos, Pepito Zamora, Romero Calvet, Bujados, Sirio, Varela de Seijas, Agustín, Izquierdo Durán, Sancha y tantos otros, quienes parecieron los inseparables colaboradores gráficos de aquellos novelistas y cuentistas con los cuales se compenetraron por la amistad y por las tendencias afines entre las letras y el arte. Por ejemplos: un Répide acompañado por Robledano nos sabía mucho más a Madrid. Un Zamacois acompañado por Romero Calvet nos parecía más insinuante dentro del misterio o de la aventura. Un Fernando Mora acompañado por Sancha valoraba decisivamente los barrios bajos matritenses y cuanto en ellos había de probabilidades de drama o sainete. Por supuesto, Robledano a la cabeza de cuantos dibujantes ilustradores he mencionado colaboraron unidos en las mejores revistas de la época: «Nuevo Mundo», «La Esfera», «Mundo Gráfico», «Blanco y Negro», «Por Esos Mundos», «Alegría», «Buen Humor», «Gutiérrez»...

Y sin abandonar la que debemos considerar —porque él la consideró y porque lo es— su pintura vocacional: el paisaje, tanto campestre como urbano; cultivada en sus mejores momentos de esparcimiento espiritual y entreverada, como una un-

El río es humilde, pero sugestivo. Y la pradera se ha convertido en escenario de una mojiganga cuasi goyesca.

Un paisaje del gran paisajista Robledano. Paisaje alapado ya a la sierra de Guadarrama.





Un merendero ortodoxamente madrileño en los altos de Cuatro Caminos, en el que, además de divertirse el pueblo endomingado, se fabrica el lenguaje más castizo de la villa.

ción de paz y de lírica sensibilidad, con el humor y la sátira y el desgarrador costumbrismo arrabalero prodigados en las publicaciones populares de temas bien diversos Robledano, cuya jerarquía artística iba ganando «muchos enteros» en la Bolsa del arte español, día a día, como un valor que se sabe no puede sufrir merma ni desvalorización, fue llamado para que con *sus monos*, pletóricos de salero y de humanidad, la naturalidad misma, honraran diarios de la categoría de «El Imparcial», «La Voz», «El Sol», «El Socialista», «Claridad».

Pero debo retroceder un poco en el tiempo para recordar que, luego de reñidas oposiciones, a últimos de 1914, Robledano ganó una beca del Círculo de Bellas Artes de Madrid,

justificándola poco después con su fascinante *Crepúsculo en la nieve*, paisaje serrano que alcanzó tercera medalla en la exposición nacional de 1915. Y durante los años 1902, 1915 y 1916 realizó exposiciones propias en el Círculo de Bellas Artes, y en el mismo 1916, en la entonces más acreditada sala particular: Iturrizoz. Y desde que el gran crítico de arte y notable narrador don José Francés (miembro destacado de la *promoción* de «El Cuento Semanal») organizó las anuales exposiciones de humoristas a partir de 1914 en la sala Allier, de la plaza de Santa Ana no dejó Robledano de concurrir a ninguna de las siguientes. Y para demostrar que su magisterio no tenía límites aceptó y acertó con plenitud a ilustrar para la madrileñísi-

ma editorial Saturnino Calleja, especializada en publicaciones para la niñez y la adolescencia, incontables narraciones, de las que se pudo pensar que la mitad, cuando menos, de su éxito correspondió a las ilustraciones tocadas por la gracia, el gracejo y la ternura y sencillez de Pepe Robledano.

De quien entonces don José Francés, el mejor crítico de arte de aquellos años, afirmó: «La vida ha sido su maestra muy de cerca, con crueldades y con sonrisas, sin escatimarle ninguna enseñanza: las del romanticismo lánguido, junto a la crueldad enfermiza; la esclavitud del pensar, a contrapágina del libérrimo ensueño, y, a veces, el ademán que empezara siendo sutilismo deliquio terminó en cómica pirueta. Este contrasentido rembranesco de la vida le hay en el hombre. Robledano parece un niño envejecido, o un viejo con toda la pródiga exuberancia de ilusiones de un niño. Menudo, flaco, nervioso, muy pálido, le avanza la frente cargada de pensamientos —en forma de torre, como la de los Froment zolescos— y le chispean las negras niñetas con una vivacidad extraordinaria. Tiene rostro de Hamlet y también de Pierrot. A ratos, en la boca, una mueca de Baudelaire, el poeta maldito; a veces se le abre en un risa jocunda, en *a*, como sólo ríen los hombres que no tienen historia propia o la olvidaron totalmente... ¿Es un paisajista que hace caricaturas? ¿Es un caricaturista que pinta paisajes? Es algo más de lo que podrían significar esos mutuos desquites. Es un artista, de tal modo completo, que vibra a las más opuestas sensaciones en una plena abdicación de sí mismo, como si cotidianamente renacieran para morir en beneficio el uno del otro dos hombres distintos. Y al encontrarles en sus senderos tan apartados entre sí, no sabríais recordar en el hombre emocionado, tembloroso bajo el baño del ideal, al que iba de la mano de la sátira y coronado de locos cascabeles...»

Pero los éxitos abrieron algunos paréntesis en la carrera artística de Robledano, quien también hubo de superar no pocas injusticias y contrariedades, siendo la primera de éstas la necesidad vital de no poder dedicarse plenamente a la pintura, con la que, ya en 1904, en la exposición nacional, había presentado un cuadro en verdad impresionante:

El corral de Sabino, trozo bravo, duro, austero, de los alrededores de Madrid, en dirección a la sierra, que diríase *flota* a la luz que se toca y en el aire que se ve, según nos reveló *nada menos* que don Diego Velázquez; trozo carpetano el de Robledano teñido de melancolía y de reconditez sentimental, con un hábil juego combinado de azules, rosas y grises. Este cuadro se merecía ya una tercera medalla y, sin embargo, hubo de contentarse con una mención honorífica. ¡Amarga desilusión para el gran paisajista! Hasta el punto de que, por algún tiempo, dejó la pintura de paisaje para, como nos dice José Francés: «Empezar a pintar escenas de los barrios bajos. Un pesimismo trágico, feroz, a lo Gorki, a lo Steinlen, entenebrece el arte del joven pintor.» Por sus dibujos desfilaban los ex hombres y las ex mujeres de las guaridas del vicio, del crimen y de la miseria. Ante aquellos cuadros escalofriantes de Robledano sentimos la vergüenza de vivir en el mismo siglo de tales infamias. Un mundo desconocido e inédito, aquí mismo, en Madrid, a unos cuantos metros de la Puerta del Sol, se nos revelaba en toda su venenosa belleza. Porque no se podía negar la belleza —sombra, aspera, cruel, desgarradora, como queráis, pero belleza al fin— a aquellos dibujos de Robledano, en los que había plasmado el vivir de mendigos, ladrones, ramera, chulos de baile, tabernas, cuevas en los desmontes, siluetas amenazadoras de vagabundos... Labor de sociólogo realizaba el pintor con sus pinceles y en sus lienzos y cartulinas. Convivía con los miserables para reflejar con toda sinceridad las escenas dolorosas; pero luego, al contemplarlas realizadas, era el primer conmovido y el que más honda sentía la repulsión de semejante vida.

Siguiendo esta nueva manifestación de su arte, en la exposición de 1906 presentó su cuadro costumbrista canalla: *Los lunes del toledano*, algo como un baile que tiene no poco de antrúejo, de aquellos portentosos lienzos costumbristas canallas de Lucas, el discípulo más fiel y más cercano a don Paco Goya: mujeres degradadas y desgarradas, pintarrajeadas chillantemente; chulos presidiabiles; viejas celestinas embrujadas en algún aquelarre; muebles tabernarios inservibles hasta para *El rastro*, y todo ello envuel-



Verbenas madrileñas del buen tiempo estival. Es una lástima que no se rife esa buena moza, y que el niño le toque el pito.

to en luces, penumbras y sombras escalofriantes; luces y sombras de arrabal madrileño tarado por la miseria, el vicio y el crimen.

Un año después Robledano sintió la necesidad de purificar sus pinceles y volvió... a inundarse —en cuerpo y alma— en su paisaje adorado del norte de Madrid, en esa llanura de peñascales, matas bajas, arroyos escondidos, caza menor y vientos que erizan la fronda haciéndola susurrar, que llega hasta la sierra de Guadarrama. Compitiendo con otro ilustre paisajista, Fernando Labrada, hizo oposiciones a una pensión para completar su arte fuera de España. La pintura de Labrada es perfecta de técnica, pero fría, sin con-

cesiones a la emoción. La de Pepe Robledano, caliente, nerviosa, romántica, sin concesiones a la puritana estética. Y, naturalmente, el jurado compuesto por puritanos academicistas otorgaron el premio a Labrada. Robledano, para sobrevivir, hubo de volver a sus caricaturas, a *sus monos* con pies jocundos o satíricos hasta la rabia algunas veces, a su bohemia ciudadana de la que extraía los más admirables esperpentos de la vida matritense. Posiblemente, en estos años le nació al alma de Robledano su escepticismo, su desgarrar para enjuiciar, su melancolía desdeñosa.

En 1914 celebró el Círculo de Bellas Artes de Madrid unas oposicio-



Una exposición madrileña habitual a principios de siglo, cuando los modelos no se avergonzaban ni de sus harapos ni de sus miserias físicas.

nes de pensionado para paisajistas. A Robledano le renacieron sus ilusiones y se presentó a ellas. Esta vez, como en 1907, tuvo un contrincante de talla, de indiscutible valor: el paisajista Aurelio García Lesmes. Quien, como Labrada, representaba la técnica exquisita, la exquisita frialdad, la minuciosidad naturalista. El José Robledano de 1914 seguía siendo el mismo de 1907: rebelde a las riendas de la técnica, romántico de ideales, sensibilidad en carne viva, pasión irrefrenable por «meterse en el alma del contemplador a fuerza de conmoverle. Esta vez el jurado, negándose a postergar a ninguno de los dos opositores, concedió una beca a cada uno. Robledano supo aprovechar su beca y presentó, como ya he dicho, a la exposición nacional de 1915 su cuadro *Crepúsculo en la nieve* (ganador de la tercera medalla), y otro, a mi gusto, muy superior: *Las dehesas de Cercedilla*. El triunfo le hizo recobrar la fe en su más enraizada vo-

cación; pero siempre buscando los mismos escenarios amados en ese enorme anfiteatro que va desde el puerto de Somosierra hasta las inmediaciones de Cercedilla y Collado Mediano. Tierras grecas por su austeridad y por sus juegos de nubarrones. Remansos para unos azules prodigiosos que dejan transidos los peñascales y los arroyos y charcos. Roquedales y encinares en los que se desgarran las nubes bajas y se dejan en ellos jirones aún palpitan-tes. Tierras, sí, de eternurada pasión, capaces de engrandecer el alma más fría y la sensibilidad más embotada. Rascafría, El Paular, Buitrago, Chozas de la Sierra (hoy Soto Real), La Morcuera, Lozoyuela, Miraflores, Becerril, Colmenar, Hoyo del Manzanares, Manzanares el Real... Ciertamente el itinerario preferido por nuestro jocundo arcipreste de Hita y por nuestro perito en mozas hermosas, marqués de Santillana. Y algunos siglos después, el paisaje maravilloso puesto de moda

por los miembros más selectos de la Institución Libre de Enseñanza: Manuel Bartolomé Cossío, Giner de los Ríos, Bernaldo de Quirós, Roberto Castrovido, Luis de Tapia...

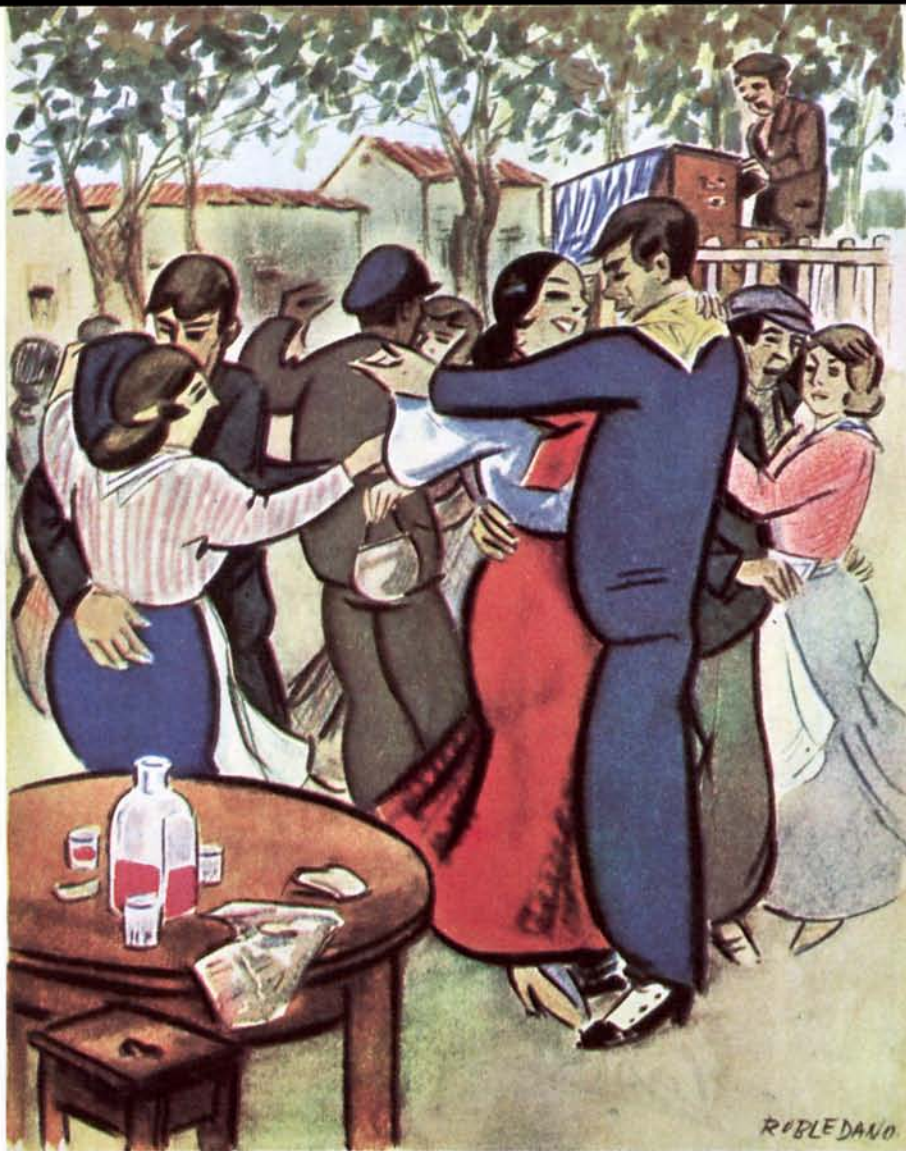
Pero tiene José Robledano una pasmosa serie de cuadros costumbristas de entrañable y feroz naturalismo matritense: glorietas y rondas, travesías y biombos, costanillas y campillos, portillos y pretilos, correderas y cuestas, merenderos y tabernas, puestecillos callejeros, rondas de traperos y murgas de instrumentos de viento, tipos famosos por su ridiculez o grotescos, serenos y *curdas*, daifas de esquina, organilleros con sus manubrios de tracción animal bípeda... Si se me pidiera a mí, madrileño nativo y de pasión, cronista oficial de Madrid y, hoy, acaso su notario más obsesivo, que dijera dónde se puede encontrar el Madrid más auténtico del primer tercio del siglo XX, sin titubear daría los nombres de Sancha y Robledano, de Répide y de Luis de Ta-

pia. Ellos sí fueron los plenipotenciarios del madrileñismo en aquellos años y los más afortunados rememoradores de sus encantos y de sus fallos. Pero aun éstos salvados, por los cuatro, con montones de indulgencias plenarias.

Precisamente con Sancha, y con otro genial caricaturista, Luis Bagaría, formaron el que fue denominado en todo Madrid como el *Trio de "El Sol"*, pues que en este magnífico diario, del que era mentor áulico nada menos que don José Ortega y Gasset —¡otro madrileño genial!—, ellos representaban el humor, la gracia, el seductor desgarro, la implacable acusación, el ingenio que antes prendía en los lectores. La habitual sección de Robledano, titulada *Aleluyas del otro jueves*, llegó a ser uno de los mejores alicientes, entre tantos como sumaba aquel gran diario. Y como hasta ahora no lo he dicho diré ahora que, como caricaturista, en nada desmerece Robledano de Sirio, de Sancha, de Bagaría, de Tovar, de Fresno. Ciertamente se ha escrito de los monos de Robledano: «En ellos la línea ríe a carcajadas, se contorsiona, se quiebra, se retuerce, brinca, se alarga o se encoge con regocijadas inverosimilitudes. No son seres humanos y, sin embargo, nos recuerdan a personas que conocemos y que se codean con nosotros en la vida. No podemos contemplarles sin entregarnos a una risa sana, compensadora de tantas seriedades como brotan a compás de los pasos...» (José Francés.)

Después de 1939 aún continuó el genial Pepe Robledano colaborando casi en todas las mejores publicaciones. En «ABC», entre 1956 y 1963. En la Editorial Calleja, hasta su desaparición, ilustrando cuentos. Ha realizado trabajos de mucha popularidad: carteles e historietas publicados por la Jefatura de Tráfico sobre normas de circulación y evitación de accidentes; y por la Dirección General de Sanidad sobre motivos similares; por el Servicio Nacional de Loterías; y por el Ayuntamiento de Madrid. Uno de sus últimos trabajos ha sido la ilustración del método *Spanish Today* para el aprendizaje del español, editado por la gran editorial inglesa *Sun and C. Ltd.*

Antes de terminar mi crónica en homenaje a uno de los artistas más insignes de quienes se puede sentir



Se dan lecciones de agarrao, el más castizo de los bailoteos madrileños y el más expuesto a que las parejas se pasen y se proponen en los toqueteos y chuleos.

orgulloso Madrid quiero evocar dónde y cuándo le conocí. Fines de 1927. Robledano era ya un popularísimo artista de fama dentro y fuera de España. Yo acababa de ganar las oposiciones al Cuerpo de Archiveros-Bibliotecarios-Arqueólogos del Ayuntamiento de Madrid y desempeñaba mi destino en la Biblioteca Municipal, entonces localizada con gran modestia en el piso alto de la Escuela Modelo de la plaza del Dos de Mayo con vuelta a la de Daoíz. Dirigía la Biblioteca el gran paleta don Manuel Machado. Cierta mañana apareció en la Biblioteca una criatura que me llamó la atención: era enjuta, nerviosa, cetrina, chulina; se cubría con una pequeña capa muy aireada y una gorrilla a cuadros chula... hasta allí. Llevaba un pañuelo de seda al cuello. Nos presentó don Manuel. Era José Robledano, gran compadre de don Manuel en cuchipandas de bodegones y paseatas nocturnas en busca de los primeros li-vores del alba. Robledano me mos-

tró su enorme simpatía, su franca naturalidad. ¡Qué simpático me cayó! Si hacía años le admiraba como artista neto y mago de mi Madrid, desde entonces mantuve por su persona una auténtica devoción. Pocos seres tan nobles y rectos de espíritu, tan fieles a sus ideales, tan enemigo de cuanto signifique chaquetear, aun para conseguir el medro. Transparente su espíritu, a flor de piel su hombría de bien, jamás engreído, nunca satisfecho de su arte, derrochador de la modestia y del ingenio...

Oyéndoles hablar a don Manuel y a Robledano, cuántas ganas se me pasaron de haberles acompañado en sus rondas nocturnas, en sus excursiones castizas por los pueblos de los alrededores: Tetuán de las Victorias, Leganés, los Carabancheles, Getafe, Villaverde Bajo..., donde iban a buscar novísimas palpitaciones del pueblo bajo, el gran conservador de las esencias fundamentales del auténtico madrileñismo.



LA CALLE DE LAS PLATERIAS EN EL SIGLO XVII

Las Platerías en el más antiguo plano madrileño, de hacia 1635, fecha ligeramente posterior a la de este trabajo.

Por José DEL CORRAL

NO es preciso adentrarse mucho en las relaciones y descripciones de la vida madrileña del siglo XVII para darse cuenta que lo más granado, brillante y frecuentado de la época eran "las Platerías" de la calle Mayor, esto es, el trozo de dicha calle que limitaba, por un lado, la Puerta de la Guadalupe y, por el otro, la iglesia de San Salvador. Este el lugar principal de la rúa y del paseo, este el lugar peligroso donde las tapadas comprometían a los galanes ante las vitrinas y escaparates de los plateros y este también el más adornado y enriquecido lugar en ocasión de procesiones, fiestas y entradas reales.

Muchas citas podríamos traer aquí, pero bastará con una, barrocamente hiperbólica, de Ruiz de Alarcón, en "Mudarse por mejorarse", sobre la calle Mayor:

Filipo es el rey mayor;
Madrid, su Corte, y en ella
la mayor y la más bella
calle es la calle Mayor.
Luego ha sido justa ley
la calle Mayor llamar
a la mayor del lugar
que aposenta al mayor rey.



Las Platerías en su estado actual, olvidado ya hasta su nombre, desde su comienzo al este en la Puerta de Guadalajara. Ya no queda ninguna de las casas de que se trata en este trabajo. A la izquierda, la que sustituyó a la del platero Mateo Gamonal. Al frente, único resto del XVII, pero posterior a los años a que este trabajo se refiere, la Casa de la Villa.

Pues si así era de importante para nuestros madrileños antepasados la calle Mayor, decisiva habría de ser la importancia del más importante trozo de la misma. A cómo era este trozo de las Platerías, quienes tanto sus habitantes y como sus casas, dedicamos el presente trabajo.

La casualidad, o ese ángel bueno que se porta bien con los trabajadores enamorados de su tarea, puso en nuestras manos, en ocasión de ocuparnos de otro tema madrileño, un abultado protocolo enteramente dedicado a documentación sobre casas madrileñas de los comienzos del siglo XVII. Una vez hallada la pista fue fácil seguir el hilo, y, por él, llegar a poder estudiar en el Archivo de Protocolos Madrileños nada menos que seis de ellos, a este tema dedicados y de un valor más burocrático que notarial, que aún no habían sido utilizados para la historia de Madrid.

El hecho de que estos protocolos hayan encontrado conservación en aquel archivo, su causa y dedicación, la explicaremos en otro lugar; en él daremos cuenta de cerca de 2.000 casas madrileñas, todas entre los años 1623 y 1624, fechas, como se ve, bien apretadas, que añaden valor a esta documentación por convertirla en un cumplido retrato de buena parte del Madrid de aquellas fechas, que se añade con datos sobre su aspecto, interior, pisos, distribución, dueños, profesiones de los mismos, industrias y comercios en los inmuebles instalados y otra porción de precisiones que pueden dar a nuestro hallazgo algún interés para los interesados y estudiosos del tema madrileño.

Van aquí tan sólo por habernos parecido interesante y curioso algunos de los datos recogidos y tan sólo referidos al breve trozo de las Platerías, donde vamos a encontrar muchas sorpresas, entre ellas los antecedentes de la propiedad horizontal, que también fue conocida, como hemos de ver, de nuestros abuelos.

Y vamos con nuestra visión retrospectiva de esta importante vía madrileña.

En la acera de la izquierda, "como se va de la Puerta de Guadalajara a San Salvador", estaba la casa de Mateo Gamonal, platero, y junto a ella, la del también platero Antonio de Plaza Valmaseda, que debió ser importante en su época, pues su riqueza así nos lo dice, y a este Plaza Valmaseda y a sus hermanos, también plateros, los hemos encontrado como propietarios de distintas casas y solares en la villa, especialmente hacia la Puerta de Santa Bárbara, en uno de los cuales tenía una especie de casa de campo o finca de recreo, con amplio y cuidado jardín y, según parece, rica y alhajada casa. No lo debía ser tanto la que tenía aquí, donde estaba su residencia y negocio, pues su fachada no contaba mucho más de seis metros. En ellos se abría la tienda, en el mismo portal de la casa, como era uso habitual, y sobre ella cinco plantas. Ya que no disponía de mucho espacio en cada una, al menos subiendo y bajando escaleras pudo estar bien acomodado.

Su vecino de más abajo se separaba del gremio, pues era el regidor don Lorenzo del Castillo.

Más abajo tenía su casa y oficina de farmacia —él no la llamaría así— Martín de la Vega, boticario, en una casita de trece pies de fachada que sólo le permitía una sala y alcoba en cada piso. Menos mal que tenía cinco plantas y desván. En el portal estaba la botica y trasbotica y también contaba con el desahogo de un sótano habitable.

A continuación, Alonso Pérez Durango y el platero Juan de la Cerda, al que seguía Pedro de Buitrago, también platero, en su casa de 2,25 metros de fachada y poco más de un área de superficie. El portal, claro es, era su tienda de platería, sobre ella se empinaban un entresuelo y cuatro altos más, todos con balcones a la calle, pero con tan sólo una pieza en cada uno, que no permitía más la exigüidad del solar, y eso que los altos tenían un poco más de amplitud, gracias a que se salían del solar propio invadiendo y cargando sobre la tienda de platería de su vecino Juan de Luna en 72

Dintel de una de las casas actuales de las Platerías. Una de las más antiguas, pero, como se ve, construida originariamente a mediados del siglo pasado. Ningún rastro de las viejas construcciones.





El trozo de las Platerías visto desde su fin en la plaza de la Villa. Ninguna casa queda de aquellas estrechas y altas en cuyos bajos los plateros madrileños tenían sus talleres y sus tiendas, en cuyos escaparates se exhibían tantas joyas que eran tentación de damas y galanes del Siglo de Oro.

pies cuadrados. Uno de los ejemplos de propiedad horizontal a que antes nos referimos y que aún hemos de ver más claros.

Juan de Luna, a quien hemos aludido, platero también y vecino del siguiente de la calle en esta acera de la izquierda, según se baja, que venimos siguiendo en nuestra descripción, tenía su tienda, pero, aun dueño del suelo, no lo era enteramente del vuelo y su propiedad se veía en los pisos altos disminuida por la de su vecino, invasora de su vuelo en altura en buena parte.

Haciendo esquina a la "callejuela que va a la plazuela de los Salvajes" estaba la casa de Juan de la Cerda, platero de oro, con fachada a las dos calles de ocho a diez metros y cinco plantas de edificación, como las demás casas de las Platerías.

En la acera de enfrente, Diego de Ciales, platero, que también tenía otras casas en la calle de Majadericos, tenía su tienda dentro de una fachada de cinco metros. Y aun parte de su sitio se veía invadido por el también platero Antonio de León, que tenía su casa en la parte de atrás de Ciales. Este en la planta baja había ocupado sus escasos 300 pies cuadrados con el portal, "que es tienda", y detrás la trastienda o taller. Encima, el entresuelo, de la misma medida, y sobre éste cuatro plantas, en las que la intrusión del vecino sólo dejaban libre un aposento en cada una. Y aun cuando los documentos no lo dicen, suponemos que una escalera para comunicarlos, que si no de poco le habrían de valer.

Le seguía en vecindad el también platero Jerónimo de Sales y al otro lado Angela de San Miguel, viuda del platero Antonio de León Soto, que continuaba con el negocio del difunto en el portal de su casa, que era naturalmente tienda y que aún daba para otro aposento pequeño y una escalera que comunicaba con el entresuelo que pisaba sobre el del platero vecino Juan de Arce y la tienda de los Romanes. Aún tenía la viuda

sobre el sótano, en toda la extensión de su propiedad, un primer alto en el que había un recibimiento, sala y alcoba; otro segundo alto con sala, alcoba y cocina, y otros tercero y cuarto altos con sala, alcoba y cocina, y todos ellos con balcones a la calle, sobre lo que hay que contar un desván con buharda habitable. Era, esta de la platera Angela, casa recién construida en 1623.

Hemos dicho que junto a la platería que fue de León Soto estaba la de Juan de Arce, pero ésta se encontraba ya en la calle de Santiago y, por tanto, debe quedar fuera de los límites de este artículo.

Realmente los viejos papeles nos vienen a demostrar elocuentemente que era más que justo llamar de Platerías a este trozo de la calle, pues todo él estaba ocupado realmente por plateros con tan escasas excepciones que nada cuentan. Pero la fama de las platerías y de su negocio madrileño debió ser grande y la venta cuantiosa, cuanto que las platerías se extendieron también por la calle Mayor, propiamente nombrada así en la época, que era el trozo entre la Puerta de Guadalajara y la Puerta del Sol y por la de Santa María, como era conocido el último tramo de la calle, desde la iglesia de San Salvador a la de Santa María. Trozo este último del que ya en otro trabajo hemos tenido ocasión de ocuparnos con curiosas noticias sobre el mismo.

Podemos ahora volver los ojos a alguna de las tantas descripciones de aquel paseo cortesano madrileño en los años a que nos hemos referido. Los escaparates de los breves comercios de los plateros que ya conocemos refulgirían con las obras expuestas a la venta. Los coches llenando el centro de la calle y una muchedumbre de caballeros y artesanos, de soldados y picares, de criados y mendigos, se cruza junto a estas casas altas y estrechas, junto a las obras de plata o de oro nacidas en estos tallercitos escondidos en los secretos de las trastiendas de los portales que eran entrada a casas cuyas habitaciones superpuestas por falta de espacio obligaban a los habitantes a un continuo ejercicio de escaleras. En este ambiente, en este escenario, corría cada tarde la célebre "rúa" de la calle Mayor.



EL MADRID DE GOYA

Por Mariano JUBERIAS

LA ESCENOGRAFIA

¿CÓMO era el Madrid de Goya? Goya nace antes de mediados del siglo XVIII y muere cuando ya se ha consumido el primer cuarto del siglo XIX. Su arte abraza las dos centurias: su mano izquierda recoge y conecta el pasado, culminando en un rococó muy de su época; su mano derecha se extiende con ímpetu hacia el futuro y sus hallazgos rebasan las tendencias del XIX y gravitan sobre el XX. En realidad, sigue siendo actual, vigente y, como en los versos de Rubén Darío, "es muy siglo XVIII y muy antiguo y muy moderno". Su Madrid sincroniza exactamente con el espíritu del artista. También se remansa en el pasado para tomarlo como trampolín del futuro, como veremos. Se encontró una capital amasada por generaciones anteriores y vio crecer, forjarse y culminar las realizaciones del XVIII y primer cuarto del siglo XIX.

Cuando llega a Madrid por primera vez en 1763 y luego en 1766, y aun en 1773 para casarse, al escenario de la villa acababa de añadirle Pedro Ribera toda la fantasía barroca de su frenética imaginación, toda pasión y movimiento. Hoy faltan muchas obras de las que este genial arquitecto sembró por toda la villa que le vio nacer. En los dos primeros viajes de Goya, con diecisiete y veinte años, realizados con el exclusivo objeto de asistir a sendos concursos convocados por la Real Academia de San Fernando, es de suponer que tuviera tiempo suficiente para recorrerse una capital que entonces tenía unos 150.000 habitantes y un perímetro muy recogido. Sobre este reducido escenario acaba de colocar sus fastuosas decoraciones Pedro de Ribera, saturadas de roleos, carteles, volutas, estípites, óculos, frontones quebrados y todos cuantos arrequives, ringorrangos y



La fuente de la Fama, que ha corrido el Parque del Oeste y de Antón Martín con su gracia barroca.

recursos había puesto el dinámico y apasionado barroco a disposición de la poderosa fantasía del arquitecto madrileño. Obra que hoy no podemos contemplar en su integridad por la furia iconoclasta de los teorizantes del neoclasicismo, de los Jovellanos, Moratines, Ceán Bermúdez, Llaguno, Iriarte, etcétera, que encontraban deleznable y vitando todo lo que no se ajustase a los cuatro órdenes clásicos. Refiriéndose a las obras de Ribera dice Llaguno: "Desde que hizo la primera se debió recoger para curarle el cerebro", y Ceán Bermúdez, posteriormente retrato más de una vez por el genio de Feundetos, refiriéndose a las obras riberescas dice: "Después de estas noticias de los corruptores de la arquitectura española..."

Con estos criterios, entonces vigentes y operantes, no es de extrañar que la piqueta demoledora se cebara en las creaciones de nuestro maestro mayor de las obras de la villa, nombrado para este cargo por don Francisco Alfonso Salcedo, marqués de Vadillo, corregidor a la sazón (1715-1729) del municipio madrileño; pero el joven Goya pudo contemplar entonces las Fuentes de Ribera de Puerta del Sol, red de San Luis, Antón Martín, calle de San Juan de la Salud, de la Tela, de las Damas en la Florida. Hoy sólo podemos admirar la de la Fama, que nuestro baturro vio en Antón Martín, y nuestra infancia en el parque del Oeste. Es una bellísima concreción barroca, originalísima en su diseño, con una visibilidad exenta que permite contemplar desde cuatro ángulos distintos su composición, idéntica en su distribución y múltiple en su ornamentación. Aquellas palabras de Werner Weisbach de que "al barroco le interesa menos la existencia que la apariencia, y de aquí sus inclinaciones óptico-impressionistas. No aspira a una persistencia tranquila, concluida en sí misma, sino a un perpetuo devenir". O las de Brinckmann de que "la escultura del rococó es juego de formas y de espíritu", bien pueden aplicarse a nuestra fuente.

Aún pudo ver el joven Paco las desaparecidas portadas de los palacios de Oñate, en la calle Mayor, cuando fuera a los ejercicios convocados por la Real Academia de San Fernando, que en 1763 y 1766 estaba en la Plaza Mayor, y la del palacio de Goyeneche, conde de Saucedo,

entonces riberiano en todo su esplendor, y desde 1774, Academia de Bellas Artes con su actual atuendo neoclásico, transformación ejecutada con toda dignidad por el arquitecto Diego de Villanueva. La del Monte de Piedad, ahora restituida al primitivo emplazamiento en la plaza de las Descalzas, debió de tener entrañables recuerdos para nuestro pintor, porque fue por él contemplada en el momento de gran tensión afectiva y sentimental: cuando su boda con Josefina Bayeu en 1773 y cuando el bautizo de su primer hijo en 1775. Ambas efemérides, gozosas efectuadas en la vieja parroquia de San Martín, situada en la hoy plaza del mismo nombre y sobre parte de cuyos terrenos se elevó el segundo edificio del Monte y varias casas más. El emplazamiento de este templo y convento queda definido en el venerable Texeira con el detalle anecdótico de que frente a él figuran una serie de paseantes una de las pocas alusiones humanas en la perspectiva caballera del topógrafo portugués.

Nosotros podemos admirar toda vía las portadas del cuartel del Conde-Duque, antes de Guardias de Corps; la de Miraflores, en la Carrera de San Jerónimo; Perales, en la de la Magdalena; de Ruiz López, en la del Príncipe; de Torrecilla, en la del Alcalá, hoy Ministerio de Hacienda, y la del Hospicio, en la calle de Fuencarral. Esta última, verdadera apoteosis del más desenfundado barroco, ungida de la "embriaguez del caos", que diría d'Ors; del más volátil arte "Fáustico", de Spengler, o de la "delicia de la imaginación", del tratadista francés. Es arquetipo de la arquitectura maldita de los tratadistas puristas y hoy merece sitio preferente en todas las historias del arte serias. Esta fachada debió ser frecuentada por Goya cuando iba camino de la Real Fábrica de Tapices de Santa Bárbara, para la que trabajó desde 1775 a 1791.

Cuando vivía en la calle del Desengaño, con vuelta a la de Valverde, ya académico, para ir a la docta corporación seguía un camino de obras de Ribera. Saldría a la red de San Luis (la calle del Desengaño entonces daba a Fuencarral) y allí se encontraba con una fuente de nuestro arquitecto; luego, en Sol, otra, la de la Mariblanca, y ya en la calle de Alcalá, el Palacio de la Torreci-

lla, cuya portada aún subsiste, como acceso a una dependencia del Ministerio de Hacienda.

Más obras de Ribera en Madrid, en el de entonces y en el de ahora, son las iglesias de Montserrat, San Antón, San Cayetano, iniciada por Churriguera, ermita de la Virgen del Puerto, pequeña en sus proporciones y gigante en sus significados por su armoniosa articulación, por su movida planta, muy barroca, y por su madrileñismo esencial, pues en ella se funden y amalgaman el Madrid de los Austrias y el de los Borbones.

Ribera, como buen madrileño, fue un entusiasta del teatro. Como arquitecto construyó el de la Cruz y el del Buen Retiro a expensas de la villa de Madrid, ambos desaparecidos; pero, además, fue un excelente escenógrafo teatral.

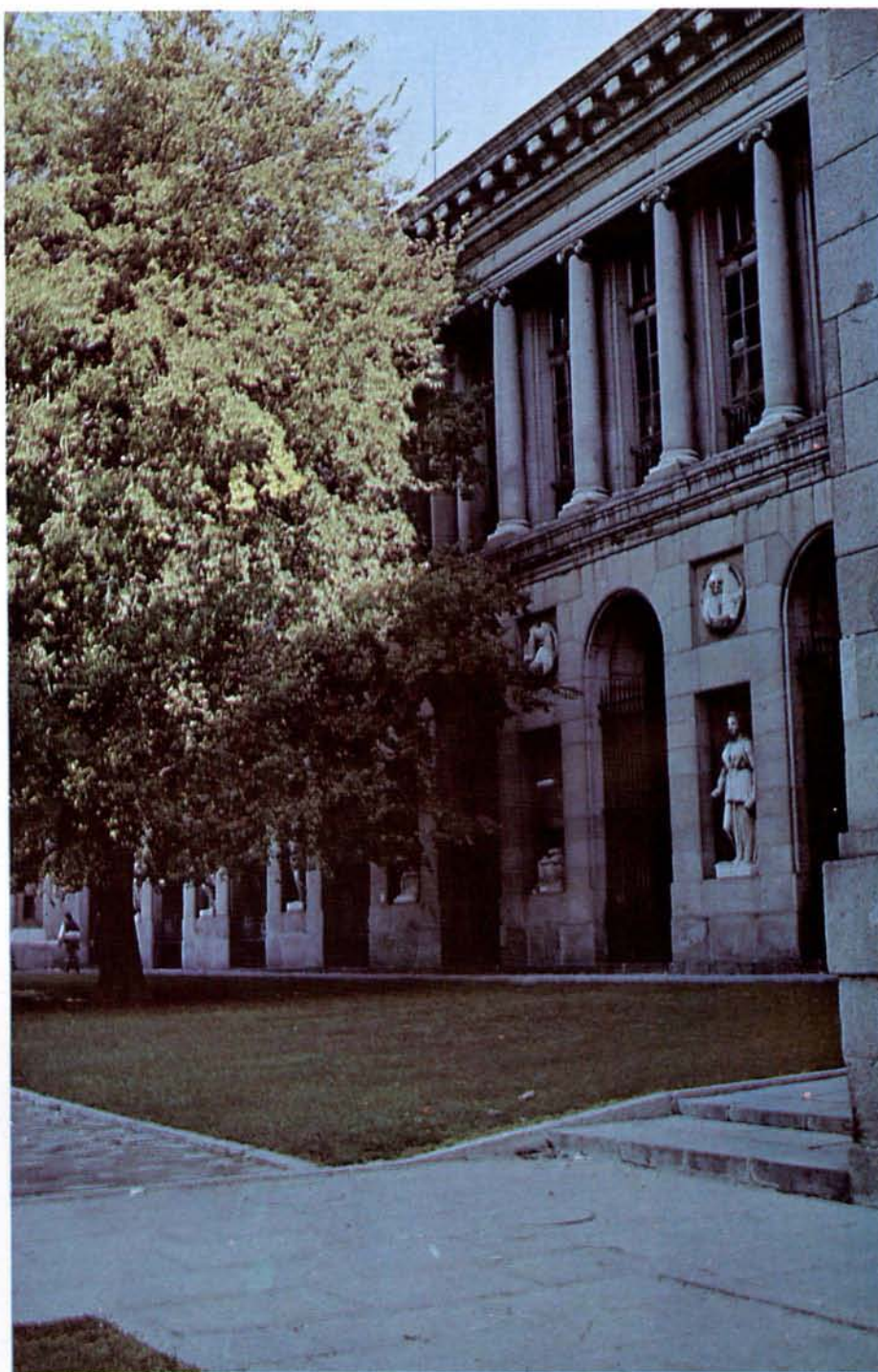
El marqués de Lozoya califica a Pedro de Ribera de excelente urbanista, faceta que podríamos comprobar hoy si subsistiera aquella obra a la que hacen referencia Llaguna y Ceán Bermúdez, que iba desde el paseo de la Virgen del Puerto a la entrada del camino del Pardo, flanqueada de fuentes, bombas, norias y plantíos.

En su haber, también esa joya del puente de Toledo, fastuosamente decorada por Pedro de Ribera y emplaza en tierras que pudiéramos llamar goyescas. Tierras goyescas, sí, porque en sus inmediaciones sorprendió la escena del "Entierro de la sardina", "La pradera de San Isidro"; ese cuadrito "que es de un impresionismo adelantado en mucho tiempo", según Mario Lepore, la "Ermita de San Isidro", "el día del Santo Patrono de Madrid", como dice el propio artista, y en 1819 compra Goya una finca de "catorce fanegas y diez celemines de tierra de sembradura", con casa, situado todo ello en esta villa, pasado el puente de Segovia, tierra primera entre los caminos que desde esta corte se dirigen a Alcorcón, y la ermita de San Isidro, donde llaman "Cerro Bermejo", como dice la escritura de compra de la Quinta del Sordo, formalizada el 20 de febrero. Goya podía contemplar desde su finca, un poco a vista de pájaro, la recia fábrica del puente de Segovia, de Herrera, el de El Escorial y la graciosa fuga de líneas de el de Toledo, debido a Pedro de Ribera, que concretó en su ornamentación toda la originali-

dad y fantasía que emana de su obra. Creo que es el puente más bello de todo el rococó. Yo, por lo menos, no conozco otro que le supere. Tanto en planta como en alzado es la esencia del barroco.

Visto en perspectiva da la sensación de un recinto amurallado con sus pilares en forma de cubos, elevándose sobre la línea de rodadura, no terminado en barbacana saetera, sino en espaciosas descansaderas, para que los románticos, al modo de Robert, las pueblen de romántica algarabía multicolor. Empieza al entrar en Madrid con dos rollos, columnas miliares o menhieres barroquizados que hundieron sus raíces en los yacimientos cuaternarios del río; promedia en dos edículos o arquinichos, con silueta romboide, en los que se cobijan de la gran marejada barroca que les rodea, con todos los ornamentos de volutas, jarrones, escudos, ángeles, cartelas, los santos labradores San Isidro y Santa María de la Cabeza. Termina el puente en la glorieta de las Pirámides con dos fuentes rodeadas de bancos, invitando a tertulias íntimas y recogidas. A lo largo de toda su balaustrada, jarrones, y sobre sus arcos, escudos y gárgolas de cañón

Pero no sólo Ribera pudo ser habitual a Goya, sino Churriguera, con su fachada de Santo Tomás en la calle de Atocha, víctima del poco respeto habitual en el tratamiento de las cosas de Madrid. También son del siglo XVIII dos templos que el autor estuvo dudando de clasificar entre las joyitas de nuestra villa en una división particular de nuestro pueblo en trilogías categóricas: la iglesia pontificia de San Justo (San Miguel), de Bonavía, decorada por los hermanos González Velázquez, con la elegancia dieciochesca de su única nave y su fachada vibrada, con su ponderada y equilibrada composición, y la hoy parroquia de Santa Bárbara (las Salesas Reales), del francés François Carlier, con su gracioso interior de ágil y contenido rococó finamente rematado en sus detalles, decorado con bellas esculturas de Olivieri, con el magnífico sepulcro de Fernando VI, diseñado por Sabatini, con resonancias vaticanas, y labrado por Francisco Gutiérrez, el de la Cibeles. A espaldas de este sepulcro, el de Bárbara de Braganza, más modesto, pero lleno de encanto. Los frescos son de los hermanos González Velázquez



Un aspecto del Museo del Prado, resaltado por la gracia arbórea.

y tiene cuadros de Mura, Giaquinto y otros.

Entre los viajes del baturro de Fuendetodos, de 1763 y 1766, se habita el Palacio Real por Carlos III. En un momento determinado, en 1762, están pintando sus techos los tres mejores decoradores del momento: Conrado Giaquinto, Juan Bautista Tiepolo y Antonio Rafael Mengs. Otro pintor, Matías Gasparini, retratado por Goya, añadía decoraciones deliciosas y únicas. Su ar-

quitectura se debe al abate Juvara. Sachetti. y Sabatini, ayudados por Ventura Rodríguez. Sus paramentos se cubren con series de cuadros de los pintores más ilustres y de tapices de alta cotización. Por todas partes, relojes, muebles, porcelanas, marfiles, bronce, arañas, armas museables.

Sembradas por toda la geografía matritense, aún pudo el ilusionado artista admirar la huella de los Austrias, con sus impresionantes conjun-

tos del Palacio del Buen Retiro, en su suntuoso parque, y la Plaza Mayor; los edificios civiles del Palacio de los Consejos, cárcel de Villa, hoy Ministerio de Asuntos Exteriores, de Juan Bautista Crescendi; el Ayuntamiento, de Gómez de Mora y Ardemáns, de cuyas paredes y bajo maravillosos artesonados cuelgan "ricos tapices flamencos" y cuadros de Beruguete, Rici, Palmaroli y Goya, con su alegoría de Madrid, lienzo a transformación con sus infinitas mutaciones de origen político; casa museo de Lope de Vega, puente de Segovia; los insignes monumentos a Felipe III, de Juan de Bolonia y Tacca, y el de Felipe IV, bellísimo y único por las insignes colaboraciones de Velázquez, Martínez Montañés, Galileo... Y entre otros templos levantados durante esta dinastía, la catedral de San Isidro, monasterio de la Encarnación, conventos de las Trinitarias, Comendadoras de Santiago, San Antonio de los Alemanes, templo de la vecindad de Goya, cuando éste vivió en la calle del Desengaño, y en el que pudo ver los ángeles de formas femeninas, como diría Beruete o las "ángelas", como las designó otro tratadista, sin necesidad de ir a Italia; iglesia de San Andrés, capilla de San Isidro, Calatravas, Bernardas de la calle del Sacramento, etc.

Como hitos o índices de lo que fue Madrid antes de la capitalidad, indicando con su muda monumentalidad que era algo más que un poblachón, los mudéjarismos de San Pedro el Viejo o el Real y de San Nicolás, los renacentismos de la capilla del Obispo y del Palacio de Cisneros; los goticismos de San Jerónimo y de la propia capilla del Obispo, del hospital de La Latina y casa de los Lujanes; el señorío de las Descalzas Reales, etc.

Instalado Goya definitivamente en la capital, habían tomado el testigo de la monumentalidad los arquitectos neoclásicos, Sabatini, y los madrileños, de la provincia, el uno, de la capital, el otro, Ventura Rodríguez y Juan de Villanueva. Sabatini trabajaba en el Palacio Real (escalera de honor) y en San Francisco el Grande (fachada). En esta iglesia se conserva el cuadro de San Bernardino de Sena predicando ante Alfonso de Aragón, obra en la que Goya puso todo su empeño y su inquietud desde que recibió la orden para su ejecución en 1781, hasta el pri-

mero de diciembre de 1784 en que fue descubierto. Del interés e ilusión puesto por el pintor en esta obra nos da medida exacta su correspondencia con Zapater. Este mes de diciembre de 1784 está cargado de resonancias en el empujón de Goya: el día primero se descubre el cuadro con gran éxito de público, pero no de crítica, como vemos por el juicio emitido por Floridablanca; el 2 del mismo mes nace su hijo, Francisco Javier de Goya y Bayeu,

único de sus retoños que sobreviviría, y al día siguiente, 3, lo bautiza en la madrileña parroquia de San Ginés.

Otro edificio de Sabatini en Madrid es el actual Ministerio de Hacienda, donde fundió grandeza y equilibrio de masas y distribución de huecos. Obra de Sabatini, seguida paso a paso, seguramente, por Goya, fue la puerta de Alcalá, fastuoso arco triunfal, que puede parangonarse con los más notables de

Arquinicho del puente de Toledo que cobija a San Isidro.



los erigidos en la Europa de su tiempo, inaugurado en 1778. Todos sabemos la gran afición que don Francisco, el de los toros, sentía por la fiesta nacional. Y la famosa puerta creció junto al coso taurino, que había sido edificado en 1749 por Fernando VI, plaza a la que nuestro pintor era asiduo parroquiano. Allí pintó sus cuadritos sobre metal titulados: "Salida de las cuadrillas", "Suerte de varas", "El matador", "Toreando de capa", "Toro luchando con perros" y "El arrastre". También en esa plaza tomó apuntes para su serie de la "Tauromaquia", entre ellas la titulada "La desgraciada muerte de Pepe Illo en la plaza de Madrid".

Año importante para Goya este del estreno de la Puerta de Alcalá. En él padece una grave enfermedad. "Me he escapado de buena", dice a Zapater en una carta. En otra de este mismo año, remite a su fiel y permanente amigo zaragozano "un juego de las obras de Velázquez que he grabado", que fueron 17. Sabatini, que había sido nombrado director de la Fábrica de Tapices de Santa Bárbara y que por estas fechas continuaba siéndolo, fue en esta disciplina jefe del maestro aragonés, y en este mismo año de 1778 da el visto bueno al precio señalado por el artista, y aceptado por Mariano Salvador Maella, de 10.000 reales para el cartón "El ciego de la guitarra", que reproduce una escena captada en la plaza de la Cebada, pintura que, por orden de don Francisco Sabatini, se devolvió para efectuar determinadas rectificaciones.

Este año es claro ejemplo de la fecundidad creadora de nuestro artista. Por el documentadísimo estudio sobre los tapices entregados por el artista en la Real Fábrica de don Valentín Sambricio, sabemos que entregó las pinturas para tapiz de la "Cometa", "Jugadores de naipes", "Niños inflando una vejiga", "Muchachos cogiendo fruta", "La prendería o la feria de Madrid", "El cacharrero", "El militar y la señora", la "Acerolera", "Muchachos jugando a los soldados" y los "Niños del carretón". Además ejecutó al aguafuerte "El ciego de la guitarra", que es la mayor plancha realizada por Goya. En este año, según Lafuente Ferrer, inició sus ensayos de aguatin-ta, en la que llegaría a ser maestro insuperable.



Columna miliar del puente de Toledo.

Otro de los arquitectos que con su genio contribuyó a engradecer el Madrid en el que Goya trabajaba fue Ventura Rodríguez. Su obra es extensísima y se eleva por toda nuestra patria. Mucho trabajó don Ventura para los madriles: el Palacio de Liria, de los duques de Alba, oculto a la mirada por su gran jardín; el de los condes de Altamira, en la calle de la Flor, oculto en sus estrechuras, pero de indudable grandeza; el Hospital General, la iglesia de San Marcos, el interior de la En-

carnación... y obras cumbres que lamentablemente no pasaron del proyecto, como el diseñado para San Francisco el Grande, la biblioteca pública del Colegio Imperial, el Consejo de la Inquisición, la Puerta de Alcalá, la Casa de Correos y, sobre todos, el maravilloso auditorio, proyectado para embellecer el paseo del Prado, que tanto enriqueció con las fuentes de Neptuno. Apolo y Cibeles, labrada por Francisco Rodríguez, que según el marqués de Lozoya "es, tal vez, la más bella escultura del

neoclásico español". Otras fuentes debidas a su inspiración, la Alcachofa, las cuatro del Prado, de los Galápagos en la calle de Hortaleza, etc. El cargo que ejerció de maestro mayor de las fuentes de Madrid está más que justificado.

El primer contacto de Goya con Ventura Rodríguez fue en su segundo viaje a Madrid, en 1766, para participar en el concurso convocado por la Real Academia de San Fernando, de cuyo tribunal formó parte nuestro arquitecto, que era director general de la Academia. En 1784 lo retrató Goya, fecha en la que ambos eran ya muy buenos amigos, como veremos.

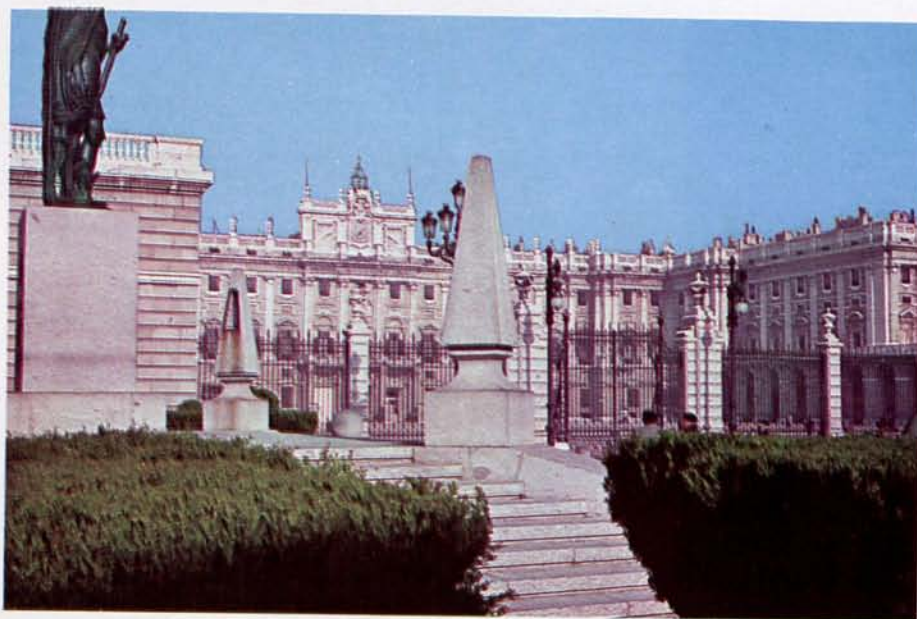
Don Juan de Villanueva lleva la arquitectura clasicista a su máximo esplendor en este tiempo, dejando los primores de su ingenio en esta corte para ornato de nuestra villa y de la suya, ya que nació en Madrid en 1731. Estudió en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, de la que fue elegido aca-

démico en 1767. Su obra no es muy extensa, pero sí selectísima, contándose entre sus producciones obras de nivel universal, dentro del neoclásico europeo. Su obra maestra, la que le sitúa entre los grandes creadores del estilo, es el Museo del Prado, situado en el paseo que le da nombre, que es uno de los señoriales de Europa y cuya gran urbanización se realizó en vida de Goya. Otros primores de este arquitecto en Madrid son el Observatorio Astronómico, interior del oratorio del Caballero de Gracia, la fachada del Ayuntamiento de Madrid, orientada a la calle Mayor, y la Casita del Príncipe en El Escorial. Goya hizo un magnífico retrato de Villanueva, del que dice don Eugenio d'Ors: "Juan de Villanueva no tiene un monumento digno en Madrid. Sirvió, sí, de modelo a un cuadro que le inmortalizara mejor. La obra es de Goya: tal vez una de las más intensas desde el punto psicológico." Hoy tiene una bella fuente diseña-

da por Víctor d'Ors, hijo de don Eugenio...

La Dirección de Seguridad, proyectada por el francés Jaime Marquet, planeada para Casa de Correos, el Teatro de los Caños del Peral (1738-1818), el Palacio de Buenavista, la Puerta de Toledo (1813-1827), del arquitecto Antonio Aguado; la ermita de San Antonio de la Florida, del arquitecto italiano Fontana, y el Palacete de la Moncloa, renovado en el siglo XVIII, decorado, según algún investigador, por el propio Goya, son obras que también sirvieron a la escenografía de su vida.

Si, este era el escenario que el artista aragonés pudo contemplar en su residencia en la corte entre 1775 y 1824. En ese panorama ya existían las trilogías preferenciales en que el amor a Madrid del autor tiene divididos los valores absolutos, en cuanto a edificios, de su patria chica. Son trilogías en tono mayor y menor: unas como sinfonías, a las que deno-



La plaza de la Armería, con Felipe II en primer término.

mina joyas; otras, como divertimientos, que en su juego afectivo llama joyitas. Así, entre los parques, las joyas serían el Retiro, el Parque del Oeste y la Casa de Campo, y entre las joyitas, el Parque de la Arganzuela, la Fuente del Berro y la Dehesa de la Villa, no importa la superficie del de Entrevías, ni la coquería del de Bailén, Parque Berlín, Atenas, etc., porque la decisión no es cuantitativa, sino afectiva. Las joyas de la época goyesca en lo monumental son, para mí, el Museo del Prado, el Palacio Real y la Plaza Mayor; joyitas, la ermita de San Antonio de la Florida, San Antonio de los Portugueses y la capilla del Obispo. La ermita del santo de la verbená famosa no puede ser más humilde en su construcción; pero tampoco puede ser más apreciada en el baremo de la universal admiración, por obra y gracia de las portentosas pinturas al fresco de nuestro genial aragonés; la iglesia de San Antonio de los Portugueses (o de los Alema-

nes) tiene una estructura anodina, pero su nivel decorativo está muy por encima de lo arquitectónico, con sus frescos de Lucas Jordán, que la envuelven desde el zócalo a la cornisa; por su cúpula, producto de la colaboración de Juan Carreño de Miranda y Francisco Ricci, con cuadros de Eugenio Caxes y Lucas Jordán y tallas de Manuel Pereira y Francisco Gutiérrez. En resumen, un dignísimo conjunto al que la calificación de joyita no le viene ancho. Como el San Antonio, de Goya, sobrepasa la calificación. La tercera joyita de mis amores es la capilla del Obispo (1520-1535), con su magnífico retablo de Giralte, para Pantorba el mejor de España en este estilo, sus ricos sepulcros laterales y el fabuloso del obispo don Gutierre de Vargas Carvajal, constituyen, junto con las puertas, exquisitamente talladas por Villalpando, un conjunto admirable. Entre las joyas y joyitas piden plaza los Jerónimos, Santa Bárbara, San Justo; más cer-

ca de las sinfonías que de los divertimientos, la Puerta de Alcalá y el puente de Toledo. Trilogía de fuentes: la Fama, Cibeles, Neptuno; y de monumentos, el de Felipe II, de Pompeo Leoni, el de Felipe III, de Juan Colonia, y la gracia insuperable de ese caballo en corbeta en actitud de despegar en vuelo infinito, que tallara y fundiera Tacca, con la efigie de Felipe IV.

Muchos de estos monumentos, que fueron espectáculo para Goya, aún perduran; otros han desaparecido. En cambio nosotros podemos gozar de otros que él no conoció.

La escena está preparada, la escenografía y el utillaje, a punto; los tramoyistas atentos, el apunte (un servidor), en su concha; los actores, grandes personajes, entre bastidores; el protagonista, Goya, calzándose el coturno. El director reclama silencio. Va a dar orden de levantar el telón.

M. J.



El Observatorio Astronómico, obra de don Juan de Villanueva.

Aquí se proclamaron reyes y se
aclamaron príncipes de Asturias

LA PLAZA DE LAS DESCALZAS, REMOZADA

Por F. HERNANDEZ MORCILLO

EL nuevo edificio de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Madrid ha repercutido favorablemente en la reforma urbana de esta zona integrada en el sector histórico-artístico de la capital.

La reforma afecta exclusivamente a la plaza de las Descalzas y calles de la Misericordia y Maestro Victoria, antes Mariana Pineda y antes Capellanes, respectivamente.

El moderno edificio de la benéfica institución, inaugurado recientemente por S. A. R. el Príncipe de España, ha absorbido tres inmuebles que formaban, unidos, la sede de los servicios del ahorro y del Monte, el primero de los cuales fue puesto a su disposición en 1713. Los otros dos son de épocas no lejanas, como el que hacía esquina con la calle de San Martín, inaugurado en 1884, y otro, dando esquina con la plaza de Celenque, que lo fue por el rey don Alfonso XIII el día 4 de diciembre de 1922. Presidía la institución el duque de Fernán Núñez.

Con motivo de esta reforma, la plaza de Celenque ha desaparecido, quedando las fincas de los números impares de la calle del Maestro Victoria en línea oficial gracias al retranqueo de fachadas del nuevo inmueble.

En esta misma calle, en el lado de los números pares, una potente empresa comercial ha levantado otro moderno edificio, limitando la línea oficial de la calle con un jardincillo por el que se alcanza su entrada. Esto supone que la calle Maestro Victoria, de acuerdo con el Plan de Reforma Interior de Madrid, aprobado por el Consejo de Ministros, pasará a unos 20 metros de ancho. Bien es verdad que la circulación se verá siempre obstaculizada por el exiguo paso que ofrece la calle más

pequeña de la urbe, la de Rompe-lanzas.

Volviendo a la plaza de las Descalzas, el nuevo edificio no abandona la forma de "ele" que tenían los tres demolidos. En el quiebro interior de la plaza, dando frente al monasterio, se ha colocado la bella portada barroca de Pedro de Ribera.

Cuando la reina de los aguadores madrileños, la Mariblanca, fue trasladada desde la Puerta del Sol a la plaza de las Descalzas y durante su estancia en esta última, el primer edificio que tuvo el Monte de Piedad —todavía no se había instituido la Caja de Ahorros—, exhibía en su fachada del poniente dos bellas portadas de piedra; una, la de Pedro de Ribera, que es la que ha

llegado a nuestros días, y otra, de estilo plateresco, despiezada y retirada cuando, mediado el siglo pasado, fue derribado el inmueble fundacional para dar paso al recientemente desaparecido.

SE BUSCA UNA PORTADA

La portada se hallaba en el recinto del Museo Arqueológico, donde fue depositada. Este Museo ocupaba los terrenos que hoy tiene el Instituto Nacional Cervantes en la calle de Embajadores; parte de ellos fueron de la Escuela de Veterinaria. La verja, que aún se conserva, rodeó, en sus tiempos, los jardines del Buen Retiro. Hubo un cambio entre la Escuela de Veterinaria y el Museo Arqueológico y éste pasó a su





actual sede de la calle de Serrano, que es donde se hallaba la Veterinaria. En estos cambios desapareció la portada plateresca y de ella nadie supo nada desde entonces, a pesar de las investigaciones realizadas. Ha sido una verdadera pena, porque, ahora, la plaza de las Descalzas podría exhibirla adecuadamente instalada.

Junto a la portada de Pedro de Ribera se alzan las estatuas del fundador del Monte de Piedad, el turicense padre Francisco Piquer Rudilla y la del marqués Viudo de Pontejos, que lo fue de la Caja de Ahorros. Precisamente en el domicilio de éste se celebró la primera junta de la Caja de Ahorros, el día 11 de diciembre de 1838. Las dos estatuas son de bronce. La del padre Piquer se debe a José Alcoverro y data de 1889. La segunda, obra de Medardo Sanmartín y fundida en los talleres barceloneses de Federico Masrera y Cía.

Esta importante obra de la Caja y Monte madrileños ha laminado, en lo que cabe, el feo aspecto que ofrecía la salida en caracol del estacionamiento subterráneo construido en esta plaza y en la contigua de

San Martín. Se halla ahora más disimulado.

Otra nota interesante es la de que el nuevo edificio respeta las alturas, pues consta de tres pisos y uno retranqueado sobre el nivel de la calle y dos más subterráneos. Su traza se acomoda a la del sector y ha sido realizada con exquisito gusto y sensibilidad. En él se han instalado todos los servicios centrales de operaciones, los modernos sistemas de mecanización y los servicios de auto-caja y caja-nocturna, así como los despachos de la dirección del establecimiento. El Ayuntamiento, por otro lado, ha dotado a la plaza de una iluminación que encaja con el ambiente histórico-artístico.

UN POCO DE HISTORIA

En este, como en otros muchos casos, se repite un hecho ya casi tradicional en los anales de nuestro pueblo madrileño. La primera casa del Monte de Piedad fue adquirida por la villa de Madrid a principios del siglo XVII para hacer de ella "servicio a S. M." y fue donada, posteriormente, por el rey don Felipe V,

en los primeros años del siglo XVIII, al piadoso establecimiento del Monte fundado por el capellán padre Piquer. Este edificio, como ya queda dicho anteriormente, fue derribado mediado el siglo pasado y en su solar se levantó el que ha dado paso al inmueble inaugurado ahora. (La nota nos la proporcionaría el que fue primer secretario y director de la Caja de Ahorros y cronista de Madrid, don Ramón de Mesonero Romanos.)

Aquella casa fue propiedad del tesorero general del emperador Carlos I, don Alonso Gutiérrez de Madrid. El mismo Mesonero Romanos nos dice que fue un severo edificio, que mereció el honor de ser habitado por el propio emperador y que en él dejó a la emperatriz y a su hijo Felipe II al partir para la campaña de Túnez.

El inmueble se comunicaba con el monasterio de las Descalzas por un arco o pasadizo, semejante al que existe entre las dos Casas Consistoriales de la plaza de la Villa, aunque no sabemos si tan artístico como éste.

Otro dato histórico que conviene a este somero repaso del sector es



el que se refiere al recientemente derribado inmueble de la calle de Maestro Victoria, correspondiente al número cuatro, hoy ocupado su solar por otro de gran altura de una importante empresa comercial. Aquel inmueble fue del Real Hospital de la Misericordia, fundado en 1559 por la princesa doña Juana de Austria, hija del emperador Carlos I y madre del desgraciado rey don Sebastián, de Portugal. Monegro, su arquitecto. Se asignó al hospital las rentas que no quisieron admitir, por voto de pobreza, las religiosas Franciscas Descalzas Reales —el monasterio también fue fundado por la citada princesa doña Juana—, y ésta, de acuerdo con el papa Pío V, las cedió al establecimiento, instituido para atender a 12 sacerdotes o religiosos pobres, pero con la obligación de contribuir con un censo notable a las religiosas Franciscas. Se suprimió la enfermería por el atraso en percibir las rentas. Los capellanes mayores de las Descalzas, como representantes del patrimonio de su real capilla, al ver que no se cumplía el pago del censo ni sus atrasos, tomaron posesión del edificio destinándolo para habitación de ellos mismos. La calle se llamó de Capellanes por este hecho y quedó el nombre de Misericordia para el exiguo tramo que une esta calle con la plaza de las Descalzas.

Esta casa pasó por numerosos destinos: el de imprenta de "El Eco del Comercio". Se cubrió el patio y dio lugar a los salones del baile de Capellanes, famoso en la historia madrileña del pasado siglo. En 1876 se convierte en el Teatro de la Risa, después en el Salón Romero, dedicado a conciertos de música de cámara. A finales de siglo deja paso al Teatro Cómico, que fue víctima de la piqueta en esta época.



Por acuerdo municipal de 12 de julio de 1901 el nombre de la calle fue el de Mariana Pineda, y ahora se dedica al maestro Victoria, famoso polifonista español, capellán de la emperatriz de Alemania, doña María.

PLAZA DE CELENQUE

Esta plaza recuerda a don Juan de Córdoba y Celenque, alcaide de la casa real de El Pardo en tiempos de Enrique IV, pues en ella tenía su casa. En el número 1 vivió don Práxedes Mateo Sagasta.

Finalmente diremos que en la plaza de las Descalzas, frente al convento, se levantaron en varias ocasiones doseles y tableros para proclamar reyes de aclamación de los príncipes de Asturias.

Pero lo más importante, para Madrid desde luego, es que con la obra realizada se afina aún más el carácter histórico-artístico de la zona que, suponemos, será ya considerada como intocable tanto en vuelo como en suelo.

Bibliografía consultada:

«El Monte de Piedad en el siglo XVIII», de don José López Yepes.

«El antiguo Madrid», de Mesonero Romanos.

«Las calles de Madrid», de Pedro de Répide.

«El Libro de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad», de don Vicente Pereda.

ORIGEN Y EVOLUCION DEL SOLAR PROPIO DE LA PLAZA DE ESPAÑA MADRILEÑA

Por Agustín GOMEZ IGLESIAS



SIN perder la índole genuina de la creación viva, un jardín es una parcela de la naturaleza, modificada por el hombre, que, bien que procure sosiego y colme de gozo al habitante de la ciudad, cuando su belleza es variada y amena, trae al ser humano otras beneficiosas excelencias: estimula las dotes de observación, aviva el goce estético; e incluso, aun cuando el paraje es

excepcional, de hermosura fascinante, sacude con vigor la mente, impulsándola tras la indagación de los orígenes y a la búsqueda de las fases evolutivas de tal prodigio.

Aludo a nuestra plaza de España, cuya contemplación emociona hasta el embelesamiento, después de la afortunadísima, casi mágica, transformación, acaecida recientemente. Por motivos diversos, a los que de-

bemos añadir la venerable antigüedad de su solar, trátase, sin duda, de un lugar impar dentro del término de la villa de Madrid.

Por liviana que sea, vale la pena intentar un análisis, tanto más, cuanto que no he leído nada serio ni detenido sobre el asunto. Echemos un ligero vistazo al vuelo y al suelo, a fin de pasar a cuestiones de mayor enjundia y erudición.

I

El privilegiado cuadrilátero se encuentra rodeado de los más modernos y hermosos inmuebles de la ciudad, situados al norte y noroeste; al sur, la útil y estilizada pasarela maravilla de la técnica, y más allá se vislumbran los jardines de Sabatini y la fachada septentrional del Palacio Real.

Descendamos ahora al magnífico jardín. La variedad de árboles es amplia, tanto de hoja caduca como perenne: arces, sicómoros, las ornamentales coníferas, chameros, nogales, sauces, tilos plateados etc.; plantas de tierras y de brezo, azaleas y enormes variedad de arbustos. Y ante todo y sobre todo, los olivos fósiles de tronco blanco, los cuales sobre un lecho de cantos rodados blanquísimos, tan decorativo resulta rodeando el monumento. Sabemos que la zona del olivo llegaba en la Edad Media hasta Zamora; los de nuestro jardín recuerdan su abundancia en el Campo del Moro, la Casa de Campo y hasta la zona de la calle de Alcalá y Carrera de San Jerónimo —según testimonio reciente de mi competente y querida colega Carmen Rubio—. Y bastará con aludir a otro acierto, fácil de concebir y más, si cabe, de ejecutar, pero de intento tardío. La ideal y mítica pareja, don Quijote y Sancho, camina al fin reconciliados y unidos.

II

Sabida es la gran afición e interés que Alfonso VI y Alfonso VII, padre e hijo, sintieron por las órdenes de Cluny y del Cister, fundadas con el propósito de sanear la orden Benedictina, que debió a Bernardo de Claraval (1098) su mayor florecimiento. Apenas conquistado Toledo, Alfonso VI rehace o simplemente modifica la fortaleza sarracena, que seguramente existiría para defender la entrada de Toledo; el nuevo castillo, bajo la advocación de San Servando, lo confiere prestamente (1095) a los monjes cluniacenses, venidos de Francia. Después, ya en época de Alfonso VIII, fue entregado a los caballeros templarios y con este doble carácter, religioso y militar, se mantuvo hasta que dentro del siglo XIV feneció la Orden.

Fundaciones también de gran magnificencia se deben a Alfonso VII,

el Emperador. A manera de antecedente aludimos a la principal, antes de emprender el relato de la fundación que nos interesa concretamente. San Bernardo correspondía a la gran admiración y afecto de Alfonso VII enviándole, a ruego del emperador, monjes de Claraval, bien para fundar casas de nueva planta, va a fin de reducir a su reforma y hábito las ya fundadas. La principal sería el monasterio de Santa María de Bellomonte, sin duda a causa de la hermosura de su asiento. El primer abad, Martín Cid, lo fue hasta su muerte (1152), un año antes que San Bernardo.

Fernando el Santo trasladólo después a lugar más cómodo y saludable, tanto que el propio rey lo denominó Valparaíso. El convento contaba con un centenar de monjes; poseía siete u ocho lugares solariegos, con sus terminos redondos, donde los abades poseen jurisdicción civil y criminal, dehesa y montes en contorno del monasterio y granjas de mucho provecho. En definitiva, era, a la sazón, considerada como una de las más ricas casas que la Congregación Cisterciense poseía en España (1).

III

Vengamos ahora a desvelar la primera etapa relativa a la indagación acerca de los orígenes propios del solar de nuestra plaza de España. Asunto amplio y arduo, mas por fortuna contamos con la fuente documental, única y dirimente. Me refiero al celeberrimo privilegio regio, mediante el cual Alfonso VI anexionó el convento-priorato de San Martín de Madrid al de Santo Domingo de Silos; conocemos la merced real, su contenido y pormenores, gracias a la confirmación posterior del hijo, Alfonso VII el Emperador. El texto latino de tan preciosa fuente nos lo transmitió el propio maestro Yepes, recién citado (1); sin embargo, dedicaré un momento previo a fin de rechazar alguna afirmación gratuita suya, después muy divulgada, cuya paternidad parece pertenecerle por entero.

El monje benito Yepes afirma en la centuria quinta, año 919 de la historia de su orden, que San Martín fue mozárabe y que en él residían monjes benitos. Igualmente,

ambos Alfonsos, VI y VII, notifican la antigüedad de la parroquia de San Martín y aventuran, en algunas de sus donaciones, que tal iglesia tenía culto parroquial durante la dominación mora.

De aquí surgiría la afirmación, tan frecuente en los historiadores madrileños de la centuria decimoséptima, que la iglesia de San Ginés y el monasterio e iglesia de San Martín fueron templos mozárabes (2) con anterioridad a la caída de Madrid, resultado de la conquista de Toledo (1085). Analicemos el diploma.

1126. Privilegio de Alfonso VI, confirmado por Alfonso VII el Emperador (3).

A fin de patentizar la gran antigüedad de este documento real, con seguridad el más antiguo de la villa de Madrid, ofrezco algunas consideraciones de tipo diplomático, que abarcan el protocolo inicial, desde la invocación a la salutación, ambas inclusive. Posteriormente, y a fin de no alargar este análisis, expondré, escuetamente, el preámbulo, la motivación y las partes expositivas y dispositivas; pero ello quedará para el final. Antes volveré al latín con objeto de tratar diplomáticamente el escatocolo final.

a) *In Dei nomine*.—Tales invocaciones son las más antiguas y duraderas.

Ego Adefonsus Dei gratia rex Hispaniae.—Es la *intitulatio*. El pro-nombre personal *ego* se antepone desde Alfonso III.

Dei gratia rex Hispaniae.—Es la fórmula expresiva del derecho divino, que acaba por prevalecer sobre *nutu Dei* y *nutu divino*, tras corta concurrencia.

Vobis vobisque, dirección, «a vos el abad de Santo Domingo, a saber, Juan y a la congregación religiosa de este propio lugar; y también a vos, el prior de San Martín de Madrid, a saber, don Sancho».

Domino salutem.—Salutación: os saludo en nombre del Señor.

b) Sanciones pecunarias, roboración, data, etc.

«Si quis vero hanc cartulam infringere voluerit, decem libras auri ad partem Regis exolvat (*pague*). Et quod auferre tentaverit, in duplo. Priori S. Martini, et fratribus ibidem servientibus persolvat (y lo que hubiere intentado defraudar... páguelo doblado hasta el último céntimo).

Ego Rex Adefonsus hanc cartham quam fieri iussi, manu mea confirmo, et praesens signum pono. Facta cartula confirmationis.

Era 1164, 14 Idus Iulii.»

(Data por la era hispánica, correspondiente al año 1126, julio, 13 de la nuestra.)

Confirmaciones: Bernardus Archiepiscopus Toletanae Sedis, confirmat.—Petrus Palentinensis Episcopus, conf.—Paschalis Burgensis Episcopus, conf.—Aper Abbas S. Petri Asilanze, conf.—Petrus Abbas Caradinensis, conf.—Christophorus Aniensis Abbas, conf.

(Abades de San Pedro de Arlanza, de León, Pedro de Cardena y de Oña.)

Al lado opuesto, ocho testigos, encabezados por Petrus Comes, Nutritor Regis (o sea, oficial palatino encargado de la guarda y mantenimiento del monarca).

Anota los confirmantes y testigos, Munio, obispo de Mondoñedo, *capellán del Rey*.

c) Sin atenernos demasiado a la literalidad del texto latino expondré sucintamente la parte expositiva y dispositiva del contenido propio del diploma; ello nos permitirá insertar algunas referencias y anticipaciones, provechosas para facilitar su comprensión.

Por decisión previa, bien madurada, Alfonso VI establece la dependencia y subordinación del convento-priorato de San Martín de la villa de Madrid a la abadía de Santo Domingo de Silos. Tal subordinación desapareció —por más que persistiese algún vínculo tenue— andando el tiempo, cuando el priorato de San Martín se erigió en abadía (1601), hecho ocurrido en tiempos de fray Sebastián de Villoslada, que fue su primer abad.

Mas lo importante es que nuestro privilegio patentiza, documentalmente, la existencia de un arrabal, extramuros de Madrid, el *vicus Sancti Martini*, independiente, en absoluto de la villa madrileña y propio del monasterio, como las aldeas de Valnegral y Villanueva del Jarama, también mencionadas en este diploma.

Es una auténtica *carta de repoblación*, amplísima geográfica y temporalmente, hasta límites que trataremos de fijar con la concreción posible, ya que los datos finales no están establecidos aún; era indispensable revisar la documentación pos-

terior aprovechable. El diploma dispone que el barrio de San Martín pueda poblarse conforme al fuero de los conventos de Silos y Sahagún. Ello dio lugar a la extensión de la villa de Madrid por su parte septentrional. ¿Hasta dónde llegó la extensión del abadengo y cuándo cesó el señorío feudal?

En el caso de Bellomonte y Valparaíso hemos hablado de lo que representaba la jurisdicción civil y criminal de los abadeses; sin embargo, nuestro texto lo especifica bien. Los moradores de la puebla obedecían al convento en todo cuanto se les ordenare; los vasallos ni podrían servir a otro señor, ni ser vecinos de otro lugar, ni edificar casa sin licencia del prior de San Martín; pero si algún vasallo marchase o vendiese su casa, la puede tomar el convento por el tanto, y de no hallar comprador, quede para el convento.

El convento de San Martín era, además, parroquia —la primitiva traza sería una ermita—, la más dilatada en extensión y abundante en calles, casas y feligreses, de la villa madrileña. En efecto, todo el arrabal del norte de San Martín lo abarcaba dentro de su feligresía una única parroquia, bien que tuviera anejos filiales, el primero de los cuales, San Plácido (1613) fue el más efímero; San Ildefonso y San Marcos son posteriores (1629 y 1632). El cronista Gil González Dávila (1623) nos ofrece los datos siguientes sobre la cuestión (4): La parroquia «comprendía 105 calles, 2.300 casas habitadas por gran número de feligreses; y dentro de la parroquia existían 6 conventos de monjas, 7 de religiosos y 4 hospitales. Así, pues, el prior del convento de San Martín, luego abad a partir de 1601, era además un poderoso párroco secularizado, cuya jurisdicción se extendía, como tal, desde la parroquia del Carmen hasta San Antonio de la Florida».

Forzoso nos será ahora dar un salto de siglos, retrocediendo al siglo XVIII, si deseamos lograr un remate, a un tiempo digno y bello, a este capítulo, aportando algunas peculiaridades referentes a la situación del convento e iglesia de San Martín y, asimismo, a propósito de la plaza de las Descalzas Reales. Todo ello fácilmente hacedero, puesto que disponemos de las dos preciosas vistas, ambas delineadas por Villanueva y grabadas por Juan Mignet (1758) así como de la acua-

rela de Carderera, no menos linda. Piezas, las tres, propiedad de nuestro Museo Municipal, cuya inclusión en el presente ensayo debo a la inalterable gentileza de mis colegas y amigos Enrique Pastor y Fernando Delgado.

Para el comentario vale, a las mil maravillas, el relato de Mesonero (5), testigo presencial de alguno de tales hechos. Lo utilizable, contenido en la obra de don Elías Tormo (6), pequeña, pero enjundiosa, lo mencionaré en su momento adecuado.

Comencemos por lo que más interesa, o sea, la vista del convento e iglesia de San Martín. La iglesia parroquial, situada al costado del convento, obra de principio del siglo XVII, estaba ubicada frente a la entrada de la calle del Postigo de San Martín; formaba parte de la manzana 392, ocupada enteramente por el celeberrimo monasterio de monjes benitos. Su avanzada hacia el Postigo contribuía a cuadrar y regularizar la plaza de las Descalzas Reales. El templo, no grande, se derribó por mandato de José Bonaparte en 1809.

Perdiéronse obras de gran valor; más las dos estatuas sepulcrales, actualmente en el Museo Arqueológico madrileño, deben corresponder a Muriel y a su esposa; se hallaban situadas en la capilla mayor, dotada y labrada a expensas de este secretario de cámara de Felipe III. Había otros sepulcros notables, entre ellos el del padre Sarmiento. Al ocurrir el derribo, la parroquia se instaló en Portacoeli (1836), actual parroquia de San Martín, sita entre las calles de la Luna y Desengano. Tras la exclaustación de monjes, el convento fue destinado a funciones diversas: oficinas del Gobierno político, Bolsa, Tribunal de Comercio, Diputación provincial y cuartel de la Guardia Civil. Hasta que fue derribado en vida de Mesonero, construyéndose en su enorme solar el Monte de Piedad y Caja de Ahorros, a más de magníficas casas particulares.

La plaza de las Descalzas Reales, centro del antiguo arrabal, fue un reflejo fiel de la corte de los Austrias. Conforme acabamos de indicar, un costado se hallaba ocupado por la iglesia de San Martín, más la casa de Muriel. El frente meridional entero correspondía a la severa fachada del monasterio de las Descalzas Reales y a la portada de

su iglesia, correspondiente al siglo XVI. Un arco escarzano y pasadizo de comunicación unía tal fachada con la casa, que formó el otro frente de la plazuela, ocupada después por el Monte de Piedad y Caja de Ahorros; un severo edificio que fue del tesorero Alonso Gutiérrez, donde habitó Carlos V y allí dejó a la emperatriz y a su hijo, el futuro Felipe II, cuando partió para la jornada de Túnez. Bien visible todo ello en la segunda vista y en la acuarela de Calderera.

El área correspondiente a la actual plaza de España representa, más o menos, una segunda parte del *Valle de Leganitos*, denominación tradicional del lugar, sin duda muy temprana, bien que ocurra documentada, que yo sepa, tardíamente. La extensa carta de Felipe II, dirigida a su hombre de confianza Francisco de Sotomayor, corregidor de Madrid en repetidas ocasiones (7), da cumplida respuesta, parecer, instrucciones y encargos a Sotomayor, a propósito de cuantos informes había recibido de Madrid. El monarca se encontraba en Gante y allí fecha su carta a Sotomayor el 5 de septiembre de 1556. Acerca de la sugerencia relativa al valle de Leganitos decide:

«Sobre la plática referente a tomar el *Valle de Leganitos* y toda la cumbre del cerro de la Buitrera para hacer otro parque, porque es más a propósito para casa, menos costoso y más solano que lo que se ha tomado, *quedará para cuando, placiendo a Nuestro Señor*, yo sea en esos reinos y lo vea, que entonces se podía mejor mirar lo que convenga.»

Después, a partir del siglo XVII la denominación corriente es la de *Prado de Leganitos*, y con tal nombre ocurre en la documentación posterior. Mas, ¿cuál es la procedencia de este nombre, es decir, su etimología propia? La antigua palabra *légano*, actual *legamo*, «barro pegajoso», presenta dos tipos de diminutivos, uno *Leganiel* (testimoniado en Cuenca) y otro el madrileño *Leganitos*. El primero presenta la apócope, tan difundida a través de toda la Península —por ejemplo, *Caramanchel*—, conservada en topónimos y antropónimos (M. Pidal, *Orígenes...*, págs. 180 y 182).

Lo del *légano* («legamo») estaba, sin dudarlo, muy justificado. A 1613 corresponde una memoria (8) y con-

diciones para ensanchar la calle nueva de Leganitos desde la fuente a la bajada del río. Trátase no sólo del ensanche, sino de «quitar terreno de la calle nueva de Leganitos para que lo que *derrubiare* (9) del terreno no quiebre ni dañe a las recientes posturas de los álamos, ni a la reguera del agua con que se riegan y para que no reviente tal agua hacia la calle, porque la echa a perder y no es posible pasar por ella». Se dan instrucciones muy detalladas para hacer una recia estacada, a fin de guiar el agua a la zanja y arroyo nuevo, recién abierto, e impedir que vaya por el arroyo viejo.

Acerca de las fuentes o caños de Leganitos y su desembocadura, alcantarilla, puente y huertas colindantes hablé ya, más o menos ampliamente, en anterior ocasión (10); todo ello reflejado en los planos más útiles y adecuados: D'Wit, Teixeira y Espinosa... Tomaré del mentado trabajo los antecedentes que deban ser recordados, los ampliaré en su caso y aportaré datos nuevos, a fin de establecer la topografía del terreno hasta el más remoto tiempo posible. Mas, previamente, trataremos de averiguar la procedencia del agua, propia de los caños o fuentes de Leganitos.

Gracias a un hallazgo de Oliver Asín, mi amigo y colega de aficiones, obtenido del documento ASA, 1-90-26, sabemos que el maestro Rodríguez realizó obras importantes en el viaje de la fuente de Leganitos, cuyas aguas procedían de los altos de San Bernardino (11). Las obras del maestro Rodríguez se referían a la construcción de la famosa alcantarilla de Leganitos (1618), que vino a remediar la agobiante situación descrita en la memoria de 1613, acabada de citar. Y asimismo, a la construcción casi simultánea del puente, a cuyo fin se tomó parte de la huerta de Francisca Valdemoro, lindante con el arroyo; el puente facilitaba el paso a la plazuela de los Afligidos y monasterio de San Bernardino. Este puente es bien visible en los planos de D'Wit (1635) y Teixeira (1656); mas ya no lo registra Espinosa, porque la alcantarilla de desagüe acababa de cubrirse.

En suma, y a fin de lograr la precisa localización de la alcantarilla y puente, diré que ambos se hallaban situados en la plaza denominada por tal motivo de la Alcantarilla

de Leganitos, al final de la calle de los Reyes y calle de Santa Margarita. Faltaba aún un buen trayecto para llegar a la plazuela de los Afligidos, tras dejar a la derecha las calles de Dos Amigos y San Leonardo, manzanas números 530, 531, 532 y 533; allí, en la plaza de los Afligidos, finalizaba Leganitos, la cual empezaba en la plaza de Santo Domingo, junto con las calles de la Inquisición y más a la derecha Ancha de San Bernardo.

Las casas, sitas en los Afligidos, formaban el límite de la hermosa y enorme posesión de don Francisco de Moura, luego marqués de Castellarodrigo, donde se encontraba la capilla de la Cara de Dios (n. 14, página 17 de *La Montaña...*) frente al convento de San Joaquín, de los PP. Premonstatenses; la denominada vulgarmente Afligidos, cuyo título se aplicó después a todo el cuartel.

b) Vengamos ahora a tratar específicamente de los aspectos relativos a la topografía del terreno, desde el período más remoto posible, y su evolución posterior, hasta alcanzar el más próximo a nuestro objetivo. El aspecto topográfico del valle de Leganitos fácilmente se intuye sin más que examinar las cualidades del valle, relacionada en la iniciativa propuesta al monarca, a fin de levantar otro parque y casa: «el valle es más a propósito para edificar la casa, más soleado y sobre todo *menos costoso*». Este último argumento resulta decisivo para nosotros, bien que Felipe II no apreciara ninguno de los tres, puesto que nos hace suponer que el valle estaría escasamente poblado por casitas y huertas.

La misma Buitrera era, a la sazón, una huerta, y en lo que a la Florida atañe lo sería también, cuyo dominio desconocemos, puesto que hasta 1613 no fue del marqués de Auñón; luego, más al Este, ocurrían las huertas de las Minas o Minillas y más abajo la de Leganitos; junto a ambas huertas, algo a la derecha, discurría el arroyo camino de su desembocadura en el Manzanares.

A la ribera izquierda, la huerta llamada de doña María de Aragón. Las denominadas Vistas de Viena, contemporáneas del monarca, príncipe y luego rey, sólo presenta una finca rústica cercada, más bien una huerta, encaramada en lo alto de la colina, después montaña del



Príncipe Pío. Con posterioridad a 1556, el plano de D'wit recoge, en cambio, varias cercas.

Debemos acudir, sin embargo, al inestimable texto de la *Planimetría*; él nos ayudará a probar documentalmente nuestro propósito. Pues bien, la fecha más antigua, testimoniada por el texto de la *Planimetría*, alcanza a septiembre de 1589, correspondiente al privilegio sin carga, obtenido por Luis Hurtado para el «gran sitio» que poseyó junto a Leganitos y que se extendía por las luego manzanas, números 525, 527, 529, 530 y 531; sueldos y huertas de los que en la toponimia quedó huella también con la calle denominada del cercado de Luis Hurtado, cosa nada extraña, puesto que los terrenos habían sido de su propiedad (13). Háblase en ciertos lugares del «gran sitio» que poseyó L. H., y en otro, del «sitio y huerta del mismo».

Una nota común a los 11 sitios de la enorme manzana núm. 557, así como el único sitio de la manzana contigua 556, separadas ambas por

la calle del Duque de Osuna, es que casi todas ellas fueron privilegiadas sin carga por Santiago Gutiérrez y Marcos de Sabugal en agosto de 1629. Mas ahora sólo nos interesa destacar que el primer sitio perteneció, posteriormente, al príncipe Pío, cuya enorme posesión formaba un apiñado conjunto de seis millones de pies, donde aparte de la Buitrera y Florida, se hallaban las huertas que fueron de la duquesa de Villahermosa con su casa cercana a la fuente de Leganitos, más otra casa con huerta y lavadero, estanque y agua más arriba del puente, tierra de sembradura, más las tierras y huertas de las Minas, conforme veremos más adelante.

En suma, el área casi entera del campo de Leganitos, adquirido a golpe de compra; más una gran parte, si no toda el área perteneciente al barrio de Argüelles actual, que comienza a construirse hacia 1856, en los terrenos de la montaña del Príncipe Pío (14). Conforme al texto de la nota, la cuesta de Areneros, trazada sobre la roca en tiem-

pos de Carlos III y que arrancaba de la glorieta de la Florida, era la separación entre Florida y Moncloa. Así de la cuesta para abajo construyóse el actual barrio de Argüelles y hacia arriba era Moncloa, hoy Ciudad Universitaria. La Real Casa regaló al ramo de Guerra el solar del Cuartel de la Montaña y se reservó la propiedad de los terrenos vendidos por su Administración, en colaboración con el municipio madrileño —sobre los cuales se levantó el barrio de Argüelles. A su vez la Moncloa pasó al Estado en virtud de la Ley llamada del Rasgo, promulgada en 1866.

Dentro del capítulo III, formulé una interrogante, cuyo contenido era doble, ¿hasta dónde llegó la extensión del abadengo y cuándo cesó el señorío feudal, otorgado al monasterio de San Martín por los dos Alfonsos, VI y VII? A la primera parte cabría ya responder; mas es preferible una respuesta simultánea a ambas cuestiones, puesto que la pregunta es doble. Intentémoslo.

La ilustración núm. 4 contiene una traza, firmada y rubricada en 25 de julio de 1623 por el maestro Juan Gómez de Mora, mediante encargo de don Francisco Manso, del Consejo Real de las Indias en esta villa de Madrid. El texto de Mora, íntegro, dice así:

«Conforme a esta traça a de labrar la delantera del sitio que tiene don Francisco Manso del Consejo Real de las Indias en esta Villa de Madrid, junto a las fuentes de Leganitos en la calle que revuelve desde la puente a la de los Dos Amigos, donde se ha de poner la puerta principal; an se de poner las rejas y balcones de hierro... Antes de empezar la obra se ha de presentar esta traza en el dicho oficio de Pedro Martínez, escribano Mayor y del Ayuntamiento, para que por parte desta Villa se eche cordel, que ha de guardar en las delanteras destos sitios.—Hecha en 25 de julio de 1623. Joan Gómez de Mora». (Rubricado.)

La núm. 5 recoge otra traza del propio Juan Gómez de Mora, algo posterior, pero más informativa, ya que la portada figura en la misma calle *real* de Leganitos (15). El texto explicativo de Gómez de Mora es el siguiente:

«Conforme a esta traça a de labrar la delantera de su cassa, que tiene don Jusepe Beltran en la calle real de Leganitos; a de poner la portada de piedra y lunbreras y todo lo demás en esta traça contenido. Y advierto que antes que se empiece la obra se aya de presentar esta traça ante Pedro Martínez, escribano Mayor del Ayuntamiento desta Villa de Madrid...».—Hecha en Madrid, a 15 de julio de 1624 años. Joan Gómez de Mesa (rubricado).

Interés probatorio, dada su fecha, posee el acuerdo del Corregimiento y Madrid, referente a la gracia otorgada al marqués de Távora de un sitio lindante con la casa en que hoy vive, calle de la bajada del río de Leganitos; comprendía este sitio 4.180 pies. Linderos: Subida al pretil nuevo, directo al convento de doña María de Aragón. Finalidad: que la labre y haga de tal merced su voluntad.—Acuerdo de 26 de agosto de 1661.

La núm. 6 se incluye, gracias al informe de Villanueva, a más de que se trata de una construcción típica del siglo XVIII. Sin embargo, desde nuestro punto de vista posee

mayor valor probatorio las dos anteriores y el acuerdo. Su emplazamiento estaba en la calle de Leganitos, esquina a la de Dos Amigos. Su signatura propia es ASA, 1-66-74.

Los tres testimonios señalados, planos y acuerdo, demuestran cumplidamente que, al menos ya a principios del siglo XVII, personajes encumbrados compran solares y sitios dentro del campo de Leganitos, a fin de levantar sus moradas. La administración municipal interviene, directamente, en todos y cada uno de los trámites burocráticos e incluso otorga alguna merced gratuita por la causa que fuere. Ello prueba, de manera diáfana y plena, que el señorío feudal sobre el antiguo *vicus* o arrabal había desaparecido tiempo ha, pasando su jurisdicción a la villa de Madrid (16). Los vendedores de terrenos serían aquellos propietarios de casitas y huertas de los cuales hablamos. Y en lo que a la extensión del abadengo atañe llegaría hasta el Argüelles actual. En la conocida propuesta, o mejor sugerencia, de Sotomayor a don Felipe II se habla del *Valle de Leganitos hasta la Buitrera*, debido al hecho de que tal huerta estaba situada más arriba, encima de la Florida, y quedaba comprendida esta última al mencionar sólo la Buitrera, como término extremo o último.

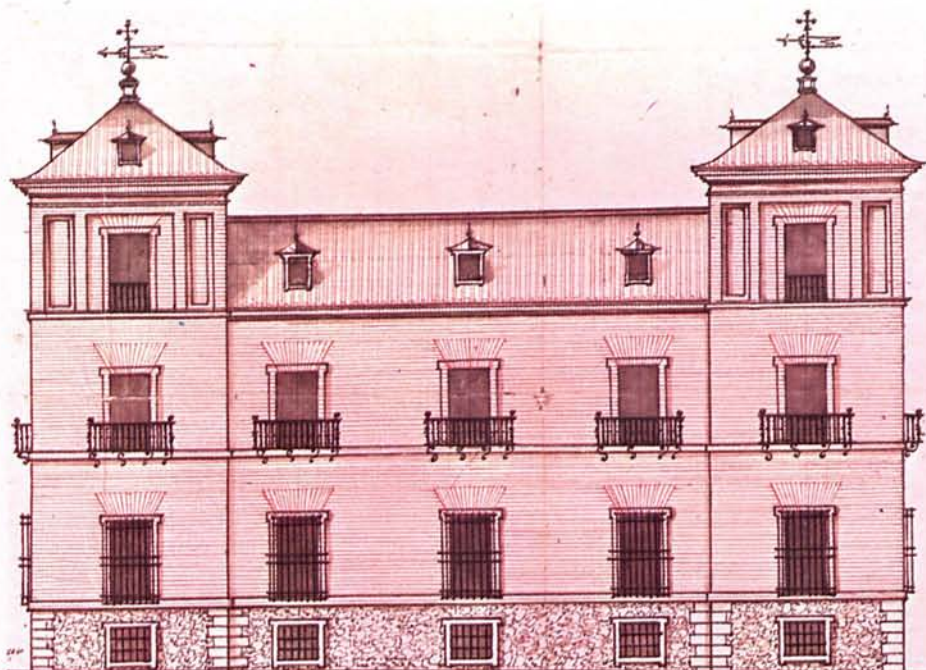
Antes de abandonar el siglo XVII vale la pena ocuparnos de dos nuevos testimonios, un acuerdo del consejo y un memorial posterior. Textos, cuyo contenido abunda en datos muy útiles para esclarecer la topografía del prado de Leganitos en sus puntos más vitales y preocupantes. Destacaré, en cursiva o comillas, los datos más notables e informativos.

1683, febrero, 22.—Acuerdo del corregidor y Madrid, accediendo a una petición del duque de Osuna, a fin de que se le haga «gracia de 40 pies lineales de sitio en el arroyo de Leganitos, para la fábrica de un pontón y mirador, que se necesita hacer en tal arroyo». Se vio la planta y declaración de José del Olmo, maestro mayor de las fuentes de Madrid. El reconocimiento y ejecución fue realizado en el propio prado de Leganitos, en presencia del corregidor, marqués de Camposagrado, regidores y ante el escribano mayor. La operación tras la vista y reconocimiento del sitio existente a la parte del arroyo consistió: «tira

de cordeles desde las tapias de la huerta propia del marqués de Castelarodrigo, que sale al prado hasta el pretil de la puente, que está junto al parque». La tira fue en línea recta, dejando clavadas las estacas de calidad, a fin de que la fábrica siga siempre en línea recta y no salga más». El maestro declaró que no se sigue perjuicio a la villa ni a particular alguno y que la obra era conforme a ornato y policía, etcétera. Signatura ASA, 1-10-12.

En lo que toca al memorial de Gerónimo de Miranda y Texta, caballero de la Orden de Santiago, que poseía un sitio jardín y casa, encima de los caños de Leganitos de 40.000 pies cuadrados no tiene una importancia tan notable como el acuerdo anterior y prefiero omitirlo. De todos modos, si algún profesional o erudito deseara consultarlo, le remito a la signatura ASA, 1-13-31. El año corresponde al 1694.

c) Antes de abordar el estudio del expediente, que sin duda alguna es la pieza más notable, debido a los datos que aporta y, muy especialmente, al diáfano croquis incluido, interesa, como antecedente previo, recordar los sitios de la manzana 557, grande, irregular y deforme; es decir, tal y como aparece en el plano de Espinosa de los Montes (1769), casi adosada a la parte superior de la posesión, a la sazón, propiedad de doña Isabel María Pío de Saboya (17). Anticipamos ya que sus sitios eran once, tenían una nota común y también que el primero de ellos pertenecía al príncipe Pío. Pues bien, entre los sitios restantes de tal manzana destaca el segundo, perteneciente al duque de Osuna, compuesto de casa, tierras y huertas, cuya área totaliza 321.507 pies cuadrados superficiales. Tenía fachada a la calle de Leganitos, 199 pies, y a la huerta de las Minas. 1.090 pies. El viejo palacio de los duques de Osuna (18), con su huerta de las Minas, se destinó después por el rey a convento de San Vicente de Paúl, cuya mole retrasó considerablemente alineaciones y aperturas a calles limítrofes, conforme más adelante se verá. Los otros nueve sitios eran pequeños en extensión, agrupándose entre la calle de Leganitos, el callejón sin salida de San Buenaventura y el de las Minas o Minillas, excepto el señalado con el número diez, correspondiente a la marquesa de Llanos, que incluía



1623, julio, 25. Traza, firmada por Juan Gómez de Mora, para construir en el sitio propiedad de don Francisco Manso, situado junto a las fuentes de Leganitos, con vuelta a la calle de Dos Amigos.

tres sitios, estaba en cabeza de los anteriores, o sea, del 3 al 9 inclusive, tenía fachada al callejón de San Buenaventura, 221 pies y su área total comprendía 17.800 pies cuadrados.

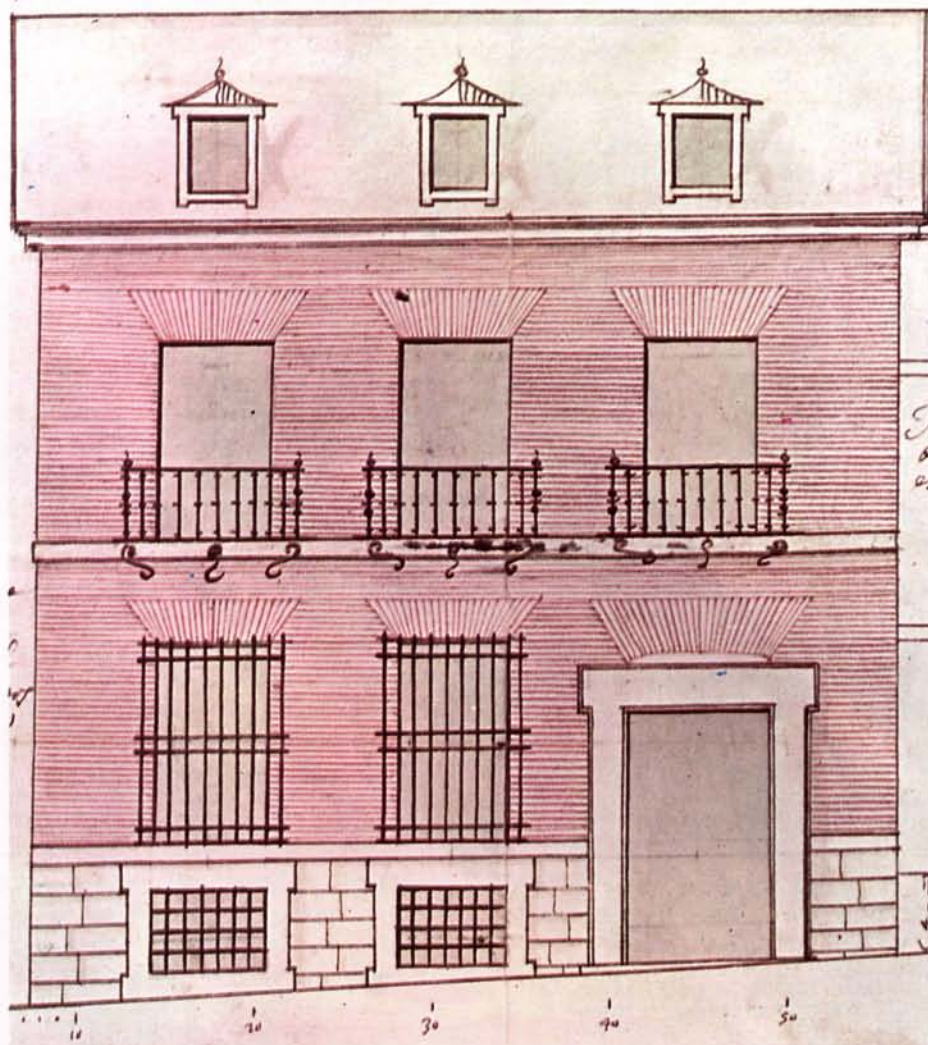
Debo añadir que de la puerta de San Vicente arrancaba la subida del denominado Prado Nuevo —y por Espinosa, Camino Nuevo, que sube al palacio real— hasta encontrarse con el terreno que fue del propio heredamiento y compró el rey Carlos III para convento de Gilitos, entonces en construcción, y a principio del siglo XIX se destinó a real cuartel de caballería, titulado de San Gil; y lo dividía un murallón sin tapia, que continuaba hasta encontrar el pedazo de la huerta de las Minas. Para una más perfecta inteligencia del texto anterior añadiré que las tapias del Cerramiento de la Montaña y de los Reales Jardines —dejé indicado arriba que la compra de Carlos IV ocurrió en 1792— llegaban al paseo de San Vicente actual; y también que el utilísimo plano de Martínez de la Torre y Asensio (1840) señala ya el sitio del nuevo «cuartel de Guerra», cerrando, casi por entero, la huerta de las Minas y situado a la ribera derecha (18).

Al fin ha llegado el momento de analizar el notable expediente prometido y asimismo de utilizar su magnífico croquis, que completa y

mejora, dentro del área que estudiamos, los planos de Ibáñez Ibero y Cañada; los detalles son más abundantes y la nitidez más amplia.

Una comunicación oficial, dirigida por el subsecretario del Ministerio de Gracia y Justicia al alcalde-corregidor de esta corte, decía:

«Habiéndose adquirido por este Ministerio el edificio que fue Palacio del Duque de Osuna (19) situado en la calle de Leganitos para establecer en él Convento de Paules y debiéndose disponer de sus localidades próximas, la Reina (D. g.) se ha dignado mandar que informe V. E. lo que haya acordado en el nuevo plan general de alineación de esta Corte, respecto al callejón sin salida, que existe en la manzana 557, llamado Callejón de Leganitos. De Real orden comunicado por el Sr. Ministro de



Traza del propio maestro J. Gómez de Mora, por encargo de don Jusepe Beltrán. La fachada principal de la casa daba a la calle Real (15) de Leganitos.

Gracia y Justicia lo digo a V. E. para los efectos consiguientes Dios guarde etc.—Madrid 11 de noviembre de 1852.—El Subsecretario, Antonio Escudero» (*rubricado*).

Esta comunicación pasa a la Comisión de Obras, la cual declara que la alineación no está aún acordada; entonces se traza el croquis adjunto. Su trazador, arquitecto Isidoro Llanos, declara que ha marcado con tinta roja la alineación más conveniente para esta parte de la población, conforme a su criterio. La Comisión de Obras asiente al informe y croquis dado aquí; únicamente el Ayuntamiento constitucional acepta la opinión del vocal de la Comisión conde de Villalobos: las calles de la manzana 557, «si bien entendiéndose con el ancho de 40 pies, en vez de los 30 señalados en el croquis para la calle, que desemboca en la denominada de Osuna». En estos términos, el acuerdo se envía al director general de Administración Local.

El propio ministro de la Gobernación responde al corregidor. La comunicación contiene las siguientes consideraciones:

1) Que se ha enterado la reina del plano de alineación de las calles adyacentes a la manzana 557, y previo dictamen de la Junta Consultiva de Policía Urbana dispone:

a) No es necesario ni conveniente que la calle proyectada para poner en comunicación los callejones de San Marcial y Leganitos, por su escasísima o ninguna importancia, se prescinda de ella, así como en ella, de la apertura del callejón a la derecha del cuartel de San Gil hasta la nueva calle citada y su continuación a la de Leganitos, atravesando la manzana 557, porque ocasionaría grandes inconvenientes e indemnizaciones.

b) Bastaría con dar salida al callejón de Leganitos por el punto más cómodo y conveniente, rectificando, además, las formas irregulares y deformes que lo constituyen, sin necesidad de acudir a los grandes sacrificios que supondrían las líneas de color azul trazadas en el plano.

La solución azul, propuesta por la Administración municipal, daba salida al callejón rompiendo el testero del palacio viejo de Osuna hasta encontrarse con el callejón del Príncipe Pío, y convirtiendo el polígono que forma el primero en una calle regular de treinta a trein-

ta y dos pies de anchura, más una pequeña plazuela rectangular de cien pies por ciento cincuenta, cosa de fácil ejecución si el Gobierno, por conducto del Ministerio de Gracia y Justicia, cede para calle el terreno que se toma del palacio viejo de Osuna, con lo cual quedaban unos 3.000 pies escasos, de los cuales podría ceder a Madrid dos mil a la entrada del mismo callejón. De real orden y con devolución del expediente y plano lo digo a usía para los efectos consiguientes, etc.

El asunto finaliza al pasar a la jurisdicción del Ministerio de Gracia y Justicia, cuya noticia traslada al corregidor el ministro de la Gobernación. Se encomienda a un arquitecto del ministerio mentado la misión de emitir un dictamen, después de que oyese a los padres del instituto de San Vicente de Paúl, establecido en la casa conocida por el palacio viejo del duque de Osuna. El dictamen, fecha 28 de marzo de 1854, deshaucia el asunto totalmente debido a encontrarlo incompatible con las necesidades del instituto citado. La ejecución del rompimiento de la calle, marcada con tinta azul, «destruye la parte más principal del edificio, en toda la extensión de las dos crujías paralelas a la huerta, y que en la actualidad son las que se hallan distribuidas y ocupadas con arreglo al objeto de la institución. Debiendo además observar no ser suficiente la extensión hoy ocupada del edificio, siendo indispensable construir de nuevo en la parte de huerta, para cubrir todas sus atenciones; y con la nueva calle propuesta no tan sólo se inutilizaría el convento, sino que se privaría a los padres del ensanche, que ya hoy día necesitan, y de la independiente comunicación de todas las partes que componen esta finca.»

(Signatura ASA, 5-495-1.)

Nótase en el contorno, sobre todo, notables diferencias respecto del plano de Espinosa. La más notable es que el paseo de San Vicente no desemboca en la plazuela de Leganitos, sino que en terrenos correspondientes al heredamiento de la Florida, según indicamos, aparece ya construido el cuartel de San Gil y la plaza de San Marcial, entre la plazuela mencionada y la nueva tapia, si bien se interpone un pedazo del antiguo prado de Leganitos entre la plazue-

la de su nombre, plaza de San Marcial y cuartel. Surgen tres callejones: el de San Marcial (20), que arranca de la plaza y continúa por fuera de la tapia, abandonándola al llegar a la huerta correspondiente a las casas principales y capilla del Príncipe Pío, e igualmente al final de la calle del Duque de Osuna ocurre el callejón del Príncipe Pío; por último, el callejón de Leganitos sustituye al denominado de las Minillas y su bifurcación nombrada callejón de San Buenaventura. La cerca por esa parte se encuentra mucho más regularizada y al abandonar el callejón referido de San Marcial sigue recta a la calle de Duque de Liria; quedan gran parte de la huerta de las Minas más la correspondiente a las casas del Príncipe Pío.

Una real orden de 1860 —6 de agosto— aprueba la nueva alineación de la plaza de San Marcial, ampliando su anchura a cuarenta metros. Sus ejes fueron: números pares, fachada del cuartel de San Gil prolongada hasta la plaza de Leganitos, cuya prolongación no se llevó a efecto, a la sazón, a causa de impedirlo las nuevas construcciones del Parque y Maestranza; números impares, otra recta cuyos puntos de referencia son la intersección del eje actual de la calle de Bailén con la fachada de las reales caballerizas. El ángulo agudo de las caballerizas se chaflana con una línea de quince pies (21). El callejón sin salida ya mencionado, tampoco se realiza por la razón anterior; lo que se hizo fue abrirlo hacia la calle de la Princesa mediante la de José Cañizares (22), de donde partían Mendizábal y Don Martín. Finalmente, en lo que al paseo de San Vicente se refiere, no hay, al menos por ahora, motivo suficiente para que se varíen las líneas representadas por las tapias del cerramiento de la Montaña y de los reales jardines. La calle de Ventura Rodríguez, entre Princesa y Ferraz, fue trazada sobre el callejón de San Marcial, al hilo de la antigua tapia, y en el plano referente al primer barrio de Argüelles, levantado por el ingeniero don Carlos María de Castro, aparece trazada en último lugar, dentro de las diez primeras.

La alineación aprobada en agosto de 1860 para la plaza de San Marcial dirimió el asunto, que a seguido pasamos a exponer. El te-

niente coronel director interino de la Maestranza del Real Cuerpo de Artillería solicitó licencia para edificar en el solar contiguo a tal Maestranza, esquina a la calle de Leganitos y plaza de San Marcial llamada de la Buñolería; el municipio denegó el asunto. Sin embargo, las obras empezaron a ejecutarse en la casa llamada Buñolería, contigua a la Maestranza de Madrid, y que formaba ángulo a las calles de Leganitos y San Marcial, cuya finca, de propiedad del príncipe Pío, adquirió la Dirección General de Artillería, autorizada por Real Orden de 9 de agosto de 1862, con objeto de aislar el edificio de la referida Maestranza y ampliar sus talleres. El ministro de la Gobernación comunica al alcalde-corregidor que la reina ha tenido a bien declarar que al ramo de Guerra corresponde dictar las aclaraciones procedentes acerca de la condición del edificio que se intenta construir y agregar a la Maestranza, en la inteligencia de que en todo caso tendrán que respetarse las alineaciones aprobadas por su majestad en 6 de agosto de 1860 para la plaza de San Marcial. Lo construido se derruyó y el expediente quedó concluso. Fue incoado en 1863 y concluso en 1864.

(Signatura ASA, 4-307-8.)

Ocurren expropiaciones y apropiaciones cuya alternancia facilita las cosas. Veamos una expropiación importante.

El alcalde, don José Abascal, acordó, en junio de 1887, que se llevase a cabo la prolongación de la calle de San Gil —luego de José Cañizares— hasta el callejón de Leganitos; que al efecto se expropiase al duque de Fernán Núñez ochocientos cincuenta y cinco metros con veintitrés decímetros cuadrados, superficie que era necesaria para la prolongación referida; y que, tasada a razón de treinta y ocho pesetas, importaban treinta y dos mil cuatrocientas noventa y ocho pesetas, salvo rectificación de medida, cuando se hubiesen verificado los derribos: no abonándose cantidad alguna por las edificaciones que hubiera que demoler, pues su propietario, el duque, renunciaba generosamente a su importe; por último, disponía que por los vecinos solicitantes se costeara el importe de los desmontes.

En cumplimiento de tal acuerdo ocurrió la demolición de las construcciones, tras las cuales hubo de

rectificarse la medición por el arquitecto correspondiente; resultó que la superficie necesitada era sólo de seiscientos cincuenta y siete metros, en vez de los ochocientos cincuenta y cinco, y, por consiguiente, el importe de la expropiación era de veinticinco mil sesenta y seis pesetas con relación al primer cálculo. Invocando la economía, los propietarios y vecinos pidieron que se les perdonase el coste de los desmontes, a lo cual la comisión correspondiente y el alcalde-corregidor accedieron. El dictamen fue aprobado en la sesión del pleno siguiente, y tras los reglamentarios traslados a la contaduría y tesorería acordó que pasara el expediente al notario a fin de otorgar la correspondiente escritura. El terreno, situado en la Villa, formó parte del grupo de casas señaladas con los números 5, 7 y 9 modernos del callejón de Leganitos, que formaron parte de la manzana 557.

El precio de la enajenación, es decir, las veinticuatro mil novecientas sesenta y seis pesetas, a que ascendía los seiscientos cincuenta y siete metros de terreno expropiados, a razón de treinta y ocho pesetas cada metro, lo recibió el duque de Fernán Núñez del propio alcalde, señor Abascal, la mitad en el acto y en billetes del Banco de España y en monedas de plata; la otra mitad se obligó Abascal a hacerla efectiva en el ejercicio próximo venidero.

(Signatura ASA, 9-444-10.)

Respetando en lo posible el orden cronológico, mencionaré el proyecto de modificación de rasantes elaborado entre 1895 y 1899. Fue aprobada, en efecto, la modificación de rasantes correspondientes a las calles de Leganitos y Duque de Osuna, como mejor solución y la más práctica, ya que contribuiría a aumentar los beneficios de la obra, ya próxima a ejecutarse, de prolongación de la calle de Preciados hasta la plazuela de San Marcial; tal prolongación facilitaría, a través de las calles de Leganitos y Duque de Osuna, la comunicación directa de los barrios de Pozas y Argüelles con el centro de la población.

La comisión propuso al Ayuntamiento la construcción en la calle de Leganitos de un muro de contención para salvar la rasante de la calle del Duque de Osuna y una escalinata de acceso a la Casa de Socorro del distrito de Palacio.

La tramitación se efectuó entre los años 1895 a 1899.

(Signatura ASA, 18-287-3.)

Hemos olvidado un expediente curioso, bien que tramitado en 1893.

Carlos Larios desea construir una casa de nueva planta en un solar de su propiedad sito en Leganitos, número 42, con vuelta a la plaza del mismo nombre, número 1, con arreglo a los planos que acompaña.

Se le expropian para vía pública noventa y un metros cuadrados por la plaza y dos ochenta por la calle de Eguiluz. La noticia es curiosa, ya que sobre este solar estuvo construida la *casa tahona sita en esta capital*.

(Signatura ASA, 10-101-12.)

El texto que vamos a exponer es no una expropiación, sino lo contrario: aquí el voluntariamente expropiado es el propio municipio y la persona particular se apropia, mediante una venta oficial, una parcela de la vía pública.

En octubre de 1907 un tal Manuel Salví solicitó licencia para construir un edificio, destinado a cinematógrafo, en solar número seis de la plaza de San Marcial. Instrúyese por la Secretaría el expediente oportuno, y como consecuencia de la tira de cuerdas practicada para señalar las alineaciones oficiales de tan solar, resultó una parcela apropiable de la vía pública.

A efecto de inscripción posesoria de tal parcela y por carecer el Ayuntamiento de título alguno de propiedad, se reclamó informe a diferentes dependencias municipales. He aquí los resultados:

Situación.—Se halla situada en la plaza de San Marcial, número 6, distrito judicial y municipal de Palacio, barrio del Senado, etc.

Linderos.—Con el solar a que se agrega en una línea de veintisiete metros más noventa y siete centímetros; por su fachada a la plaza de San Marcial, en una longitud de veintisiete metros sesenta y cuatro centímetros; por su medianería derecha con el edificio propio de la Real Compañía Asturiana de Minas (23), en otra línea de cuatro metros y sesenta centímetros, y por la izquierda, por la casa número 5 de la misma plaza, en una longitud de tres metros veintisiete centímetros.

Forma y superficie.—Los lados descritos afecta la forma de un cuadrilátero irregular, que comprende una superficie de ciento

ocho metros cuadrados más setenta y seis decímetros.

Valor.—El valor asignado por acuerdo del pleno municipal es de veintiún mil setecientas cincuenta y dos pesetas.

Y como no fue adquirida de corporación ni de persona alguna, fue obligado a inscribir la posesión.

Tiempo que lleva de posesión en Madrid: desde tiempo inmemorial. Objeto a que ha estado destinada: a vía pública.

Don Joaquín Sánchez de Toca, como alcalde-presidente del Ayuntamiento de Madrid y a nombre de éste, haciendo uso de las facultades que le concede el párrafo primero del artículo 85 propio de la ley municipal de 2 de octubre de 1877, vende a don Antonio Sanvicente y Rivero la parcela descrita, como sobrante de la vía pública, apropiable al solar número seis.

Toquemos ahora un expediente expropiatorio provocado por el proyecto de construcción de la plaza de España. Empezó a tramitarse en 1910.

El apoderado de la duquesa de Fernán Núñez había solicitado repetidamente la práctica de la reglamentaria tira de cuerdas, a fin de edificar en los solares de su propiedad, cuyo emplazamiento y linderos se detallarán más adelante. Tomemos los datos del informe del arquitecto, a quien la comisión cuarta hace el encargo. Dice así:

«... he procedido a apreciar, según dispone el art. 26 de la Ley de expropiación forzosa (enero de 1879) y el art. 41 del Reglamento para su aplicación, la cantidad que por un tanto alzado y por todos conceptos deberá abonarse a la Duquesa de Fernán Núñez, por el solar de su propiedad, comprendido en el trazado en proyecto de la Plaza de España. Sus circunstancias son las siguientes:

Situación.—Se halla enclavado en el Callejón de Leganitos, números cinco y siete, barrio de Arguelles, distrito de Palacio.

Linderos.—Al norte con el Callejón de Leganitos, n.º 7, en una línea de 22,95 ms.; al saliente con el solar donde estuvo el Parque de Artillería en una línea de 16,80 ms.; al sur con el mismo solar en una línea quebrada de cuatro lados, el primero empezando por la medianería es de 13,35 ms., la segunda de 9,80 ms., la tercera de 23,90 ms. y la

cuarta de 8,80 ms. Cierra el solar al Poniente, lindando con la calle de José Cañizares, en una línea de 47,65 ms.

Superficie.—Estas líneas forman un polígono irregular, que medido geométricamente da una superficie de 978,32 m², equivalente a 12.591,10 pies cuadrados.

Tasación.—De los datos de expropiación que existen en esta oficina y en relación de otros efectuados en las inmediaciones resulta: Superficie del solar 978, 32 ms².—Precio unitario noventa dos pesetas con quince céntimos.—Precio total del solar 90.152 más 18 céntimos.—Tres por ciento de afección, 2.704 pesetas más 56 céntimos.

Resultando de esto un total de noventa y dos mil ochocientas cincuenta y seis pesetas con setenta y cuatro céntimos, cuya cantidad habrá de percibir la propietaria, rebajando las cargas a que la finca pudiera estar afecta.—Madrid, 6 de marzo de 1911.—Luis Carrasco (*rubricado*).»

El certificado correspondiente se remitió al gobernador civil de la provincia a 3 de junio de 1913.

(Signatura ASA, 17-405-8.)

Destaquemos otro par de hechos, ya construida la plaza de España, y que interesan a su estructura.

En el año 1919 existía allí un edificio destinado a teatro, plaza de España, número 6; posteriormente y en la fecha mencionada se habilita como garaje, exposición de automóviles y un pequeño taller para reparaciones. Previamente se retiran telones, decorados, butacas, división de palcos, tabiques divisorios; todo ello es el testero de la sala y se sustituye el entarimado por piso de cemento con losetas sobre capa de hormigón hidráulico.

En la fachada, cuya reproducción damos aquí por juzgarla de interés, vemos que los huecos extremos de la planta baja, que son gemelos, separados por un pilar, se transforma en uno solo de 4 metros de luz, con un cargadero de hierro laminado y de sección conveniente, a fin de dar fácil entrada a los coches. Ya en el año anterior, 1918, había sido preparada una reforma en el escenario. Uno se da cuenta que el teatro mentado sería poco rentable.

(Signatura ASA, 22-191-53.)

El otro acaecimiento, importantísimo para el ennoblecimiento y categoría estética de la plaza de Es-

paña, lo constituye el Real Decreto siguiente:

Real Decreto.—Art. 1.º Para conmemorar la publicación de *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, por Miguel de Cervantes Saavedra, se erigirá en su honor un monumento en Madrid por suscripción voluntaria.

2.º Serán invitados a contribuir a la suscripción todos los pueblos que tienen el castellano por lengua nacional.

3.º Se abrirá concurso entre artistas españoles, bajo condiciones que fije la Real Academia de San Fernando.

4.º El Ayuntamiento fijará el sitio de la Capital, donde haya de elevarse.

5.º Se confía el producto y servicio de las suscripciones al Banco de España. Las listas serán publicadas en la *Gaceta de Madrid*.

6.º Una junta de tres académicos de la Española, y otros tres correspondientes a la de San Fernando, nombrados por las mismas corporaciones, aplicarán los fondos y se encargaran de la dirección, publicándose en la *Gaceta* su gestión.

7.º El Ministerio de Instrucción Pública queda encargado del cumplimiento de este Decreto.

Palacio de la Real Academia Española, a ocho de mayo de mil novecientos cinco.—Alfonso.—El Ministro, Carlos María Cortezo.

A su vez, el Ayuntamiento de Madrid designa el 21 de junio la plaza del Callao, «punto central de la futura Gran Vía; en la que se proyecta una espaciosa y bien ornamentada plaza», que contribuiría a su embellecimiento; o en otro caso, pudiera utilizarse para este fin el centro del jardín propio de la plaza de España.

La última propuesta fue la atinadísima adoptada. El volumen del magnífico y enorme monumento, obra del artista Lorenzo Coullaut Valera.

Difícilmente hubiera sido contemplado, debido a la falta de perspectiva actuales de la plaza del Callao, que eran las proyectadas. Por otra parte, la plaza de España poseía ya su área y perímetro actual, la comunicación con la calle de la Princesa estaba abierta e incluso poseía su jardín central.

En cambio, el trozo segundo de la Gran Vía, denominado calle de Eduardo Dato, se encontraba pro-

yectado, tan sólo, en 1929. El Ayuntamiento de Madrid transmitió al concesionario anticipadamente a la recepción, conforme al artículo 11 del pliego de condiciones administrativas, todos los solares, una vez restada la faja de 10 metros, necesaria para ampliar a 35 metros, la latitud relativa a la calle de Eduardo Dato.

El extenso plano, incluido en el expediente, cuya signatura es ASA, 16-360-18, comprende la calle mencionada íntegra, desde su comienzo en la plaza del Callao hasta la plaza de Leganitos, tan familiar para nosotros, inclusive. Tal calle que no figura en el plano quedó disminuida en su anchura, como era lógico y natural; en lo que al área de la plaza del mismo nombre atañe está encajada dentro del solar correspondiente a nuestra plaza de España.

Creo innecesario ocuparme de trazar una síntesis, ya que la exposición es amplia y clara, según creo. De otra parte, el texto más las ilustraciones es amplio con exceso, dado el carácter de nuestra revista VILLA DE MADRID; sin embargo, una indagación sería requiere detalles y sin ellos apenas tiene valor creador, apto para elaborar la historia.

NOTAS

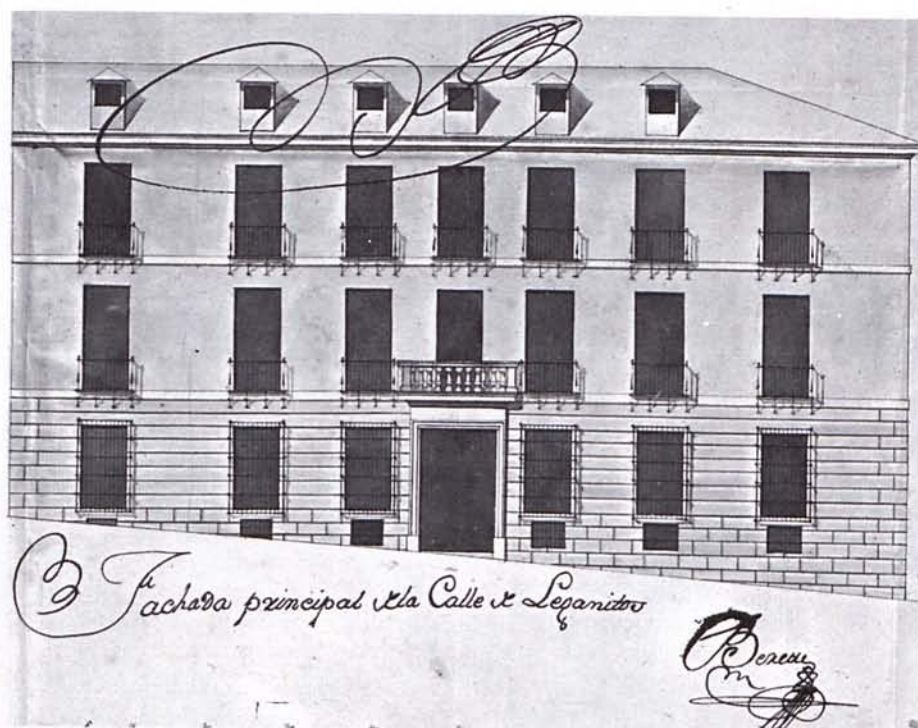
(1) Fray Antonio Yepes, Crónica General de la Orden de San Benito, Valladolid, Viuda de Francisco Fernández de Córdoba, 1621. Sacado del t. VII, centuria VII, fols. 110-114 v. Yepes alaba las grandes cualidades políticas y militares de Alfonso VI, que indudablemente las tuvo; mas «junto a su cimerio éxito de

la conquista de Toledo fue una figura compleja, que desaprovechó coyunturas favorables; su carácter egoísta, la falta de generosidad y una envidia incontinente, le hizo preferir el inepto García Ordóñez al Cid. Sólo don Rodrigo hubiera sido capaz de vencer a los almorávides en el campo de batalla y adelantado, tal vez en varios siglos, el final de la Reconquista». Valdeavellano, Historia de España de los orígenes a la baja edad media, segunda parte, pág. 393.

(2) El historiador Quintana bien merece que reproduzcamos su parecer, a propósito del mozarabismo de tales iglesias y convento. «Nada extraño, pues había en Toledo aquel tan célebre como antiguo monasterio agaliense, dicho seminario de tantos santos arzobispos, según mención de Lucio Dextro en su Chronicon y de Marco Maximo, arzobispo de Zaragoza, en el suyo» pág. 146, ed. moderna.

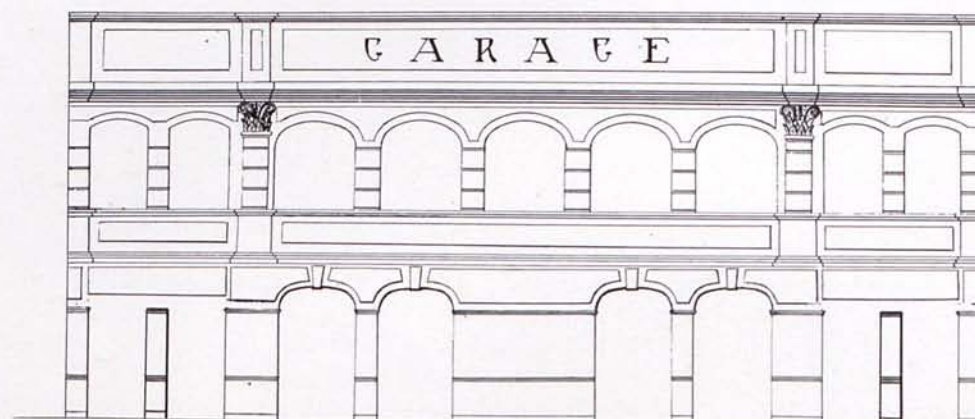
También, conforme al testimonio del propio Quintana, la primitiva advocación del convento de Santo Domingo de Silos era San Sebastián de Silos; después, siendo abad de este convento (hacia 1045), bajo el reinado de Fernando el Magno, fue tan rara su santidad y tan grande sus milagros, que se cambió el nombre antiguo del convento y pasó a denominarse en adelante Santo Domingo de Silos, aun en vida del nuevo santo. Pág. 871, ed. de 1954.

(3) Alfonso VII asumió el título de emperador de las Españas. Sin embargo, Alfonso VI suscribió (1098-1104) ciertos diplomas reales, tanto en latín como en árabe, en calidad de «rey de todos los reinos cristianos y paganos de España». Menéndez Pidal, El Imperio hispánico y los cinco reinos, pág. 110. Citado igualmente por Américo Castro, La realidad histórica de España. No tengo a mano



Casa propiedad de Manuel de Borgoña, reedificada tras el informe favorable de don Ventura Rodríguez, emitido el 5 de abril de 1777.

FACHADA



Escudo de la puma

MADRID AGOSTO DE 1919

EL ARQUITECTO

Santoro

Fachada correspondiente al teatro sito en la plaza de España, número 6.

aquí, en Málaga, el libro de A. Castro, a fin de precisar la cita.

(4) Gil González Dávila, Teatro de las Grandezas de Madrid... Madrid, Tomás Iuntí, 1623, pág. 228.

(5) Antiguo Madrid, I, págs. 234-254.

(6) Tormo (Eliás), Las Iglesias del Antiguo Madrid. Los dos fascículos (1927) han sido reeditados por el Instituto de España en 1972. Las provechosas notas de María Elena Gómez Moreno avaloran la obra. Lo recordado aquí se encuentra entre las páginas 131-135.

Al menos desde enero de 1555. Toda esta cuestión la cita de Felipe II, cuyo texto daré a seguido, y asimismo su parecer y decisiones acerca de los asuntos propuestos por Sotomayor, se halla en mi artículo intitulado La Sagra madrileña, el Campo del Moro y la Casa de Campo, VILLA DE MADRID, número 33, pág. 10.

(7) Véase el texto de la nota 7 del artículo citado, y con más extensión en el número 25 de la propia revista, las páginas 11-29, sobre la Montaña del Príncipe Pío y sus alrededores, núm. 33, pág. 10.

(8) ASA, 1-3-3.

(9) Desmoronar, «ir comiendo el río o la humedad la ribera o tapia». Dic. de Autoridades, 1732.

(10) Gómez Iglesias, Montaña..., núm. 25. El texto que interesa está entre las páginas 13-23.

(11) De la Fuente de la Reina procedía, en cambio el agua de otras fuentes de hierro fundido muy cercanas, tales como las situadas en plazuelas como Capuchinas, San Marcial, Celenque y Consejo; dos máquinas elevadoras, situadas en la explanada de la estación provisional (la definitiva del ferrocarril del Norte comenzó a edificarse en 1881), surtían de agua a las mentadas fuentes. G. I., Montaña..., pág. 22.

(12) Se denominan premonstratenses a causa de haberse fundado en Premonte (Francia) el primer convento de la Orden (1120) por S. Norberto. El convento madrileño lo fue

hacia 1611, calle de la Inquisición, manzana 509, número 1. El lugar de su emplazamiento corresponde a la actual plaza de los Mostenses —corrupción vulgar del primitivo nombre—; ocupaba el convento de canónigos regulares premonstratenses el área de la actual mercado.

San Joaquín o los Afligidos debe su fundación a fray Antonio de la Torre (1610), en la plazuela de los Afligidos, manzana 544, número 1. Uno duda entre la denominación de plaza o plazuela al efectuar las oportunas menciones; todavía en la útil lista alfabética acerca de las calles y plazas de Madrid, elaborada por Gonzalo Navarrete (1840) casi todas las plazas —menos la Mayor y de Armas— son denominadas plazuelas. Por más que ello sea antipar los hechos, voy a aclarar este asunto. En febrero de 1865 la Comisión de Estadística considera inadecuada la denominación de plazuelas dado a casi todas las de la capital madrileña, sobre todo para aquellas que tienen una regular extensión, si bien sería ridículo llamar plaza a la de Trujillo, Navalón, San Javier, etc. A consecuencia de ello se propone que se levante las lápidas de plazuelas en las propuestas, sustituyéndolas por otras del tamaño y condiciones análogas a las construidas para la rotulación de calles. El Ayuntamiento mostrase conforme con la comisión y el alcalde, conde de Belascoain, con el Ayuntamiento. La lista, comprensiva de veintinueve plazas, empezaba en San Andrés y finalizaba con la de la Villa; entre ellas figuraban las plazas de Leganitos, San Martín y San Marcial. Plazuelas eran ocho: Rastro, Aduana Vieja, Comendadoras, Barajas, Leña, Morería, Provincia y Santiago.

(13) Molina, Planos. Sobre todo véase en las correspondencias topográficas la número 86.

(14) La inmensa posesión, integrada por la Montaña y Moncloa, había sido adquirida por Carlos IV entre 1792 y 1795; abarcaba desde el Cordón del Pardo unos tres cuartos de legua de longitud y otro tanto de latitud y se deno-

minaba de la Real Florida. La separación entre ambas estaba en la bajada a la llamada Cuesta de Areneros —triumfante y tradicional sobre la de harineros—. La cuestión entera explayada en Montaña, passim.

La hoja núm. 5 del plano parcelario de Ibáñez de Ibero, excelente y minucioso, señala con diáfana claridad, en primer término la Glorieta de la Florida, la Cuesta de Areneros y, arriba, a la derecha, el Cuartel de la Montaña.

(15) Calle Real, es decir, calle pública, opuesta a calle particular.

(16) Era erróneo, según vemos, extender la vigencia del señorío feudal propio del abadengo de San Martín hasta el s. XIX.

(17) Otros detalles en Montaña, págs. 16-18.

(18) El útil manejo de este plano, diestramente ejecutado sobre las láminas de la Planimetría, estriba en la inclusión de datos nuevos, puesto que entre las realizaciones de ambos transeurre medio siglo.

(19) El Palacio del Duque de Osuna fue construido por don Gaspar de Girón, año 1620, en la calle del Duque de Osuna, manzana 557, núm. 3.

(20) San Marcial es el nombre de la memorable batalla sobre el Bidasoa, ocurrida el 31 de agosto de 1813. El cuartel se construyó bajo la dirección de don Manuel Martínez Rodríguez, sobrino de don Ventura. En 1866 hizo célebre en los fastos de la historia política por la célebre sublevación de los sargentos de Artillería.

(21) Para todo este párrafo consúltese el plano de Ibáñez de Ibero, hojas 6 y 10, cuadrículas E-8, E-9. El cuartel está señalado con el número 31.

(22) Antes calle de San Gil. La de José Cañizares se halla dentro en la actualidad de la plaza de España y su nombre ha desaparecido; encontrábase a la parte occidental de tal plaza.

(23) Tal edificio fue, con seguridad, el primero en construirse en el lado oriental de la plaza de España y, desde luego, el único subsistente en la actualidad.

LOS SERENOS, FAROLEROS EN SUS PRIMEROS TIEMPOS

Por María del Carmen SIMON PALMER

DESDE hace varios meses los vigilantes nocturnos se han convertido en tema de actualidad, y casi todos los artículos referentes a sus problemas y aspiraciones suelen contener algunas vagas referencias históricas a sus orígenes y misiones primitivas. El Archivo de Villa conserva abundante documentación para esclarecer estos puntos, de cuya consulta proceden los datos que a continuación confrontaremos con los juicios de algunos vecinos de la capital, que además fueron notables escritores costumbristas.

UN PRIMER ENSAYO

El 21 de noviembre de 1791 su majestad aprobó un proyecto «sobre imposición de serenos», man-

dando que se hiciese la prueba de su utilidad en el barrio de las Monjas de Pinto. El alcalde de aquel distrito acogió favorablemente la orden, pero advirtiendo que sus vecinos no estaban dispuestos a comprometerse abonando una cantidad fija para este fin, lo que al parecer motivó que no se llevara adelante la idea. Tres años más tarde se vuelve nuevamente sobre el tema al ser presentadas varias instancias con distintas soluciones al problema, y, finalmente, se llega a un acuerdo. (Arch. Villa. Secretaría, 1-210-19.)

CREACION DEL CUERPO DE SERENOS

Cuando a finales del siglo XVIII, en 1797, se decide el establecimien-

to del cuerpo de serenos en Madrid, ya hacía años que venía actuando en otras provincias españolas. Los miembros del Ayuntamiento habían señalado desde tiempo atrás su necesidad en numerosos informes remitidos al corregidor de la villa, sobre todo porque «los malhechores tomaban por salvoconducto las noches para cometer insultos de diversas especies».

El motivo fundamental que hacía demorar su puesta en marcha era el tradicional en el municipio madrileño: la falta de fondos para su sostenimiento. La solución se halló aumentando la contribución que desde mediados del siglo XVIII pagaban los vecinos por el alumbrado de las calles, y, lo que es importante, asignando a los serenos la



Madrid. - Un sereno. 1870.



tarea de faroleros, con lo que se reducía el número de mozos del alumbrado, resultando menos graves.

ACTUACION COMO FAROLEROS

El 12 de abril de 1765 su majestad resolvió «liberar al vecindario del cuidado de encender, limpiar y conservar los faroles», creando un director de policía, que se encargó de nombrar los operarios precisos para estas faenas, que a partir de los últimos años del siglo XVIII desempeñarán un 80 por 100 de los serenos. (González Palencia, El alumbrado en Madrid en el siglo XVIII.)

Diariamente se reunían a las diez de la mañana en casa del celador de su cuartel, el cual les entregaba los útiles precisos para la limpieza de los faroles y su encendido. Luego, por la tarde, una hora antes del anochecer, salían con su escalera, aceitera, medida y rodilla a limpiarlos y echar el aceite en las candilejas. El encendido debía coincidir con el toque de oraciones, y si algunas veces se descuidaban, «la culpa era del sacristán».

(Antonio Flores, Ayer, hoy y mañana.)

Hubo períodos en que, aparte de las noches de luna llena, en que no se alumbraban los faroles, el Ayuntamiento se vio obligado a suspender parte de la iluminación, alternando faroles apagados y encendidos, aceras pares e impares o dejando incluso todo a oscuras, como parece ser que sucedió a raíz de la huelga de los mozos faroleros en 1813. Este año, en el mes de marzo, los empleados anunciaron que si no se les abonaba los sueldos atrasados dejarían Madrid sin luz, coincidiendo con un baile de máscaras que se celebraba en palacio, lo que la hacía aún más necesaria, y a pesar de las amenazas del Ayuntamiento de encarcelar al que se atreviera a no cumplir con su obligación, la hicieron, declarándose insolventes a la hora de serles impuestas las multas.

Es indudable el adelanto que supuso la iluminación de las calles al permitir que la vida continuara durante las noches. «Los sabios de la época solían decir: Para que pueda usted saber más que yo en este asunto, es preciso que primero se haya tragado muchas más panillas de aceite que yo, y de entonces viene también lo de quemarse las cejas estudiando.» (Flores, obra citada.)

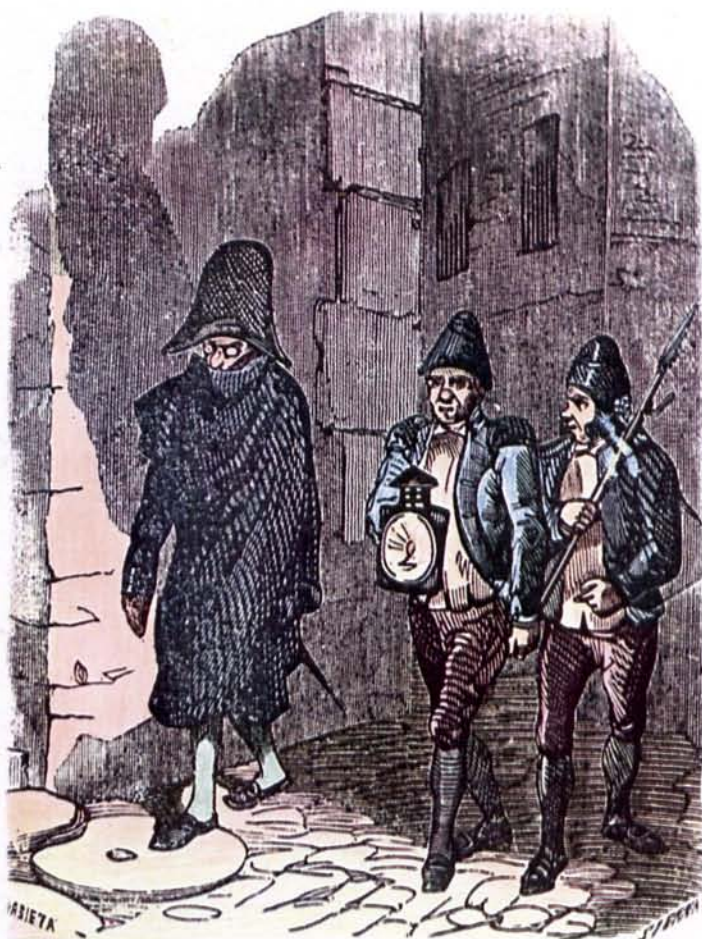
De los pueblos vecinos acudían a la corte para contemplar el espectáculo, y paseaban por la noche «con la cabeza erguida, la boca abierta, el sombrero sobre el cogote, los brazos caídos y las piernas dobladas», llamándoles sobre todo la atención el hecho de que estando tan altos los faroles pudieran encenderse diariamente. Pero, por desgracia, entre los admiradores no tardaron en aparecer algunos gamberros, lo que obligó al alcalde de la villa, don José Manuel de Arjona, a publicar en 1818 un bando, ya que «desde hacía algún tiempo se había notado que personas o malintencionadas o imprudentes rompían con frecuencia los faroles, faltando al debido respeto a las leyes y ordenanzas de policía y originando considerables gastos a la administración» (Arch. Villa, 4-126-13) Si creemos a Antonio Flores, la prohibición no surtió el efecto deseado y «fue preciso pasear por las calles más públicas con los faroles colgados al cuello a dos jóvenes cogidos in fraganti», pero el castigo se olvidó pronto.

INGRESO EN EL CUERPO DE SERENOS

En 1797 se decide la puesta en marcha del nuevo cuerpo, según el reglamento aprobado por el Ayuntamiento, obra de don Esteban Dolz del Castellar, que se había inspirado en el de Valencia. En principio se concedió a dicho señor que, como «cavezón o jefe de serenos», nombrase a las personas que considerase oportunas, pasando este encargo al poco tiempo a los celadores de barrio y haciéndose pronto hereditario en muchos casos.

El novato aprendía al lado de su padre, pasando un noviciado que si no excede al de los monjes benedictinos, lo aventaja en variedad y duración, lo que no es decible. Comenzaba por limpiar los reverberos de las calles que su padre vigilaba, cuidando de que ardieran con poco aceite y de encenderlos puntualmente «para que los cristianos no se desnariguen a encuentros con la lobrete» (Albuérne, El sereno, en Los españoles pintados por sí mismos, t. II).





Madrid. «Ronda nocturna». 1791.

PERSONAS QUE LO INTEGRABAN

Un contemporáneo los retrató así: «Mi héroe se distingue de los otros animales de su especie en lo que la lechuza de los demás pájaros; tiene la garganta enmaderada como la calle angosta de Peligros, el pulmón más duro que pecho de prestamista y entero y verdadero está a prueba de los cuatro elementos; en fin, un hombre murciélago cuya vida constituye un tejido de aventuras, novedades y misterios, con sus atractivos y repulsivos como todas las cosas de tejas abajo y aun de tejas arriba, en donde tampoco faltan azares.» (Albuérne, obra citada.)

Es muy curioso comparar lo que de ellos se espera en el primer reglamento y lo que se dice de su comportamiento unos años después. De aquellos «fieles criados y hombres honrados que en cualquier cosa servirían con amor y fidelidad», ya en 1811 los comisarios de policía señalan que si bien sus faltas «no eran de gran consecuencia», no podían evitarse «mediante la clase de gentes empleadas en el ramo» (Arch. Villa, 1-13-115), y no faltan re-

tratos francamente negativos, en que se les presenta como auténticos sacacuartos sin ninguna clase de escrúpulos. En su defensa hay que hacer notar que tampoco gozaban de mucha protección, cuando en el artículo 10 de las Instrucciones de 1811 tiene que advertirse que «cualquier persona que se exceda a insultar a alguno comete un delito de gravedad», lo que hace pensar que era habitual.

En lo referente a su procedencia geográfica, no hemos hallado documentos, al menos hasta mediado el siglo XIX, que permitan suponer un monopolio del cuerpo por parte de los asturianos; pero, sin embargo, Antonio Flores dice: «A no haber sido por la gloria, que entonces andaba de balde, es posible que los asturianos no se hubiesen prestado a servir las plazas de serenos que más tarde han seguido vinculadas a su raza.»

SUELDO

Don Esteban Dolz, en su reglamento, contaba para mantener este cuerpo con la aportación voluntaria de los inquilinos de cada zona,

pero sabemos que ya en 1800 cada casa abonaba por obligación noventa y seis reales de vellón en oro o plata para la iluminación y serenos de la villa. La resistencia a hacer efectiva tal cantidad fue larga, y en 1813 tiene el Ayuntamiento que publicar un bando amenazando «con privar a los vecinos de tan útil establecimiento» y confiando «en la rectitud, sabiduría y probidad de este gran pueblo que representa, que sin demora contribuirá con una carga que redunde en su provecho» (Arch. Villa, 4-304-27). Los dueños de las casas eran los únicos que suspiraban con amargura al oírles por la noche, «pero esos suspiros no salían de lo íntimo del corazón, sino de lo íntimo de la gabeta. Y la gabeta tenía sus razones para suspirar» (Antonio Flores).

Diariamente se les entregaba tres reales por sus servicios, sueldo corto, pero que se encargaron de aumentar de distintas formas, comenzando por las propinas, que se permiten desde el primer momento: «Si algún vecino les hiciese voluntariamente alguna expresión la podrá recibir» (artículo 13, 1797).

En Los españoles pintados por sí mismos se describen las argucias a que recurrían. Unas veces acompañaban a todos aquellos que salían de las casas de juego tras haber ganado; en caso de que el cliente hubiera tenido mala suerte y no se atreviera a volver a su casa, ellos les prestaban alojamiento, con lo que también salían ganando. «El sereno al formar el presupuesto de sus gastos tiene en la punta de la uña todas las obvenciones que él llama su pie de altar, y yo altar de sus pies e islas adyacentes.» Los contrabandistas procuraban tenerles contentos para poder seguir con sus fechorías, y aparte cobraban el impuesto a los dependientes de las casas, a los inquilinos y a los dueños de ellas «porque unos le necesitaban de guía, otros de capa y muchos de fiscal, y él se prestaba a fiscal, capa y guía de todos.»

Al llegar la Pascua «es cuando el sereno ve el cielo abierto, más claro, coyuntura de hacer la suya: al efecto se esmera en anudar relaciones, notándose entonces que su trato es más agradable, su voz más clara, y que se muestra más servicial con todo el mundo». A la hora de recoger los aguinaldos cuidaba «de ganar por la mano a sus compañeros, visitando a los benéficos

vecinos y dando tales pruebas de su táctica piscatoria que al contemplarla se quedarían viendo visiones los recaudadores de impuestos y los franciscanos más prácticos en la queta».

EQUIPO

El vestuario estaba formado por un capote hecho en paño de Sonseca pardo, con forros de bayeta encarnada. Su realización se sacaba a subasta cada cuatro años, después de haberse reclamado su renovación insistentemente por parte de los celadores, y se otorgaba al sastre que se comprometía a hacerlos según el modelo existente, a un precio más económico. Es curioso observar la propensión existente, al parecer, entre los soldados extranjeros a llevarse de recuerdo estas prendas, y así en 1807 el celador del Abapiés comunica el robo de varios capotes «por los soldados franceses cuando vinieron a la Corte», y en 1813, «al tiempo de retirarse el ejército Inglés varios soldados atropellaron a tres serenos de la calle de Segovia y les quitaron dos capotes» (Arch. Villa, 1-76-19 y 1-13-106).

Las armas defensivas variaron con el tiempo, desapareciendo algunas de ellas, como la espada o sable



de los primeros años. La lanza de tres varas de largo se substituyó pronto por un palo con el chuzo, del que pendía el farol o linterna pequeña y completaban el equipo con un silbato en bronce con las armas de Madrid, que podían utilizar ellos únicamente y en caso de necesitar ayuda de sus compañeros. Chuzo, pito y certificación eran

los distintivos que les acreditaban como serenos de la corte.

TRABAJO

Tras la reunión diaria en un lugar determinado del cuartel, donde se les pasaba lista y cambiaban impresiones, partían hacia sus respectivos destinos, variando la hora según la temporada, «moviendo en la oscuridad los largos chuzos de que pendían tristes linternas, presentando desde lejos la perspectiva de algunas góndolas, iluminadas y medio ocultas entre la bruma del piélago» (Albuerno).

Cuidaban de que las escaleras de las casas, portales y calles estuvieran protegidas. Cuando algún vecino precisaba médico, auxilio espiritual o cualquier cosa, iban a buscarlo, y en caso de incendio avisaban rápidamente la noticia por todo Madrid.

Todas las noches recorrían, rondando, las calles, deteniéndose cada cincuenta pasos para dar la ho-



ra, con expresión de cuartos y medias, y el estado del tiempo. En ocasiones anunciaron los últimos acontecimientos políticos, como en febrero de 1860, en que el grito fue: «Las tres y sereno y se ha tomado Tetuán» (La España, 1860-II-9).

Con frecuencia se dormían, no acordándose de dar la hora, «pero luego aprendieron a cantar sin dejar de dormir y sus faltas solían pecar de sobras, como sucedió una vez con un nuevo vigilante nocturno, que demasiado celoso del cumplimiento de su destino y habiéndole despertado la última campanada de las doce dijo: Ave María Purísima, las doce y casi más, y el cielo azul, y ainda mais un puñadito de estrellas» (Flores).

Las infracciones más frecuentes eran las de calentarse encendiendo hogueras con esteras y «otros combustibles», la afición al vino, que les llevaba en ocasiones a echar abajo las puertas de los establecimientos de bebidas, y el sueño. En

el acto se les suspendía en su puesto y se daba cuenta por el celador al corregidor de la villa para su separación del cuerpo. A veces alegaban en su descargo «que los faroles no estaban encendidos por haber luna», o de haberles encontrado durmiendo según alguno «se hallaba sentado en la puerta con la cabeza reclinada por el gran dolor que tenía en ella y costipado que se hallaba» (Arch. Villa, 1-224-18 y 1-224-20).

No faltaron los expedientes formados por causas graves, como inmoralidad o asesinato incluso, pero fueron muy escasos.

F A M A

Los apuros económicos, a pesar de lo afirmado por Albuérne en Los españoles pintados por sí mismos, fueron grandes y tan sólo se vieron compensados en parte por la fama que pronto adquirieron. Los

forasteros no se dormían hasta que oían varias veces dar la hora, las tertulias suspendían su conversación y el juego para escucharles, y los poetas les dedicaron multitud de coplas, a algunas de las cuales se puso música y alcanzaron popularidad, como la del Tururú, «que después de cantarse en presencia del monarca llegó a ser la canción más popular de la época». He aquí algunas estrofas:

«El sereno de mi barrio
es un grandísimo embustero,
por decir que son las once y cuarto
dice que son las once y lloviendo.
Ave María Purísima,
las once y nublado.»

«Tururú duerme, gachona mía,
tururururú duérmete sin recelo,
tururururú que son las once y cuarto,
tururururú y está raso y sereno.»

Además los fabricantes de abanicos, «acosados por las señoras que les pedían abanicos del sereno», acudieron también a los poetas, y se pusieron de moda unos abanicos en cuyos países había pintados un currutaco y un sereno. De la boca del primero salían estas palabras:

Ya es mucho más de la medianoche,
acompañame sereno.

A lo cual contestaba el sereno con estas otras, que asimismo salían de la boca:

«Señor, yo con gusto le acompañara, pero en el traje de su merced comprendo que el bolsillo de su merced está siempre a la una en punto y sereno.» (Flores.)

Mucho antes, por tanto, de La verbena de la Paloma y de los sainetes de Arniches, el sereno había atraído la curiosidad de literatos y de dibujantes.

La paulatina implantación del alumbrado de gas, a partir de 1832, contribuyó a diferenciar las dos funciones que hasta ese momento les habían estado encomendadas: el alumbrado público y la vigilancia nocturna, y acabó dando origen a dos cuerpos diferentes y de destino muy desigual, ya que mientras el primero ha sido eliminado de las calles por el progreso técnico, los serenitos continúan desempeñando las mismas funciones.

PLAZAS MAYORES Y MENORES DE MADRID

Por Margarita JIMENEZ



Plaza de la Paja.

LA plaza, desde la definición de sitio o lugar a la de espacio dentro de poblado, o la de lugar donde se venden los mantenimientos y se tiene el trato común de los vecinos y comarcanos y donde se celebran las ferias, los mercados y fiestas públicas, como la define el diccionario, nos presenta, ya sin entrar en otras especificaciones, un amplio concepto que toma horizontes insospechados si la ceñimos a la vivencia que en su calidad de

plaza, de núcleo donde se ha desarrollado la población, ha tenido cada momento en la vida del pueblo, de ese pueblo del que es plaza.

Las plazas, a lo largo de la historia, han sido lugares de reunión para defenderse o para manifestar un sentimiento de alegría o de dolor. Las plazas han sido lugares de comunicación del pueblo, que ha desarrollado de forma incipiente el comercio, que alcanza hoy una evolución magnánima, pero que tuvo

su nacimiento en los zocos de las plazas. Son también las plazas —es el concepto que hoy impera— lugar de descanso, de juego para los pequeños, de sosiego para los mayores, sobre todo para los ancianos, que buscan con ilusión la presencia de un rayo de sol cálido en invierno o saben agradecer una tenue sombra cernida bajo la rama de algún árbol en verano.

Pero también las plazas son rincones, bellos rincones, que nacen de



Plaza de Jacinto Benavente.

la simpleza de colocar certeramente una sencilla fuentecilla o un simple farol. Las plazas guardan en muchos casos unos valores artísticos en sus entornos o en sus monumentos que la decoran. Las plazas son también un lugar de belleza que surge sobre una vieja y desgastada estampa o un tradicional recinto que se pierde porque la ciudad avariciosa se lo traga en su propio desarrollo.

Una plaza, cualquier plaza, de cualquier barrio, de cualquier pueblo nos podría contar muchas historias. Guardan silenciosamente, con detalles en muchos casos desconocidos, los hechos más esenciales y también los más simples de ese pueblo, de ese barrio, de esa ciudad a la que sirve, porque las plazas tienen como misión servir al pueblo. Esos recuerdos que las plazas guardan en sí no son ni historia ni tradición porque no los escriben y porque tampoco los cuentan..., pero están realmente impresas en su suelo, en las paredes de los edificios que la circundan, en los tejados de las casas que la rodean. Y es así que cuando se derriba uno de esos edificios que guardan el recuerdo de cuanto fue de aquella plaza, de cuanto sucedió de aquel pueblo, es algo así como si un montón de páginas de la historia y de la vida de un pueblo se perdiera; con la pérdida será aún más difícil tratar de arrancar a la plaza muda y solitaria esas vivencias que ella

tuvo y que guarda con sigilo y avaricia.

Las plazas saben del llanto de un niño que pierde una pelota y de la sonrisa de una pequeña que acuna una muñeca. Una plaza conoce los pasos cansinos de un anciano, pasos que ella antaño conoció primero menudos y saltarines, luego firmes, para hacerse cada vez más cansinos. El suelo de una plaza entiende perfectamente ese ruido seco que supone el dejar caer verticalmente el bastón que el anciano, más que levantar, trata de mantener derecho entre sus manos para que le sirva de apoyo incluso cuando está sentado buscando el sol de invierno o la sombra de verano.

La picaresca, esa picaresca que trata de engañar para conseguir unas monedas o un favor, también es conocida por las plazas. Y estos lugares, que ofrecen públicamente sus bancos como lugar de descanso, bien conocen el lento tejer de unos pequeños chalequitos de niños que las madres han ido tejiendo mientras los pequeños han ido creciendo al amparo de una sombra o de un rayo de sol. Las plazas, bajo esas ramas, bajo una farola o en sus bancos, saben también de amor, de un tímido piropo o de unas manos que se estrechan. Podrían también las plazas examinarse, porque ellas saben muchos textos de literatura, de química, de geografía, de historia —aunque sea una ironía poder enseñar a una plaza historia—,

que hoja a hoja, con pausa o nerviosamente, se fueron ojeando sentados en una plaza.

Tienen un gran conocimiento las plazas y por eso saben de llantos, de sonrisas, de silencios, de diálogos, de discusiones, de intrigas, de paz, de odios, de proyectos, de rencores, de perdón, de... Una plaza es la misma vida porque ha sido escenario del desarrollo de muchas vidas o de un momento o varios momentos de muchas vidas.

PLAZAS DE MADRID

Madrid tiene en la actualidad unas quinientas plazas. Madrid, con seiscientos siete kilómetros cuadrados y tres millones y medio de habitantes, cuenta con quinientas plazas. Todas ellas, todas estas plazas —con su historia particular y con sus lozas, sus farolas, sus fuentes e incluso sus pequeños macizos de plantas o sus amplios jardines—, conocedoras de la historia de esos hombres que día a día desfilan por esa plaza.

Madrid cuenta con plazas que aún pueden hablarnos de aquel pueblo manchego de antaño. Plazas que aún sabrían hablarnos de la reconquista de Alfonso VI, del fuero real impuesto por Alfonso X a Madrid o de la transformación de ciudad militar en civil en tiempo de los Reyes Católicos, hasta que pasara a ser capital del estado por decisión de Felipe II.

Mientras que algunas plazas antiguas ceden su espacio a nuevas ordenaciones, mientras que otras pierden su calidad de plaza para convertirse en glorietas, donde el tráfico la rodea cada día y donde las señales indicadoras hablan de giros o prohibiciones, nacen nuevas plazas, que surgen también como consecuencia de nuevos planes de urbanización. ... Y Madrid, la ciudad superpoblada en el centro, es capaz de encontrar pequeños rincones, espacios suficientes para crear nuevas placitas o sabe el sistema para remozar las que ya existen. Estas plazas nuevas, estas plazas que se mejoran, tienen como el mejor testimonio del agradecimiento del pueblo, la presencia de ese pueblo que en el anciano, en el niño, en la madre con el pequeño busca el lugar estancial donde, en un Madrid congestionado, se puede tomar el sol o disfrutar de un cálido atardecer.

Así nacieron nuevas plazas que mejoraron por completo la fisonomía que antes había en estos pun-



Plaza del Alamillo.

tos. Me refiero a la plaza de El Carmen, que abolió una fea estampa de antiguo mercado en el mismo centro de la ciudad y que ofrece un estacionamiento en su interior. Una remodelación de sector introdujo en el callejero madrileño la plaza de Luna-Tudescos. Los madrileños no se hicieron esperar para ocupar continuamente la pequeña placita que surgía. San Ildefonso también fue una placita recoleta que surgía de unas obras de remodelación y que hacía desaparecer una vieja estampa de un antiguo mercado.

Se han mejorado plazas madrileñas como la de Callao, la de España, la de Benavente. En el empeño de salvar las plazas, de dejarlas sólo para el peatón, el tráfico se ha desviado por pasos inferiores para que circule bajo la calzada peatonal, como en la Plaza Mayor o la de Benavente.

En ese intento de obtener nuevos espacios estanciales, nuevos rincones recoletos, la Gerencia Municipa-

pal de Urbanismo ha proyectado tres pequeñas placitas en una misma calle: Mesón de Paredes. A los pies mismos de una plaza castiza, la de Lavapiés. Plazas que nos harán recordar un escenario madrileño, como hace años fue La Corrala, o perpetuará el recuerdo de la antigua Maternidad.

A veces las plazas surgieron gracias al tesón de las comunidades de vecinos. Es el caso de las que disfrutaban los vecinos de la colonia Velázquez, en Carabanchel. Plazas que recuerdan obras del pintor sevillano: «Las hilanderas», «La rendición de Breda», «Las meninas».

Madrid cuenta en esas quinientas plazas con múltiples rincones de belleza, donde simplemente la sombra de un árbol puede dar un carácter singular a un rincón.

No tienen todas las plazas el mismo público y no es la «vida» de cada plaza igual durante las distintas horas del día. No es el mismo el uso que del escenario de una plaza hace el público un día laborable

o un día de fiesta, ni tampoco igual un simple domingo o un día de Reyes, donde cada niño quiere llevar a pasear a su juguete. Tampoco es igual la vida en esa plaza en las distintas horas del día o en las distintas estaciones del año.

En las plazas influyen y las plazas influyen en el núcleo poblacional que les rodea, y es distinta su misión en calidad de jardín, de zona de juego, de espacio estancial o de lugar de reunión al prestar su servicio.

PLAZAS MAYORES DE MADRID

En el siglo XV Madrid contaba con un espacio irregular que se denominaba plaza del Arrabal. Era un lugar de compraventa; fue un lugar de diversión con fiestas populares y de la corte, se convirtió en un escenario de justicia; también supo del dolor de las llamas y es hoy un lugar estancial. Esta es la Plaza Mayor de Madrid. Es algo así



Plaza de San Ildefonso.

como hablar de ese primitivo corazón que empezó a latir en la capital de España y que hoy se ha hecho tan grande como para que su pálpito pueda cobijar a tres millones y medio de habitantes.

Pero a los 68,42 kilómetros cuadrados de superficie de Madrid y al millón y pico de habitantes que tenía en 1948 se empiezan a sumar los pueblos anexionados, hasta que Madrid, por obra y gracia de estas anexiones, se convierte en un territorio de 607,09 kilómetros cuadrados, y pasa de 1.237.621 habitantes a 1.567.850. Madrid, entre los años 1948 y 1954, ha anexionado trece pueblos, 538,67 kilómetros cuadrados y 330.229 habitantes.

Cada uno de estos pueblos contaba con una Plaza Mayor, y contaba también con pequeñas plazas, con rincones recoletos que nunca faltaron en los lugares de Castilla. Cada Plaza Mayor traía escrita en su suelo, en las fachadas de sus casas, esa historia del pueblo anexionado, del pueblo que había crecido

y que poco a poco se había fundido con Madrid, del pueblo que perdía su carácter provinciano para fundirse con Madrid y su destino de capitalidad. Cada una de estas plazas sabía también de fiestas, de corridas de toros, de paseo de jóvenes, de juegos de pequeños, de zoco en sus soportales o en sus aceras, de fiestas y de justicia.

Hay que conocer esas Plazas Mayores de Madrid, porque la capital de España, ya sólo con el carácter de Plaza Mayor, cuenta con catorce hojas de historia que no se pueden olvidar.

... Y es muy especial la calidad de esos pueblos anexionados que se asomaron a su destino de capitalidad, unos con más timidez y otros con mayor decisión. Pueblos que tenían ya su tradición y que la conservan, pueblos a los que el destino se abría para ofrecerles un paso más en ese caminar por la historia. Pueblos que vieron tomaban un carácter industrial rápidamente o adquirirían fisonomía residencial.

De esta forma Madrid en 1948 ganaba tres nuevas Plazas Mayores. La de Duque de Pastrana, de Chamarín de la Rosa, hoy convertida en una glorieta que invade la circulación que se dirige hacia la carretera de Burgos; plaza de la Emperatriz, en Carabanchel Alto, aquella que dice sirvió a Goya para su obra del toro del aguadiente, y plaza de Carabanchel, en Carabanchel Bajo.

Dos años más tarde, en 1950, incorporaba Madrid a su capitalidad cinco nuevos pueblos y cinco nuevas Plazas Mayores: la de Patricio Agudo, en Canillejas, hoy totalmente absorbida por la población que allí se desarrolla; la de Mora de Rubielos, en Canillejas, que conserva aún el recuerdo del antiguo pueblo; la de Hermanos Falcón, de Hortaleza, con una estampa verdadera de Plaza Mayor, con soportales; plaza de la Goleta, en Barajas, también con soportales y con un carácter, de la que es imposible discutirle o dudar de su soberanía de Plaza Mayor, y plaza de Sierra de Gador, al pie del antiguo Ayuntamiento de Vallecas.

En 1951 Madrid anexionaba otros cuatro pueblos, y con ellos esa página de historia de su Plaza Mayor: Vicálvaro, con la plaza Virgen de la Antigua, allí entre la encrucijada de una difícil ordenación urbanística; Fuencarral, con la plaza de Islas Azores, a los pies mismos de lo que entonces era carretera de Irún; El Pardo, con la plaza del Caudillo, de la que se conserva muy poco en la actualidad; Aravaca, con la plaza Corona Boreal, que los nativos conocen como Aurora Boreal, y que ha pasado por múltiples vicisitudes de ordenación, siendo testimonio de su existencia sólo una farola hasta que se lleve a cabo la ordenación proyectada. Por último, en el año 1954 Madrid anexionaba otro pueblo, el de Villaverde, y con ello incorporaba su Plaza Mayor.

Por M. J.



PLAZA MAYOR DE MADRID

De cómo se determinó el tamaño que había de tener

Por FRANCISCO LOPEZ IZQUIERDO

EN tiempos de Juan II de Castilla se salió Madrid del recinto amurallado, formándose un arrabal fuera de la Cava de San Miguel, en dirección a Santa Cruz y San Martín.

Por sucesivas y anárquicas construcciones fue surgiendo cerca de la Cava una plaza que, con el tiempo, sustituiría, como centro de la población, a la de la villa o de San Salvador, la más importante de Ma-

drid en tanto no existió la del Arrabal, denominada Plaza Mayor, según he podido ver en los documentos de su archivo, nombre que le daba también Luis Cabrera de Córdoba en sus *Relaciones...*, al referirse a una

fiesta de toros celebrada en dicho lugar en el mes de marzo de 1609.

Esa plaza, pues, situada en el arrabal, fue formándose porque sí, sin orientación alguna y, desde luego, con absoluta ausencia del planificado urbanismo al concepto moderno. Como consecuencia, su forma era irregular. Y su utilidad, como mercado y escenario para celebrar en ella toda suerte de actos públicos y fiestas, entre las que se contaban las corridas de toros y juegos de cañas.

En los últimos años del reinado de Felipe II se levantaron planos y se arbitraron recursos con objeto de que su trazado adquiriera cierta regularidad. Pero no debieron llegar las obras a más que parciales, si es que se iniciaron, toda vez que en el reinado siguiente se hizo necesario derribarla por encontrarse las casas en estado ruinoso y no ser adecuada su forma y caserío ni suficiente su tamaño para dar en ella toros y cañas.

En ese estado se hallaba la plaza en el año 1617, cuando se celebró en su vetusto recinto la última temporada de toros.

* * *

He de hacer constar que cuantos datos y textos exprese aquí están siendo recogidos por mí en el archivo de la villa para la composición de una obra en dos tomos que reflejará la historia de todas y cada una de las corridas verificadas en su recinto a lo largo de doscientos veintisiete años; esto es, desde 1619, en que se inauguró, hasta 1846, en que se dieron las postreras corridas reales con motivo de las bodas de Isabel II.

En la sesión del Ayuntamiento madrileño del miércoles 16 de abril de 1617 «el Sr. Pedro de Guzmán dijo que el Sr. D. Alonso de Ocampo, su yerno, le ha dicho que don Antonio del Castillo, vecino de Salamanca, le ha escrito que tiene más de cien toros, y que dará a esta Villa los que hubiere menester para las fiestas que ha de haber este año, los cuales dará a contento y satisfacción desta Villa... Y oído por la Villa y tratado sobre ello se acordó que de parte della se escriba hoy... una carta al dicho D. Antonio del Castillo diciéndole que si quiere traer hasta cuarenta toros que sean buenos y a satisfacción desta Villa

que sean de sobre cinco años y los traiga y ponga en ella para ocho del mes de junio deste año y que se correrán los diez y ocho que de ellos se escogieren para la fiesta de San Juan, y si fueren de satisfacción se tomarán los que fueren menester para la fiesta de Santa Ana siguiente, advirtiéndole que se le ha de pagar a razón de mil de compra y los mil y quinientos de cabestraje, sin darle otra cosa alguna ni salarios a los vaqueros.»

El lunes 12 de junio ya estaban a disposición del Ayuntamiento estos toros de Salamanca, por cuanto «acordóse que los Sres. Comisarios de toros hagan diligencias para buscar pastos para los toros que han venido de Salamanca de orden de esta Villa para las fiestas de San Juan y Santa Ana deste año.»

Debo aclarar en honor de quienes no lo sepan, que Madrid, al igual que otras villas y ciudades de España, corría toros una o varias veces al año a sus santos patronos por voto particular, y que Madrid tenía votado correrlos a San Juan y a Santa Ana. Pocos años adelante, cuando San Isidro fue beatificado y canonizado, el Ayuntamiento uniría aquellos votos a los de su patrón. Y por esta causa serían tres las fiestas votivas.

Celebrada la corrida de toros por San Juan el lunes 26 de junio, restaba al Ayuntamiento de aquel año de 1617 acordar lo que se había de hacer en la fiesta siguiente de Santa Ana, únicas corridas que en tal año disfrutaron los madrileños en la plaza del Arrabal.

El viernes 7 de julio se votó sobre la cantidad de toros que de cada ganadero habían de correrse, habiendo, como siempre sucede en estos casos, diversas y encontradas opiniones.

La pauta la daba de antemano el rey, pues en el caso de no hallarse en la fiesta su deseo era se hiciesen dos toriles; que de los toros de Salamanca, resto de los lidiados en la corrida anterior, se tomaron ocho; de Aranjuez, esto es, de la vacada real, seis, y de don Rodrigo de Cárdenas Zapata, otros seis. Y que de hallarse el rey en la plaza se tomasen nueve de Aranjuez y nueve de Salamanca.

El hacer dos toriles en la plaza tiene su explicación, pues lidiándose en aquellas fiestas reses de diversos ganaderos, en un toril se en-

cerraban los astados de la divisa real y en el otro los de los demás.

Por fin, en el Ayuntamiento de miércoles de 19 de julio, y visto un auto del Consejo, se acordó tomar para la fiesta de Santa Ana «veinte toros, cinco de S. M., cinco de don Rodrigo de Cárdenas y cinco de Salamanca y cinco del dicho D. Francisco de Meneses...» Este Meneses era regidor y ganadero de Talavera, y se determinó hacer cuatro toriles.

En la sesión del viernes 28 del mismo mes dio cuenta el corregidor cómo la mañana anterior se había hundido «la bóveda de la capilla mayor nueva que se hacía en la iglesia de San Miguel donde sucedió que murieron cuatro hombres...»

Traigo a colación este hundimiento por cuanto influyó en el ánimo del presidente del Consejo de Castilla, arzobispo de Burgos, don Fernando de Acevedo, para pensar en la urgencia de derribar la vieja, la vetustísima plaza Mayor o del Arrabal.

En la fiesta por Santa Ana de jueves 27 de julio de 1617 fue la última vez que en la vieja plaza del Arrabal se correrían toros, pues en la sesión del Consejo de miércoles 13 de septiembre, atendiendo a un auto del Consejo de Castilla, se mandaba labrar la plaza Mayor conforme a la traza y planta hecha por Juan Gómez de Mora.

Confiesa en sus memorias don Fernando de Acevedo que un mes de ausencia por parte del rey «a la vuelta vio la plaza sin casas, sino de tablas para hacer un juego de toros y cañas que sirviese para hacer modelo del tamaño que había de quedar.»

Efectivamente, una vez derribada la plaza, los comisarios regidores del Ayuntamiento se ocuparon de organizar una fiesta de toros y cañas. Los toros, pues, y también el juego de cañas sirvieron como vara de medir para determinar el tamaño que la actual plaza Mayor había de tener. Como, una vez celebrada la fiesta, se vio que resultaba pequeña, pues aparte de estar destinada a mercado, su principal uso había de ser como escenario de corridas de toros, juegos de cañas y otras fiestas, hubo de tomarse mayor espacio.

Los poquísimos historiadores que han prestado atención a la historia de la plaza Mayor, y especialmente a su historia taurina, no dan o la

dan equivocada, la fecha de celebración de esta corrida, que tal trascendencia tuvo para fijar el tamaño definitivo de la plaza. Gracias a los documentos y a los Libros de Acuerdos que se conservan en el archivo de la villa, puedo decir que aquella fiesta de toros y cañas, única corrida celebrada como de transición entre la desaparecida del Arrabal y la que inmediatamente se construiría, se verificó el lunes 4 de diciembre de aquel año de 1617.

En el Ayuntamiento de jueves 16 de noviembre consta que «El Sr. D. Pedro de Guzmán, Corregidor, dijo que S. S. Ilma. del Sr. Arzobispo de Burgos, Presidente de Castilla, le envió a llamar esta mañana y le dijo como S. M. era servido de que para ver que si la plaza queda pequeña o grande o si convendría alargar más se hagan unas fiestas de toros y juego de cañas... y que esta fiesta se haga el lunes veinte y siete deste mes...»

Pero como se verá no se pudo hacer la fiesta en esa fecha.

Se previnieron dieciséis toros de don Rodrigo de Cárdenas, y en la sesión de miércoles 6 de diciembre se trata de las tasaciones de las casas derribadas de la plaza, y se acordó «se le libren los mil y setecientos reales en que Gaspar Ordóñez ha tasado los atajos, mangas y toril que se hizo para el encierro de los toros que se corrieron el lunes pasado cuatro de este mes.»

Por tanto, aquella corrida no se celebró en la fecha dada por el historiador del toreo marqués de Piedras Albas, sino el lunes 4 de diciembre de 1617.

Viene a confirmar esta fecha y el objeto principal de la celebración de aquella fiesta de toros y cañas el hallazgo de un libro manuscrito, encuadernado en pergamino, que precisamente el mismo día que redactó estas líneas he copiado y que durante muchos años ha estado en el archivo escondido a los ojos curiosos del investigador. Se titula *Libro de noticias particulares, así de nacimientos de príncipes como de muertes, entradas de reyes y otros*; tiene la signatura 4-122-15, 125 folios y recoge noticias desde 1598 a 1661.

En el argen del folio 81 v. se lee:

«Lunes dos de actubre de 1617 se empezó a derribar la Plaza vieja para hacer la nueva. Fue comisario el Sr. Pedro de Tapia, siendo presidente D. Fernando de Avecedo, arzobispo de Burgos.»

Y a continuación:

«Toros y cañas para probar la Plaza.

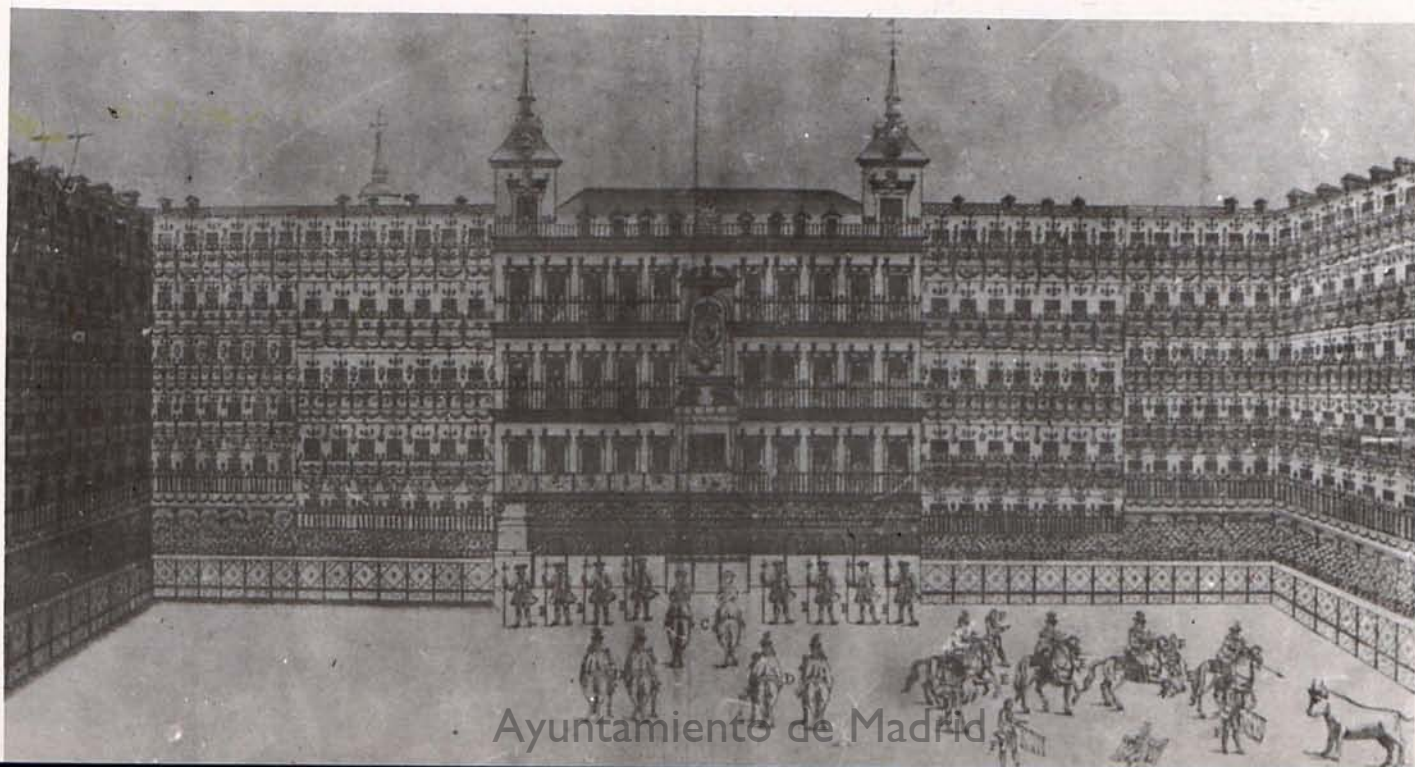
Lunes 4 de diciembre de 1617 corrieron toros y cañas estando S. M. en la Plaza con sus hijos y fue muestra para ver el ancho de la Plaza, y hicieron contrahechos de maderas.»

A estos «contrahechos de madera» se refiere el auto del Consejo de Castilla de 20 de noviembre, en que todavía se pensaba en que la fiesta se diera el lunes 27 de igual mes. Dice así:

«...regidores de la dicha Villa y comisarios para labrar la dicha Plaza y para labrar los tablados y ventanas para la fiesta que en ella se ha de hacer de toros y juego de cañas el lunes veinte y siete deste

mes. Dijeron que para que S. M. pueda ver del ancho y largo que ha de quedar la dicha Plaza y si es necesario ensanchar o alargarla más, conviene que las ventanas y tablados que han de hacer se arrimen a las paredes de las casas derribadas y para que se cumpla, mandaron que los dichos tableros y ventanas se hagan por la parte que nuevamente se ha señalado y se arrimen a lo cortado de las dichas casas y por las paredes dellas, asegurándolas primero, se abran las puertas y ventanas que fuere menester, y para ello los alarifes que están señalados para asistir en la dicha Plaza allanen las dichas casas y se nombre a los maestros y oficiales a cuyo cargo están las dichas ventanas y tablados continúen la dicha obra sin alzar mano della puntual y seguramente, conforme a la orden que les diere por los dichos Gaspar Ordóñez y Gregorio de Burgos, alarifes y veedores de la dicha obra...»

Derribada la plaza en su contorno, era lógico que, si se deseaba organizar aquel espectáculo de toros y cañas, fuese necesario hacer no sólo los tablados —tendidos— que se erigían normalmente, sino unas a modo de fachada a sus espaldas, y con ventanas para poder presenciarlo. Y eso es lo que se hizo en su solar al objeto de poder comprobar si la futura plaza Mayor de Madrid, que al fin resultaría grandiosa, era capaz para contener en cada fiesta cincuenta mil espectadores, como indican algunos autores, y su arena suficiente para que los caballos corriesen ante los toros.



Ayuntamiento de Madrid

Una mariposa para Isabel II de España

Por Miguel R. GOMEZ BUSTILLO y Fidel FERNANDEZ RUBIO

La publicación en esta revista de un trabajo de los propios autores sobre las mariposas de la Casa de Campo ha causado una grata impresión entre nuestros lectores. Alguno se ha interesado por la vida y milagros de una mariposa dedicada a la madrileñísima reina Isabel II. En este artículo, Gómez Bustillo y Fernández Rubio cuentan la historia-anécdota de la mariposa más bella de Europa.

”ERASE una vez una bella mariposa que tenía nombre de reina...” El siglo XIX español, pródigo en acontecimientos tristes, tiene también momentos de esplendor. España, semidesconocida entomológicamente en el resto de Europa, recibía la inyección reactivadora de la oficialidad francesa, que como fuerza de ocupación napoleónica, tenía aún tiempo para estudiar y quedar prendada de la flora, la fauna y la gea del país. Al volver Fernando VII del exilio, los científicos franceses, mejores conocedores ya de la península ibérica, continuaron visitando el país como civiles. Y con el intercambio de ideas y apertura hacia Europa, la Entomología, entre otras ciencias, comienza a desesperarse.

El 10 de octubre de 1830 había nacido la futura y castiza reina Isabel II de España, que a los tres años veía desaparecer al rey, su padre, quedando al amparo de la derogada Ley Sálica. Regencia de su alteza María



Acercándose a Navacerrada se perfila al fondo la sierra de Guadarrama, habitat de "G. isabetae".

Cristina, primera guerra carlista, regencia de Espartero, tutela de Argüelles, golpe de Estado de Narváez, motines en sucesión... Isabel II se casaba a los dieciséis años con su primo Francisco de Asís y, a pesar de su simpatía, bondad y llaneza, tiene que encajar en 1852 el atentado del cura Merino, en las propias galerías de su palacio. La reacción popular la reafirma en el trono.

Y aquí comienza la anécdota, la pequeña historia que constituye uno de los más hermosos capítulos de las nacientes ciencias naturales españolas decimonónicas, con Madrid y su sierra del Guadarrama como escenario.

Un médico de la corte, don Mariano de la Paz Graells, catedrático del Real Gabinete de Madrid y entomólogo entusiasta, llevaba varios años dedicado a la búsqueda de la que iba a ser catalogada como la más bella mariposa de Europa: «Miss Europa 1849», como los autores la han denominado en un artículo anterior publicado en LA VILLA DE MADRID. Solo o acompañado por otros naturalistas de la época, ha buscado afanosamente a la sombra de los pinares serranos lo que parece un sueño imposible. Una mariposa asiática, americana, exótica a todas luces, cuyas alas esmeralda habían sido encontradas a lo largo de los años anteriores en algunos lugares de la sierra. Al fin tiene éxito en su tarea y captura un ejemplar hembra, comprendiendo que se encuentra ante una de las más extraordinarias mariposas del mundo, estilizada, azul-verdosa, con estrías marrones y adornada con ocelos y hermosas colas posteriores.

El descubrimiento se publica en París en 1849, en un trabajo mitad en francés y mitad en latín. El nombre científico escogido no da lugar a dudas: *Graëllsia isabae* GRAELLS. No es hasta 1852 que se publica por vez primera en España la descripción de este hermoso insecto en las Memorias de la Real Academia de Ciencias de Madrid, con la siguiente dedicatoria: «Al Augusto nombre de S. M. Doña Isabel, dedico esta magnífica *Saturnia*, único representante en España de la Sección a que pertenecen las Diana, Luna, Selene, Isis y otras divinidades menos positivas que la nuestra.»

Y «se dice...» que la reina, la popular Isabel II, se presentó en un baile de palacio adornando sus joyas con un ejemplar de la nueva mariposa, a modo de flor.

La sierra de Guadarrama, tanto en su vertiente madrileña como en la abulense y segoviana, era el *habitat* de la nueva mariposa. Sobre España se inclinan los entomólogos extranjeros, asombrados, desesperados, incrédulos y nerviosos. Pasan los años, el general O'Donnell se subleva, el mando sigue pasando de unos a otros, sigue la guerra de Chile y Perú, la Casa de Saboya causa problemas al reino, el general Serrano se pone de acuerdo con el general Prim y en 1870, triunfante la revolución, Isabel abdica en su hijo Alfonso XII, abandona su patria y marcha a París, donde vivirá hasta su muerte. Se va acercando 1871, año en que se funda la Real Sociedad Española de Historia Natural, que acaba de celebrar —con la participación de los autores de este trabajo— su primer centenario...

Es muy probable que la ex soberana, desde su retiro forzoso de la Ciudad Luz, no siguiera de cerca la batalla de «su mariposa». En efecto, a lo largo de treinta años se sucedieron los ataques sobre la mariposa más preciada ya de todo el continente europeo y, sin duda, una de las más bellas del mundo. Se ha hablado en todos los idiomas de misterio, leyenda, falsedad, superchería, trampa, engaño, regalo del Creador... Pero el *Pinus silvestris* L se guía ahí, como la planta nutricia de su oruga, abundante, fresco y rumoroso en la temporada estival de las sierras que rodean a Madrid. Con el tiempo se encontraría esta mariposa en otras zonas españolas, siempre por encima de los 800-900 metros de altitud y volando a la hora crepuscular, entre mayo y junio, acudiendo presurosa y fugaz a las luces, y completando su ciclo biológico al vivir muy pocos días y no alimentarse nada más que a costa de sus reservas.

Miles y miles de ejemplares fueron enviados a todo el mundo durante cien años. A partir de 1950 casi había llegado a extinguirse en sus localidades típicas, batidas con modernos productos insecticidas, destinados en principio a eliminar las colonias gregarias de su pariente lejana, la vulgar «procesionaria», que ha desfo-

Capullo de "*G. isabae*" cubierto de acículas, recién desenterrado, debajo de los pinos, donde ha permanecido todo el invierno.



Corte artificial del capullo para mostrar cómo la crisálida de la "*Graëllsia*" inverna en plena metamorfosis hasta abril-mayo.





Un macho de "*G. isabelae*" recién nacido; termina de estirar sus alas y se prepara, acercándose al crepúsculo, a volar. Sus antenas plumosas le ayudarán a encontrar una hembra, inclusive a muchos kilómetros de distancia.

liado y continúa destruyendo tantos pinos españoles. Pero por fortuna la *Graellsia* ha vuelto a reaparecer, poco a poco ha ratificado su presencia aquí y allá, incluyendo Cataluña, Albarracín, Cuenca y sierras de Cazorla y Segura. Este hermoso heterócero o mariposa nocturna o crepuscular, considerado como *Saturnidae* al descubrirse y luego encuadrado en la familia *Sysphingidae*, ha llegado a tener precios casi de joya mineral, y las últimas cotizaciones aparecidas en la prensa especializada alemana e inglesa sitúan la pareja de ejemplares entre las 2.000 y 2.500 pesetas, lo que prueba que los pinares del Guadarrama y de otras regiones españolas guardan aún pequeños tesoros ocultos entre sus aromáticas ramas.

Y para terminar, pasando por alto docenas de frases laudatorias sobre nuestra *Graellsia isabelae* (que de-

biera formar parte inclusive del escudo de la villa de Madrid, junto al oso y al madroño), olvidándonos una vez más de los que la llamaron «el más hermoso lepidóptero que caracteriza a la fauna española» (Graells, 1852), o «la más bella conquista de la Entomología europea en los últimos cien años» (Milliere, 1889), ce-rrremos este trabajo transcribiendo lo que de la misma escribió en 1943 el que fuera profesor-ingeniero de Montes don Gonzalo Ceballos, respetado y añorado gran director del Instituto Español de Entomología hasta su inesperada muerte:

«... Una de las especies de insectos más hermosas, más interesantes y más representativas de nuestra maravillosa fauna entomológica..., tanto por su belleza, que a todos atrae, como por lo extraño de su forma y coloración, que hacen de ella un insecto inolvidable.»

UN IDILIO EN LA CALLE DEL CODO

Por Antonio DIAZ-CANABATE

PUES señor, aunque nadie lo crea, hubo un tiempo en el que estaba feo que los novios se besaran en la calle, en el que no se podía confundir a un hombre con una mujer o a una mujer con un hombre, porque las mujeres llevaban faldas y los hombres pantalones; en el que los novios no estaban abrazados todo el rato, no como manifestación de cariño, sino como si estuvieran pegados con un sindeticón especial y no pudieran apartarse aunque quisieran; tiempo en el que los novios se veían y se deseaban para hablar a solas o con la menor cantidad posible de testigos. ¿Dónde encontrar lugares recónditos? No era fácil. Había casi casi que irse al campo. ¡Irse al campo! ¡Menudo problema para los madrileños de hace unos años! Y en el campo tampoco se resolvía la cuestión.

Quedaban los cines. Los cines no estaban mal. Hay que reconocerlo, pero téngase en cuenta que costaban dinero y que los novios suelen ser jóvenes y que el nivel de vida estaba muy bajo y que de la sociedad de consumo ni hablar y por consecuencia de eso de gastarse unos reales, así como así, no entraba en los cálculos de unos presupuestos reducidos de suyo, como tampoco el refugio de las vicarias de los cafés, algo más asequibles que los cines, pero que también era preciso

rascarse el bolsillo para estar muy juntos y con las caras pegadas para hacer labor de ganchillo con las narices y hacerse la ilusión de que un roce de labios tenía cierta semejanza con un beso.

El Retiro y el Parque del Oeste tampoco servían para el caso. Apenas si se encontraba un banco con garantías de aislamiento y si se encontraba había que estar con cien ojos por si de improviso se presentaba un guarda. Labor ingrata la de estos guardas que se ganaban el pan chafando los arrebatos pasionales de los enamorados. A estos guardas les llamaba una redicha novia de aquellos tiempos los verdugos de los besos.

¡Lo que hemos avanzado en este terreno y en poquito de tiempo! ¿Qué es hoy un beso? Pues nada. Un saludo. —Hola, ¿cómo estás, Pepe? —Muy bien y tú, Maruja. Y paf paf, un beso en cada mejilla, a veces sonoros, a veces a la chita callando. De estos besos sería yo verdugo entusiasta, porque creo que son ridículos y afectados y traídos por los pelos de extranjis: por el dichoso cine.

Los futuros historiadores de Madrid tendrán que dividir su trabajo en dos mitades: Madrid antes del cine y después del cine. ¡Qué mala suerte hemos tenido los



madrileños que nacimos poco antes del cine, que ha sido el gran revolucionario de estos tiempos!

Entre lo mucho que el cine ha transformado radicalmente se encuentra el beso. Antes del cine el beso era muy serio.

Anticipémonos al cine. Pongámonos cursis, que es lo suyo. Un beso era el sello del amor. Y la mujer no se prestaba a que le pegaran el sello a las primeras de cambio. Se resistía, bien con habilidad, bien con firmeza. El beso con esta oposición se crecía y cuando se lograba, ¡aquello era el acabóse! Llega el cine y en cuanto en la pantalla aparecían unos novios ya se estaban besa que te besa más que aprisa. Estos besos pertenecían a dos clases: los facilones, que eran besitos de nada que se prodigaban en un dos por tres, parecidos a los de ahora que se emplean como saludo, y los que perdurarán como clásicos de cine, de larga duración y tan pegajosos como si los labios fueran de miel y no de carne. Besos ansiosos y fogosos que esta-

llaban en la sala como una bomba silenciosa. El cuchicheo amoroso cesaba.

Voy a presentar a un madrileño que si vive tendrá más de ochenta años. Se trata de un madrileño de los que antes se decía de ellos que eran fetén. Fetén es un vocablo perfectamente académico que el diccionario define como la verdad. Y la verdad era que este madrileño, de nombre Julián, se tenía por la esencia de lo matritense y además lo exageraba bastante. Declaro que a esta clase de mis paisanos la encuentro un sí no es reventante. Ahora abundan muchísimo menos gracias a Dios. Presumían de la flor de lo castizo. Lo castizo por fortuna ha dejado de existir. Julián parecía que estaba siempre representando a su tocayo el cajista de "La verbena de la Paloma". Hablaba muy despacio, recalcando las palabras y dándoles un tonillo sentencioso que dicen ser el acento de los Madriles.

Allá por los años del veintitantos estudiaba perito mercantil. Se echó una novia, bordadora de lo fino. En el café de Platerías, aquel que estuvo en la calle Mayor con salida a la plaza de Herradores, tenía Julián su tertulia nocturna.

—Te he visto la otra tarde muy tostado y acaramelado con una chavala. ¿Es tu novia? —le preguntó un contertulio.

—Según y cómo. Es una novia, pero no para casarme, sino para pasar el rato solamente.

—Ten cuidado. Esas son las peligrosas. Las que se cuelean sin sentir y cuando te das cuenta estás en la vicaría tomándote los dichos.

—Eso va en temperamentos. Yo con las mujeres no me cuelo, porque las mujeres son como el vino. A mí me gusta beber, el chateo, pero sin emborracharme. Sé beberme la penúltima en el momento justo y no traspaso la raya ni con las chavalas ni con el morapio, porque yo disgustos no, ni dulcificados con besos ni engañosos con alcohol.

—¡Caray! Pues no eres tú nadie. Eso no lo hizo ni Napoleón Bonaparte, que mandaba a reyes y emperadores y no pudo hacer carrera de su mujer, la Josefina, que le hacía cara a cualquier tenientillo de buen ver y Napoleón se hacía el longuis pa no tener que dejarla.

—Pues a mí me suelen durar de cuatro a cinco meses. Por lo general me echo una pa el invierno y otra pa el verano. A veces las del invierno me duran menos que las del verano. ¿Sabéis por qué? Porque en el invierno hay menos ocasiones de conocerlas las intenciones...

—¿Qué intenciones?

—Cuáles van a ser, las del casorio. Yo pa esto de ver venir a una mujer soy un águila, aunque me esté mal el decirlo. Adivino al momento si una chavala me va a dar la monserga o lo va a tomar con calma. Lo primero de todo la pregunto que de dónde es. Si me contesta que madrileña me animo. Las madrileñas son más pacienzudas que las forasteras, como si éstas quisieran casarse para asegurarse en Madrid. Luego hablo de que mi carrera de perito mercantil es tan difícil que se necesitan cinco o seis años para terminarla y así, poco a poco, voy trampeándola y como me cerciore que es de las que aprietan los tornillos doy media vuelta y si te he visto no me acuerdo.

—¿Y por qué en el invierno hay menos ocasiones de conocerlas el aire?



—Porque no puedes explayarte a solas con tanta facilidad como en el verano.

—¿Tú a que llamas explayarte?

—Hombre, no lo tomes por la tremenda. No llego a eso. Me contento con un magreillo y a ser posible unos besitos y a lo más que llego es a un besazo. Ir más allá es exponerte a la borrachera. La chavala con la que me has visto ya verías que es un bombón y como no me falle un sitio que he descubierto me la voy a comer a besos.

—¿En un cine?

—¡Quita de ahí! En la santa calle, que es de todos y del Ayuntamiento. No preguntarme qué calle, porque no lo diré pa que no corra la voz y se chafe la soledad.

Y no lo dijo. Era la calle del Codo. Usted, lector, ¿sabe dónde está la calle del Codo? Es muy probable que no. Poca gente la conoce. Es una callejuela muy corta que va de la plaza de la Villa a la del Conde de Miranda, rodeando la torre de los Lujanes. A su final, en la plaza del conde de Miranda, se halla la iglesia y el convento de las Carboneras. Estas Carboneras son monjas descalzas de la orden de San Jerónimo y el monasterio se llama del Corpus Christi. El nombre de la calle es muy propio. Forma un codo aproximadamente a su mitad.

Por la calle del Codo pasó casualmente Julián. Y se dijo: "¡Vaya una callecita para engatusar chavalas!" Llevaba algún tiempo sin novia, pero ya tenía entre ojos a una chalequera que frecuentaba el baile de la Costanilla de San Pedro, aquel baile que pudiéramos decir que fue el más aristocrático de los populares. Desde luego, de allí salieron y allí terminaron los grandes bailones de la villa y corte. Luego le dicen a uno que es un llorón del ayer. ¿A quién no se le saltan las lágrimas al recordar los grandes bailones de la villa y

corte? No es momento de soltar el trapo de las añoranzas, entre otras razones porque ni Julián ni la Anita, que así se llamaba la chalequera, lo fueron.

No se crea que en el baile de la Costanilla de San Pedro era coser y cantar echarse una novia. En aquel amplio local del primer piso la concurrencia andaba muy mezclada en lo que se refiere al género masculino, no así al femenino. Este era homogéneo: todas las asistentes pertenecían a las clases populares en sus distintos matices. Jamás se vio una señorita en el baile de la Costanilla; en cambio los señoritos abundaban, pero estos señoritos se amoldaban a que en el baile y en el ambigü imperasen con todo imperio los bailones y nunca un bailón surgió en la persona de un señorito. Los pollos finolis pretendían adueñarse de las maneras chulonas sin lograrlo casi nunca. Inmediatamente caían en la afectación y lo chulón afectado merecía con toda justicia la repulsa del mujerío, que era el tribunal supremo que sentenciaba inapelablemente en los bailes.

Lo chulón madrileño ha tenido desgracia. Solo contados escritores han sabido verlo y captarlo, aunque superficialmente. A mi juicio, en la obra de Galdós falta la novela de lo chulón madrileño. Don Benito al desentrañarlo lo hubiera inmortalizado. Me temo que los escritores que han tocado o más bien rozado el tema no hayan conseguido más que prolongar un poquito su fugaz dominio en las costumbres, prolongar débilmente su recuerdo en unos libros que dentro de nada serán de lectura difícil. Si lo chulón madrileño se hubiera estudiado con detenimiento y profundidad, el baile de la Costanilla de San Pedro hubiera llenado uno de sus más importantes capítulos.

El baile de la Costanilla era tan serio dentro de su frivolidad que apenas si allí florecían los amores. Al

baile se iba a bailar. Durante la duración de las piezas las parejas cruzaban escasas palabras. En los descansos cortos y espaciados las lenguas se soltaban, aunque no en demasía. Muchas conversaciones ceñíanse a los comentarios sobre cómo habían marcado la habanera los bailones de más categoría.

En el baile de la Costanilla casi toda la concurrencia se conocía más o menos. Sin embargo, existía un protocolo y bastante rígido por cierto. Desconocerlo o transgredirlo podía dar lugar a incidentes algunos hasta graves y todo. Quizá el más delicado ceremonial fuera el invitar a la danza a una mujer. Desde luego los bailones formaban rancho aparte, clase privilegiada que podía alternar con los restantes bailarines sin que a éstos les estuviera permitido enlazar la cintura de una bailona. Entiéndase bien. Un bailón era libre de bailar con las no bailonas. Una bailona se negaba casi siempre a dar el sí a un no bailón. Pocas veces se rompía este protocolo. Pocas veces los bailones se salían de su cerrado círculo.

En cuanto a las posibilidades de lo que pudiéramos llamar la plebe del baile no eran más llanas y hacederas. En el baile de la Costanilla la entrada era libre, pero un bailarín torpe o poco ducho nada tenía que hacer allí. En cuanto demostraba su desmaña o su in-experiencia, a la demanda del galán de ¿bailamos, prenda? se contestaba con un no rotundo que muy difícilmente se modificaba y que se extendía por todo el salón.

Julián aspiraba a bailón. Aún le faltaba bastante para adquirir tamaña dignidad, para el preciosa dado su temperamento tan noviero, tan versátil en achaques amorosos, porque un bailón tenía mucho camino andado para perturbar jovencitas alucinadas por la leyenda de los bailones que, sin duda, formaron el cuerpo de los donjuanes chulones madrileños. Julián no bailaba mal. Descollaba más en la labia. Su verbosidad, unida al gracejo de su charla, persuadía y embelesaba a cabecitas llenas de pájaros, como lo estaba la de Anita.

Su primer contacto fue el consabido, ¿bailamos, prenda? El sí no se hizo esperar. De ahí para adelante todo fue rodado. Comenzaba el mes de noviembre. Ya estaban las castañeras en sus puestos, las capas en los hombros masculinos y los mantones en los femeninos. Anita trabajaba en la calle de la Puebla y vivía en la de Amparo, muy cerca de la Ronda de Valencia. La calle del Amparo se llamó en tiempos de la Comadre. Los padres de Anita, que nacieron, se conocieron, fueron

novios y se casaron en la calle de la Comadre, así continuaron llamándola y la hija los imitó.

Julián tenía por costumbre no llevar a sus novias al baile de la Costanilla, no por nada, decía él, pero si era por algo, por miedo a una jugarreta de los bailones que afectara a su amor propio, temor que después de todo no deja de semejarse a los celos corrientes y molientes.

Anita remataba su labor a las ocho de la noche. Por los alrededores de su taller la esperaba Julián y despacito, casi nunca por el camino directo, se encaminaban a los finales de la calle del Amparo. Un día, en estas vueltas, para prolongar la cháchara, dieron por azar en la calle del Codo. Ninguno de los dos conocía su existencia. Se detuvieron al cobijo de los muros de la torre de los Lujanes. Estarían allí lo menos media hora. No pasó un alma. Y allí volvieron con frecuencia. Una noche Anita pega un respingo al oír las campanadas de las nueve.

—¡Ahí va mi madre! ¡Si son las nueve! Alivia y vámonos volando que de aquí a la calle de la Comadre queda un rato.

—Oye, espera, a propósito de tu calle de la Comadre te voy a recitar una seguidilla que he leído en "La Libertad" en un artículo de Pedro de Répide:

Calle de la Comadre
de arriba a abajo
no hay mujer que no tenga
marido y majo.

Con que figurate lo que le puede pasar al que se case contigo.

—Oye tú, ¿quién te has figurado que soy yo? Una simple bordadora de lo fino, pero tan honrada como la mismísima Cibeles, que es de piedra y no admite ancas de nadie. ¡Nos ha fastidiado el señorito éste, que se cree que es un perito mercantil y no es más que un tarugo con sombrero a lo fregoli!

Hubo su bronca correspondiente, pero sin consecuencia por el momento; al contrario, el idilio de la calle del Codo marchaba viento en popa. ¿Con qué rumbo? ¡Pobre Julián! Derechito a la calle de la Pasa, a la vicaría. Cuando se dio cuenta ya no tenía remedio. Se casaron. Y Julián cuando finalizó de contarme esta historia de su idilio en la calle del Codo me dijo: "Mire usted si estaré agradecido a esa callejuela que si el Ayuntamiento me lo consintiera, en el muro de la torre de los Lujanes pondría una lápida con esta inscripción: Aquí nació la felicidad de una mujer y un hombre

Antonio DIAZ-CAÑABATE

APUNTES PARA UN CATALOGO DE LAPIDAS EN MADRID

Por Juan SAMPELAYO

COSTUMBRE digna de toda loa es aquella de ir señalando en las casas o palacios que se levantan en calles, plazas o avenidas de las ciudades, y mediante lápidas de nobles materiales, aquellos lugares donde nacieron o murieron, trabajaron, en suma, las mujeres y los hombres que ganaron la fama en cualquier faceta de la vida.

Lápidas que, con sus leyendas, son a modo de avisos al paseante apresurado, al que camina despacio viéndolo todo, que en aquella casa de humilde traza, lujoso palacio o estatal edificio vino a nacer o a morir, cumplió jornada de creación o de invento científico, un hombre o una mujer cuya figura merece ser salvada del olvido.

Madrid, acaso menos que otras ciudades del universo mundo, tiene abundancia de estos recuerdos, de estas condecoraciones de edificios que son las lápidas que surgen aquí y allá al caminar de la misma.

Ahora, al empezar a redactar estos «Apuntes para un catálogo de lápidas en Madrid», son ciento cuarenta —salvo error u omisión, que procuraremos subsanar en el curso de este trabajo— las que poder llevar a los mismos.

No queremos escribir algo exhaustivo, que sería ímproba tarea, fuera, además, del ámbito de VILLA DE MADRID, y sí, como hemos titulado estas cuartillas introductoras, trazar unos apuntes sobre ellas, que puedan ser, a la par que amable noticia para el curioso de todo lo madrileño, punto de partida para investigaciones de mayor empeño.

Nos proponemos en estos apuntes escribir una breve historia de las lápidas hoy existentes en la ciudad, pero también de aquellas que por unas u otras razones desaparecieron del ámbito ciudadano.

Cada ficha de estos apuntes quiere componerse de los siguientes epígrafes:

I. Brevisima nota biográfica de la persona o el hecho a que la lápida se halla dedicada.

II. Génesis del nacimiento de la lápida.

III. Texto y descripción de la misma.

IV. Reseña del acto inaugural.

V. Fotografías.

Y ahora, tras este preámbulo, pasemos ya a los apuntes en sí, no sin antes hacer constar al lector de estas páginas que el orden de aparición de los apuntes de cada lápida no implica, en modo alguno, valoración o simpatía por ellas y sus figuras y hechos y sí tan sólo el estado actual de nuestro material de trabajo en el momento de comenzar la publicación del mismo.

I. *Arniches, Carlos*.—Alicante, 1866-Madrid, 1943. Escritor. Poeta y comediógrafo. Genial intérprete del costumbrismo madrileño.

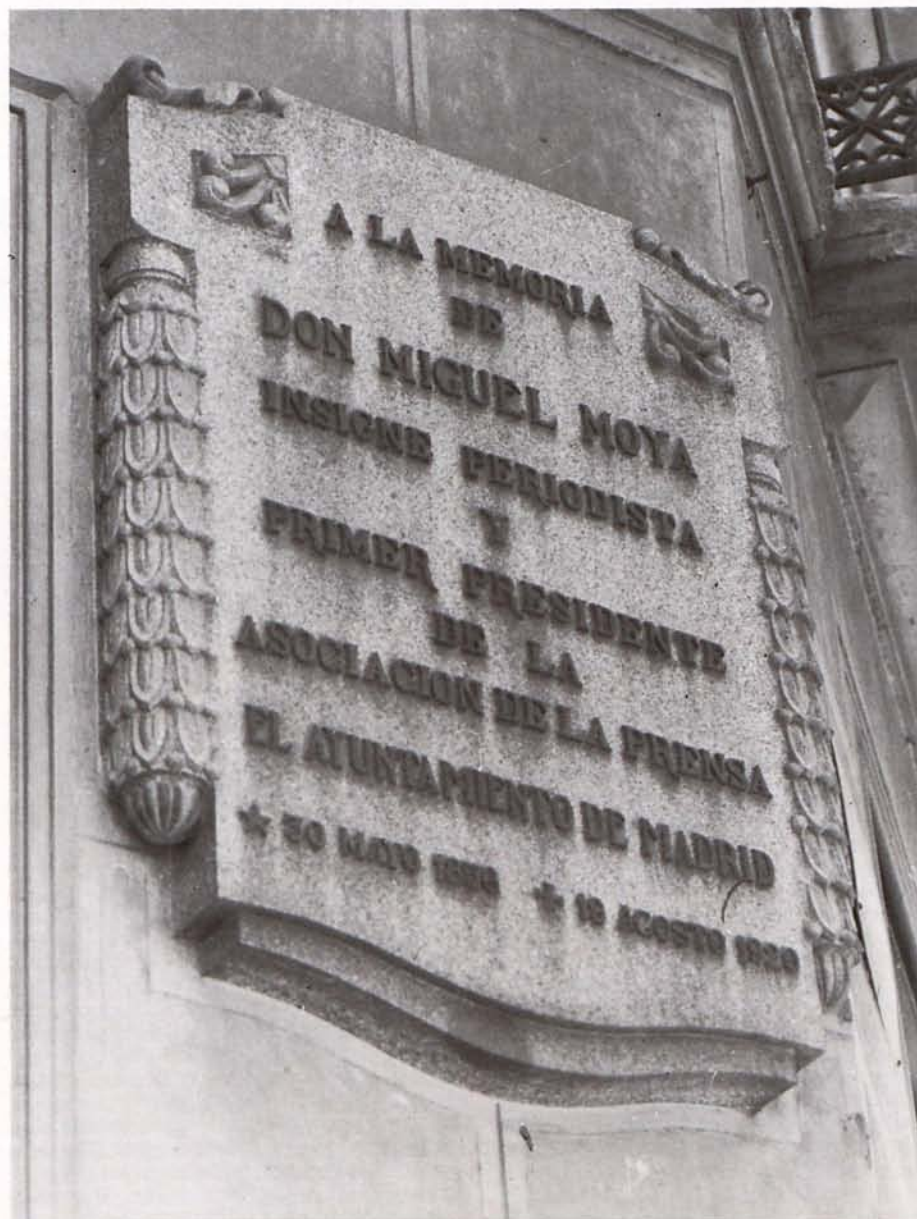
II. La lápida dedicada a su memoria, en la casa de la calle Montesquín, nú-

mero 14, en la que vivió —cuarto piso— durante gran número de años, fue colocada por iniciativa personal, y al igual que otras que historiaremos, del a la sazón presidente de la Sociedad General de Autores de España, don Joaquín Calvo Sotelo.

III. La lápida, de sencillo mármol blanco, dice así: «A la memoria de don Carlos Arniches, 1866-1966, que vivió y murió en esta casa. La Sociedad General de Autores, 1966.»

IV. La inauguración de esta lápida tuvo lugar a la una de la tarde del martes 11 de octubre de 1966. Entre las personalidades presentes se encontraban el subdirector general de Cinematografía y

Teatro, don Florentino Soria, que representaba al ministro de Información y Turismo, don Manuel Fraga Iribarne; el alcalde de Madrid, don Carlos Arias Navarro; el delegado municipal de Educación, don Antonio Aparisi; el académico de la Española y presidente de la Sociedad General de Autores de España, don Joaquín Calvo Sotelo; el académico y vicepresidente de la Sociedad, don Federico Moreno Torroba; el consejero don Antonio C. Cabrera, los señores Arozamena, Tejedor, Serrano Anguita, Téllez Moreno, Alfayate, Tordesillas, Parada, así como numerosas personalidades del mundo madrileño. Entre los familiares de Arniches se encontraban su nieta Paloma Arniches,





las viudas de sus hijos, su sobrina-nieta María del Carmen y la que fuera fiel sirvienta del comediógrafo, doña Juana Navarro.

Iniciado el acto de descubrimiento de la lápida, fue leído en primer lugar un telegrama del alcalde de Alicante, don Fernando Flores Arroyo, adhiriéndose al homenaje y excusándose de asistir al mismo por tener que asistir en la ciudad natal del escritor a varios actos en honor del mismo.

A continuación don Joaquín Calvo Sotelo leyó unas cuartillas que dicen así:

«Al reunirnos aquí para ofrecer, en nombre de la Sociedad General de Autores de España, este homenaje al inolvidable maestro don Carlos Arniches, pienso que en la calle de Montesquiza se han congregado bastantes más personas que las que pueden contemplar nuestros ojos. Unidos por idéntico júbilo están junto a nosotros, aunque nosotros no los veamos, la Isidra engallada y resuelta, el tímido Venancio, el «marchoso» Epifanio y el pinturero Serafín; la entrometida Ezequiel, tan amiga de resolver pleitos ajenos y de ajustarle la cuenta de las castañas al cachazudo y enamorado Matías; Antonio, el desconfiado tabernero de *Los picaros celos*, y Antoñita, la pavisa que soñaba con ser estrella del baile y de la canción; el amigo Melquiades; Fermín, el tímido pescadero maragato; Felisa y Regina, que dirimían sus rivalidades amorosas en la fiesta de San Antón; aquel don Quintín al que se le hacía veneno en la sangre la amargura de

un dolor oculto, y Viviano, el horterilla de la tienda de comestibles, y «el Modoso», grotesco y pusilánime, hombre cabal y bravo entre los bravos por amor a la hija atropellada, y el señor Adrián, «primo» de puro bueno... Y tantos y tantos otros, flor y nata, orgullo y alegría de la villa, nacidos a la vida escénica por obra de un ingenio peregrino que llegó de las costas levantinas para caer tan hondo en la psicología de las gentes madrileñas. También andarán por aquí Rosario, la cortijera cordobesa, y «Tarugo», el galán de la gañanía; Doloretas, la huertana alicantina, con Carmeleta, y Visentico, y Chaume, y el Nele, y el tío Peré; el empingorotado don Gil de Quirós, tan orgulloso de su casta, y la soñadora y romántica Flora de Trevélez; las preciosas ridículas y los pollastres zascandiles; los clérigos caciques y paletos de aldea; los figurones desvergonzados, el terrible Pérez, el pobre Valbuena o el iluso Cañizares... Todos estos seres, antes de ficción, tipos creados por la fantasía de un maestro del arte dramático de España, reiteran hoy a Arniches su amor y su gratitud. Han venido aquí desde esas calles de los barrios bajos que se llaman de la Espada, la Esgrima, el Bastero, Lavapiés y Calatrava; desde la cabecera del Rastro y el Campillo del Mundo Nuevo, y están oyendo mis palabras, y piensan tal vez que si ellos no estuviesen mudos, porque se les marchó el que las daba alientos y voz, encontrarían los conceptos precisos, entreverados de donaire y melancolía, para enaltecer la figura insig-

ne en cuya memoria nos reunimos. Porque así como don Carlos acertó a conocerlos a fondo y por eso los llevó a la escena con la jugosa lozanía y el fresco aroma de la verdad, ellos también lo conocían íntimamente, ya que no en balde convivieron con él durante medio siglo y fraternizaron en las tabernas de la calle de Toledo, en los figoncillos de la Cava, en el cafetín de Cascorro y en las fraguas y talabarterías de la Ribera de Curtidores. Dicho esto, añadiré que sería disminuir el grado de penetración y de sutileza de don Carlos Arniches pensar que ignoraba la existencia de tipos bien distintos de las mocitas alocadas, de los humildes chicos del oficio, de los hombres de bien; torpes en las empresas de amor, y en Madrid que le sirvió de espejo. Don Carlos Arniches intuyó, seguro estoy, la existencia de aquellos otros personajes —la cara oculta de la luna— que en los espantosos días de 1936, de cuyo horror sólo quien los haya vivido podrá dar testimonio fehaciente, llegaron a hacernos dudar de si las virtudes colectivas que reflejaban sus sainetes eran anuladas por tan siniestra contrapartida. Sin duda alguna, insistió, a don Carlos Arniches le constaba la existencia de ese inframundo, que no es plaga exclusiva de esta ciudad, sino de todas, y que en todas está como esperando una conmoción cualquiera para salir a la superficie e imponer su ley terrible. El mundo del *Madrid de corte a checa*, de Foxá, y de *Checas de Madrid*, de Tomás Borrás. Y esta es la deuda esencial que Madrid tiene con don Car-

los Arniches, la de agradecerle lo que cantó y, a la vez, lo que olvidó, lo que puso en primer plano y lo que relegó voluntariamente a la oscuridad. Se ha dicho que no son las siete virtudes, sino los siete pecados capitales, la gran fuente de la que el arte se nutre. Esta afirmación la desmiente la obra de Carlos Arniches. Sin malos humores, sin acritudes, sin sarcasmos, Arniches hizo un teatro asombro de optimismo y de gracias, un teatro escrito para que el hombre tenga confianza en el hombre. Sus compañeros de la Sociedad de Autores, que él presidió durante dos años, del veintidós al veinticuatro, cuyo nombre figura grabado en puesto de honor en nuestra casa, hemos querido rendirle este homenaje. Hoy hace cien años, el 11 de octubre de 1966, nació don Carlos Arniches. No es vana retórica decir que sigue vivo entre nosotros a los veintidós años de su muerte, ni difícil profecía pensar que dentro de otros cien seguirá igualmente vivo, vigente y verdadero.» Una gran salva de aplausos acogió las palabras de don Joaquín Calvo Sotelo.

A continuación de éste habló el subdirector general de Cinematografía y Teatro, don Florentino Soria, quien manifestó cómo la gloria de Arniches va creciendo en progresión geométrica y cómo su teatro ha influido de modo muy notable en los comediógrafos de hoy. Acto seguido intervino el alcalde de Madrid, don Carlos Arias Navarro, quien señaló cómo los madrileños de este tiempo deben gratitud, admiración y amor al inolvidable sainetero. La nieta de Arniches, Paloma, leyó una carta de la única hija viva del ilustre autor, que reside en Méjico. Carta muy conmovedora que provocó, como los anteriores discursos, muchos aplausos de los asistentes.

I. *Moya, Miguel*.—Madrid, 1856-Madrid, 1920. Periodista, escritor, presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid.

II. Se debe al Ayuntamiento de Madrid la colocación de esta lápida dedicada a la memoria de Moya.

III. La lápida es de mármol blanco, con una greca de hojarasca que corre a lo largo de casi toda ella. La misma está colocada en la fachada de la casa número 4 de la calle de Serrano, en la que Moya vivió largos años y en ella murió.

La leyenda de la misma dice así: «A la memoria de don Miguel Moya, insigne periodista y primer presidente de la Asociación de la Prensa. El Ayuntamiento de Madrid, 30 mayo de 1856-19 agosto 1920.»

IV. La lápida fue descubierta el día 23 de agosto de 1923. Asistió el Ayuntamiento madrileño bajo mazas, así como una sección de gala de la Guardia Municipal montada. Estaban presentes el alcalde accidental, señor Nicoli, y los tenientes de alcalde señores Inclán y Marcos; el secretario general accidental del Ayuntamiento madrileño, señor Ayllón. Por la Asociación de la Prensa se encontraban allí su presidente, don José Francos Rodríguez; vicepresidente, don Rufino Blanco; secretario, don Eduardo Palacio Valdés, y los señores Verdugo y Cuevas; por la Asociación de Escritores y Artistas, el señor Castillo Olivares; por el Centro de Hijos de Madrid, don Fer-



nando G. de Mora, y por el Círculo de Bellas Artes, los señores Pulido y Valmaña, así como numerosas personalidades de las letras y las artes madrileñas. En representación de la familia de Moya se encontraban sus hijos don Antonio y don Miguel Moya Gastón, así como su hijo político doctor don Gregorio Marañón y Posadillo.

En primer término hizo uso de la palabra don José Francos Rodríguez, quien agradeció al Ayuntamiento este recuerdo a la figura del que fue excelso presidente de la Asociación de la Prensa. En efusivas palabras destacó la figura literaria de Moya el representante diplomático de Portugal en Madrid, señor Mello Barreto. En nombre de la familia agradeció el homenaje el hijo del extinto, don Miguel Moya Gastón, siendo el alcalde accidental, señor Nicoli, quien descubrió la cortinilla con los colores nacionales que cubría la lápida, en medio de grandes aplausos de los allí reunidos.

I. *Ferrari, Emilio*.—Valladolid, 1850-Madrid, 1907. Poeta. Autor teatral. Académico de la Real Española de la Lengua.

II. La lápida que a su memoria ostenta la casa número 10 de la calle de Almagro, donde vivió y murió el poeta, fue colocada a iniciativa de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles.

III. Muy sencilla y de pequeño tamaño, la leyenda de la lápida reza: «En esta casa vivió y murió el gran poeta y académico Emilio Ferrari. La Asociación de Escritores y Artistas Españoles le ofrenda este homenaje en el primer centenario de su nacimiento. 24 de febrero de 1950.»

IV. Tres días después de cumplirse el primer centenario del nacimiento del poeta se celebró el descubrimiento de la lápida, exactamente el 27 de febrero de 1950 y a la una y media de la tarde. Presidieron el acto, al que concurrió numeroso público y personalidades de las letras, don Jacinto Benavente, entre otras,



el marqués de la Valdavia, presidente de la Diputación Provincial de Madrid, y el teniente de alcalde y presidente de la Comisión de Cultura del Ayuntamiento madrileño, don Tomás Gistau Mazantinni, quien fue el encargado de descorrer la cortinilla que ocultaba la lápida, hasta ese momento oculta.

El académico de la Real Española de la Lengua y miembro de la directiva de la Asociación de Escritores y Artistas, don Juan Martínez Kleiser, leyó unas breves cuartillas enalteciendo la figura de Ferrari. En nombre de los familiares de éste dio las gracias el hijo del poeta, a quien acompañaba su hijo y nieto de aquél.

I. *d'Ors, Eugenio*.—Barcelona, 1882-Madrid, 1954. Escritor. Académico.

II. La lápida dedicada por el Ayuntamiento madrileño a don Eugenio d'Ors Rovira está situada en la casa en que éste vivió —piso bajo— los últimos años de su vida en la calle del Sacramento, con vuelta a la plaza del Cordon. Casa reconstruida y hoy pagaduría municipal. La lápida figura en la fachada a la plaza del Cordon.

III. La lápida es sencilla, de mármol, y con una leyenda que, escrita por don Julián Pemartín, dice así: «En esta casa vivió diez años Eugenio d'Ors. En ella sus amigos, sus discípulos gozaban día a día el regalo de su hospitalidad y la lumbré familiar de su magisterio. El Ayuntamiento de Madrid dedica en recuerdo esta lápida. MCMLIX.»

IV. A media tarde del lunes 2 de marzo de 1959 tuvo lugar el acto de descubrimiento de la lápida de referencia. Se encontraban presentes el ministro de

Educación Nacional, don Jesús Rubio; el subsecretario, señor Maldonado; el presidente del Tribunal de Cuentas, don Eduardo Aunós; el alcalde de Madrid, conde de Mayalde; el vicesecretario general del Movimiento, don Alfredo Jiménez Millas; los directores generales de Bellas Artes y de Prensa, señores Gallego Burín y Muñoz Alonso; el del Instituto de Cultura Hispánica, don Blas Piñar; la delegada de la Sección Femenina, señorita Pilar Primo de Rivera; don Julián Pemartín, director del Instituto del Libro, así como numerosos escritores y amigos, entre otros los señores Suevos, Laguardia, Camón Aznar, Lain, Cossío, Cañabate.

El ministro de Educación Nacional, don Jesús Rubio, que fue dilecto amigo del maestro d'Ors, pronunció las siguientes palabras, que a su término fueron acogidas con grandes aplausos de los reunidos, entre los que figuraban numerosas damas. Dijo así:

«Mi condición profesional de catedrático y la oficial que en estos instantes represento me invitan a decir que Eugenio d'Ors era un gran educador con las grandezas y limitaciones que encierra este oficio. Las grandezas derivadas de esta generosa comunión con el medio social en que todo educador vive y las limitaciones derivadas del inevitable contagio con el educando. En las últimas décadas de su vida logró en gran medida penetrar con su política de misión las preocupaciones educadoras nacionales.

«Sinceramente creo que aun hoy debería impregnar la educación española una terapéutica —transformada, adecuada, ironizada— orsiana. Eugenio d'Ors pretendió, en lenguaje de hoy y en fecha próxima a nosotros, lo mismo que intentaron en otro tiempo Feijoo, Jovellanos y Menéndez y Pelayo: fundir ilustración y tradición. Desde este punto de vista precisamente estudió d'Ors a Menéndez y Pelayo, adelantándose con profundidad a toda obra de interpretación de la obra del sabio montañés.

«Al hablar de ilustración me refiero a la cultura como una luz destinada a iluminar, a «colonizar» la irracionalidad y la sombra. En suma, como principio activo de educación y de redención del pueblo.

«Nadie definía mejor que Eugenio d'Ors la misión del setecientos tradicionalista, que echamos en falta, y nadie ha comprendido y previsto como él los posibles riesgos de la empresa. El primero, el exceso de optimismo, residuo de la democracia rousoniana, contra la que advertía reiteradamente debe armarse con cuidado la política de misión. El otro, el seductor contagio de las ilusiones y las in experiencias juveniles. Sin cicaterías hay que hacer justicia al gran maestro: a su figura, a su doctrina, a su enseñanza. Quisiera que este homenaje de hoy no fuera sino el inicial de una serie de actitudes de reconocimiento de la gran obligación vinculada a su memoria. Estamos en grave deuda con él. Deuda retrasada.»

Al término de estas palabras los hijos del maestro d'Ors, don Juan Pablo y don Víctor, agradecieron al ministro, Jesús Rubio, sus emotivas y bellas palabras.

J. S.

(Continuadrá.)

MADRID, EN EL CINE

UN FRANCES, PROMIO, EL PRIMERO QUE CAPTO ASPECTOS DE NUESTRA CIUDAD

Por Luis GOMEZ MESA

TEATRO

¡Prodigioso invento!
¡Asombroso éxito!

¡Lo más notable del siglo!

No dejar de visitar el verdadero

CINEMATÓGRAFO LUMIERE

Este aparato, el más moderno de los conocidos, refleja fielmente cuantas escenas se suceden en la vida real, desfilando ante los espectadores, multitud de cuadros, cuyos personajes y objetos transportados a la fotografía con incomprensible exactitud, forman la realidad más completa y el efecto más admirable que puede imaginarse.

FUNCIÓN PARA HOY

1.º Sinfonía. 2.º Campos Eliseos (París). 3.º Damas acróbatas. 4.º Batalla de Nieve. 5.º Artillería a galope. 6.º Demolición de un muro. 7.º Salida de un trasatlántico del puerto de Nimes. 8.º Baile nacional (La jota).

Descanso: 15 minutos.

1.º Sinfonía. 2.º Lanceros de la reina a galope. 3.º Batalla de Almodones. 4.º Asalto de un muro. 5.º Puerta del Sol (Madrid). 6.º Llegada de un tren. 7.º Un incendio (París). 8.º Fuente del Trevis (Roma).

Descanso: 15 minutos.

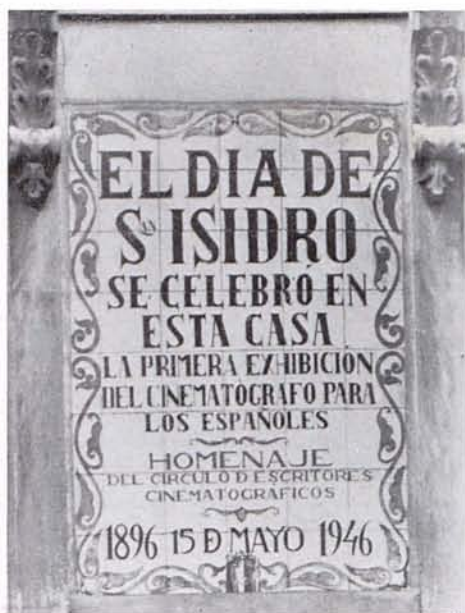
1.º Sinfonía. 2.º Batalla de Lanzas en guerra. 3.º Hombre interrumpido por una mosca. 4.º Baños de Diana. 5.º Montaña rusa sobre el agua. 6.º Alabarderos de la reina saliendo de Palacio (Madrid). 7.º Riña de una colchonera. 8.º Baile (La sal de Andalucía).

NOTA.—El dueño de este Cinematógrafo tiene un magnífico Fonógrafo Edison, con una buena colección de cilindros, el cual se pondrá en los intermedios del Cinematógrafo.

Programa de mano.

El «cinematógrafo» de los hermanos Augusto y Luis Lumière, que había sido presentado en París el 28 de diciembre de 1895, en la parte baja, el Salón Indio, del Gran Café, en el bulevar de los Capuchinos, apareció en Madrid al año siguiente, en el mes de mayo, como una de las atracciones de las festividades de San Isidro, patrono de la villa y corte. Se quería ofrecer al interés y a la curiosidad de los forasteros —denominados por el gracejo popular «isidros»— y de los propios vecinos de la ciudad algo nuevo. Se sabía muy poco de ese invento francés. Meses antes se habían instalado en diversos locales públicos unos aparatos de uso individual que se movían impulsados por una manivela y que mostraban, al que tenía que agacharse para mirar lo que exhibía, escenas breves fotográficas de personajes o sucesos como «la misma realidad». Era el «cinetoscopio», del norteamericano Thomas Alva Edison. Se parecía a «la linterna mágica», pero animada. Con el inconveniente de que lo disfrutaba solamente uno. El «cinematógrafo» era para muchos. Los que podían permitirse el lujo —contadísimos— de ir a París y lo habían visto, decían que era maravilloso: la superación del ilusionismo. Madrid por esas fechas admiraba más de lo debido a París, en especial los núcleos altos de la sociedad. Y comerciantes e industriales lo tomaban como ejemplo.

Los establecimientos Lumière —una organización mercantil con la central en Lyon—, como consecuencia del éxito obtenido por los primeros programas cinematográficos, actuaron de un modo práctico. Luis era el científico; Augusto, también un sabio, trabaja en idéntica escala, y un tercero, de firma ilegible —de aquí que no descubriese su nombre por su propia voluntad— era el gerente, el encargado de la parte financiera. Disponían de programas netamente franceses. Pero, como garantía del negocio, era necesario extenderlos a los principales países. Y se decidió que los operadores o «toma-vistas» —rotulación que se les asignó para definir su cometido—, además de proyectar los filmes que llevaban, efectuasen otros en las capitales elegidas para su trabajo. Se encomendó a uno de los más laboriosos, Promio, ya con experiencia —visitó en esa doble tarea Estados Unidos, Rusia, Suecia e Italia— que viniese a España, primero a Madrid y luego a Barcelona, para cumplir esa misión de tanteo, que resultó muy productiva. Promio quería un local en un lugar céntrico. Tuvo suerte al lograr uno en la Carrera de San Jerónimo, esquina a la calle de Ventura de la Vega. Acababa de desalquilarse la planta baja, en que había un elegante comercio de joyas. Era un salón amplio, con columnas. Le gustó; servía para su empresa. Se acondicionó. La pantalla —o lo



Lápida que el Círculo de Escritores Cinematográficos dedicó en homenaje y recuerdo a la primera sesión de cine en Madrid.

Casa donde se vio "cine" por vez primera en Madrid.

que fuese—, junto a las puertas que daban a la vía pública. El aparato de proyección, al fondo. Unas cuantas butacas o sillas en la sala. Un pequeño vestíbulo. Y un reducido espacio para despachar los boletos de entrada. Precio, una peseta. Duración del programa, veinte minutos. Sesiones de tres a siete de la tarde y de nueve a once de la noche. Informado favorablemente por los técnicos de la Dirección General de Orden Público, de acuerdo con la ley de espectáculos, que no había peligro —en el mismo edificio estaba el Hotel Rusia—, se autorizó esa «nueva sorprendente atracción».

Sin propaganda, sólo con noticias inconcretas difundidas verbalmente, el 15 de mayo de 1896, festividad de San Isidro, su patrono, se celebró en Madrid la primera sesión pública del cinematógrafo de los hermanos Lumière. Promio, eficaz diplomático, explicó en su audiencia en el Palacio de Oriente a la reina María Cristina lo que era. (Y en junio asistiría la familia real a verlo.) Y el 13 de mayo, como una prueba más de su habilidad, celebró Promio una sesión dedicada exclusivamente a los representantes de la prensa. Abundaron los elogios. Pero sin caer en lo exagerado. Na-

da de frases excesivas, como ¡el asombro del siglo! Más que interesante, era curioso, en opinión general.

Promio, con su aparato «toma-vistas» a cuestas y su vestimenta un tanto extraña —guardapolvos para no mancharse el traje— y una gran gorra, recorría Madrid en busca de lo que consideraba merecedor de ser captado. Su única documentación eran unas guías que había comprado en París. Como no hablaba español, tenía que recurrir con frecuencia al diccionario. Muy expresivo, se hacía entender con sus gestos directos al señalar lo que precisaba o deseaba «cinematografiar».

El relevo de la guardia en el Palacio Real —ceremonia llamada «la

tas armas. Promio, al enterarse, se fue sin haber hecho gestiones para que se le diese un permiso especial. Audaz en su ignorancia, se puso a filmar junto al Estado Mayor. Nada más empezar a mover la manivela se le detuvo. Iba vestido de «toma-vistas». ¿Quién y qué era tan raro tipo? Un espía no, por ser contraria su actuación a lo que se exige a sus ejercitantes: sigilo, misterio. Conducido al alto mando, explicó lo que era. Se habló con el Consulado francés, no con la Embajada. Demostrado lo que era esa nueva atracción, «cinematógrafo», al aclararse todo, se le dejó que continuase su trabajo.

Una anécdota cierta y divertida al suponer Promio que sabían los



parada—, la calle de Alcalá en una tarde de toros. El paseo del Prado. La Puerta del Sol en el momento (las doce en punto) en que el reloj del Ministerio de la Gobernación deja caer su bola y suena y resuena esa hora. La Cibeles... Lo que se aceptaba como lo más típico de Madrid. Olvidó a la Puerta de Alcalá, en la plaza de la Independencia, de perspectivas, indudablemente, «muy cinematográficas».

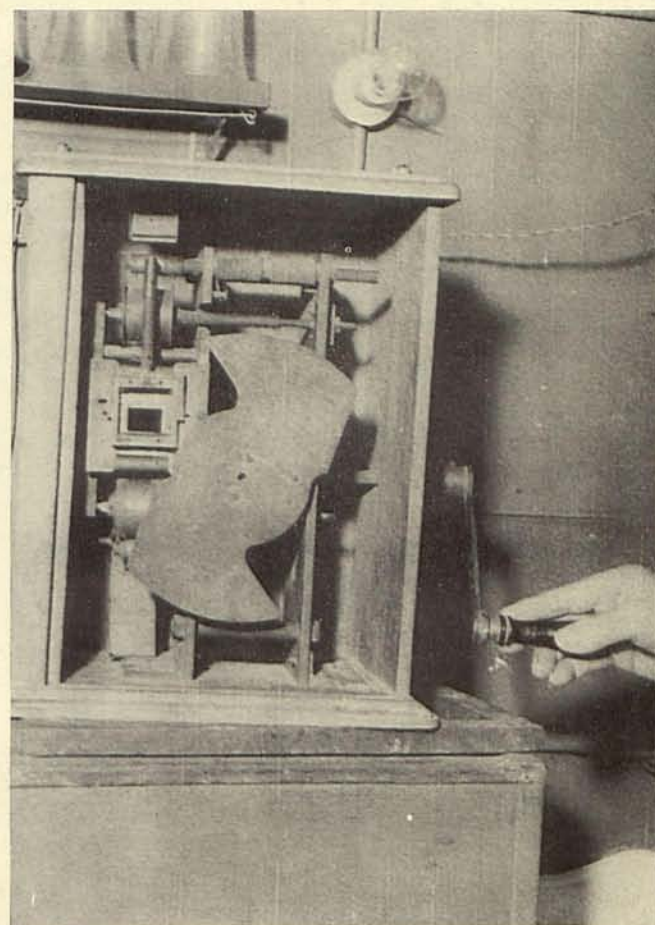
Se celebraban, por esos días del trabajo intensivo de Promio, en Carabanchel unas maniobras militares en que intervenían las distin-

demás, como él, lo que era su labor. Y, según parece, le ocurrió hechos similares en Rusia cuando filmaba un solemne acto inaugural presidido por el zar Nicolás II. Y en Italia, en Venecia, cuando se levantó de su asiento en una góndola con su cámara en las manos. Se creyó que era un artefacto explosivo. Al comprobar que no lo era, se terminó en seguida la alarma. Sin proponérselo, por el suave movimiento de la góndola, Promio al obtener un panorama de Venecia logró el primer «traveling» de la historia del cine.

Compusieron el primer programa cinematográfico presentado en Madrid las mismas películas que en París, con ligeras diferencias: «Llegada del tren a la estación de Lyon», «El mar», «Salida de los obreros de la fábrica Lumière», «El herrero», «Demolición de un muro», «Campos Elíseos»... Y «El regador regado», una travesura infantil que origina el remojón del jardinero al querer averiguar por qué no sale agua de la manga —el niño la pisó—, la primera película cómica. Y «La comida del bebé», una escena familiar de los Lumière.

José Francos Rodríguez, gran periodista, especializado en evocar acaecimientos del pretérito, vividos por él, en unas amenas e interesantes crónicas que publicaba «ABC» —reunidas algunas en libros como «Contar vejez» (1895-97), «Memorias de un gacetillero»— relata así esas exhibiciones: «El espectáculo produjo asombro, ganando desde el primer momento las simpatías del público. Algo molestaba la vibración luminosa de las proyecciones, pero el cansancio de los ojos lo aminoraba el recreo de asomarse a panoramas interesantes, sugestivos; el gusto de asistir a alardes de la realidad, mirar múltiples cuadros que superaban a los de invención, porque con lo efectivo no caben pujas, viéndolo con todos sus detalles y pormenores.»

En Madrid se repitió lo ocurrido en París: que al ver avanzar el tren



Aparato de proyección "Verniée", primero que se utilizó en España.

Pabellón instalado en la glorieta de Bilbao, esquina a Malasaña.



y acercarse la locomotora se levantaron de sus asientos algunos espectadores, muy asustados. Como ante el realismo del oleaje. (La condesa de Pardo Bazán escribiría, en respuesta a una encuesta, que lo que más le impresiona y le atrae del cine «es la veracidad con que refleja el mar».)

Maurice Bessy y Lo Duca, en su libro «Louis Lumière, inventeur» (Ediciones Prisma, 7 Rue Scribe, Paris, 1948), y Georges Sadoul, en «Louis Lumière» (Cinema de hoy, Ediciones Serghers, Paris, 1964), entre las películas que figuran en el catálogo realizadas por Promio en España el año 1896 para esa firma, y que se conservan en sus archivos, citan éstas, hechas en Madrid: «Llegada de los **toreadores**», «Puerta del Sol» y «Puerta de Toledo». Y como vistas militares: «Alabarderos de la reina» «Los lanceros a galope», «Desfile de lanceros», «Artillería» (ejercicio de tiro), «Ciclistas militares», «Distribución de víveres a los soldados» (el rancho), «Vivac» y «El relevo de la guardia de Palacio Real».

Promio hizo también, y sin salir de Madrid, en colaboración con las

casas regionales, «La jota» y «El baile andaluz».

En 1896 se expuso en la catedral de Madrid el cuerpo incorrupto de San Isidro, visitado por una muchedumbre que esperaba paciente largo tiempo para implorarle su ayuda. Devoción análoga a la del Cristo de Medinaceli los primeros viernes de mes, y en particular en marzo.

«La Ilustración Española y Americana», en el número en que dedicaba la portada a esa efemérides, aparecía una nota sobre la primera sesión pública del cinematógrafo, muy corta.

De tener Promio cualidades periodísticas o de estar informado acerca del significado de ese acontecimiento, lo hubiese captado con su cámara.

Eduardo Jimeno, empresario de espectáculos, interesado por el invento de los Lumière, se fue a París y adquirió un aparato «tomavistas». Aragonés, fervoroso de su patria chica, realiza en Zaragoza «salida del Pilar de misa de doce» (1897). Ya en Madrid, donde desarrolla su actividad, efectúa otra película similar: «Salida de misa de doce de las Calatravas». Las hizo sin que se diese cuenta la gente. No

se necesitó para infundirlas naturalidad recurrir a lo que hoy se llama «cámara oculta».

Una artística placa, obra de la Escuela de Cerámica de Madrid, que dirigía Jacinto Alcántara —entusiasta del cine y muy entendido en sus cuestiones estéticas—, recuerda la primera proyección fílmica en nuestra ciudad. Su texto es éste: «El día de San Isidro se celebró en esta casa la primera exhibición del cinematógrafo para los españoles. Homenaje del Círculo de Escritores Cinematográficos. 1896-15 de mayo 1946.»

L. G. M.



1896: En la glorieta de Bilbao, tres locales de cine.



